

MARGOT RECAST

# IMPERFECT *love*



Click  
EDICIONES

# Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1. Ane

Capítulo 2. Jake

Capítulo 3. Ane

Capítulo 4. Jake

Capítulo 5. Ane

Capítulo 6. Ane

Capítulo 7. Ane

Capítulo 8. Jake

Capítulo 9. Ane

Capítulo 10. Ane

Capítulo 11. Jake

Capítulo 12. Ane

Capítulo 13. Jake

Capítulo 14. Ane

Capítulo 15. Jake

Capítulo 16. Ane

Capítulo 17. Jake

Capítulo 18. Ane

Capítulo 19. Jake

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# IMPERFECT LOVE

Margot Recast



*Dedicado a mi familia, vuestro apoyo es lo que me hace  
luchar día a día contra todo. En especial a mis tres  
corazones, Ander, Aimar y mi pequeño Luka.*

## Prólogo

Hoy comienzo en el nuevo colegio en el que mi madre ha decidido matricularme en contra de mi voluntad. Piensa que de esta forma logrará refinar mi comportamiento, mientras ella hace lo que quiere con un hombre y con otro.

Entrar en ese edificio de piedra antiguo y tan caro me da ganas de salir corriendo hasta algún lugar del mundo donde vuelva a mi vida de antes de recibir la herencia millonaria de mi padre. Pero todo cambia cuando entro en clase y un chico demasiado guapo se me queda mirando de arriba abajo, sin mostrar ninguna expresión. Nunca me ha pasado nada igual, normalmente mi presencia suele provocar... algo, pero no, nada de nada. Simplemente por ese motivo, pienso que no es tan malo haber llegado a este colegio y saber que, a pesar de las miradas de los demás alumnos y compañeros de clase que juzgan mi aspecto, está él, al que no le provocho nada, y eso me hace sentir curiosidad.

¿Y a ti?



# Capítulo 1

## Ane

Tengo tantas ganas de levantarme de la cama como de comer un asqueroso filete de hígado, algo que llevo sin hacer muchos años, lo cual agradezco. Al abrir los ojos, con las lagañas en los ojos por haber dormido mucho tiempo, vuelvo a ver este cuarto tan extraño del que tengo un recuerdo agridulce. Pero, a pesar de tener tres habitaciones más donde me puedo quedar, prefiero dormir en el dormitorio que siempre ha sido mío. Además, es el más alejado del de mi madre. Ella sí que ha elegido uno diferente, para ser exactos, el más alejado del mío. Sé perfectamente por qué lo ha hecho. Piensa que, al separarnos treinta metros en vez de veinte, no voy a escuchar los gritos que da cada noche cuando está con uno de los tantos hombres que conoce desde que se separó del asqueroso de mi padre.

El recuerdo de mi padre no es bueno. Nunca ha tocado un dedo a mi madre, ni aunque supiese que lo engañaba con cualquier hombre que le ofreciera el cariño que él nunca le daba. La única psicóloga a la que he ido —porque en el colegio me obligaron al ver mi comportamiento— siempre me ha dicho que mi padre, el *gran* señor Sikaron, no podía pegar a mi madre porque la quería demasiado a pesar de saber que lo engañaba; pero cuando llegaba borracho a casa por la decepción de no saber cómo hacer feliz a su mujer, lo volcaba en mí, dándome las mayores palizas que jamás en la vida me ha dado nunca nadie. Con doce años, mi madre decidió sacarme de esa casa al verme tirada en el suelo, totalmente inconsciente, y a mi padre sentado en su gran sofá de cuero con un vaso del coñac más caro del mercado, mirándome con expresión de pánico, pero sin hacer nada. Todavía recuerdo esa última paliza que me dio

y el tono de odio de su voz al decir esas palabras que no he logrado olvidar en la vida: «Espero que de esta forma aprendas a no ser tan puta como tu madre». Eso fue lo primero que recordé al despertarme en el hospital y contemplar la expresión de alegría de mi madre al ver que abría los ojos.

Al cabo de unos días, en cuanto me dieron el alta, mi madre decidió que nos marchásemos de Los Ángeles para volver a su ciudad natal, San Francisco. No teníamos mucho dinero. Mi padre intentó ponerse en contacto con ella en muchas ocasiones, según nos dijo mi abuela, pero mi madre había preferido no explicarle dónde estábamos para no meterla en problemas. Pero, al final, tuvo que ayudarnos y guardó el secreto como si le fuera la vida en ello. Mi padre era un empresario muy importante y muy rico, por lo que mi madre, que lo conocía desde pequeña, no quiso sacar dinero de sus cuentas para que no pudiese seguir nuestro rastro. En esa época pensé que vivía como en una película de mafiosos. Gracias a mi abuela, nos alojamos en casa de Mirta, una de sus amigas de la infancia, que era profesora. No sé de qué forma consiguió que pudiera estudiar en casa con su ayuda y así no perder cursos y seguir como si estuviera matriculada en cualquier colegio. Mi madre trabaja limpiando ese colegio y gracias a Mirta no le pidieron ninguna documentación para darle el empleo.

Estuve seis años en esa casa y en ese barrio rodeada de miseria. Cuando llegué no conocía a nadie y, sin dinero ni móvil, me era imposible hablar con todas mis amigas y pedirles ayuda; además, mi madre nunca me lo hubiera perdonado. Por suerte, Peter, el nieto de Mirta, me ayudó a conocer a mucha gente. En aquella época, Peter era un chico poco corpulento con cara dulce, pero con gran carisma y liderazgo. Yo siempre lo he visto como mi hermano mayor, pero llegó un momento en que me pedía ser algo más que eso. No dejaba que ningún chico se acercara a mí, pero gracias a todo lo que me enseñó para ocultar las cosas malas que podía hacer, y a Clara, una de las chicas de su grupo, que estaba enamorada de él, pude estar con más de un

chico guapo y tener mis propias experiencias; algunas agradables y otras no, pero todas me hicieron crecer como persona.

Hace un mes, recibimos una noticia que, a pesar de que muchos pensasen que era mala, yo la sentí como un alivio: mi padre el *gran* señor Sikaron, había muerto de un infarto algo sospechoso. Una de sus abogados había llamado a mi abuela para que intentara ponerse en contacto con mi madre, ya que nunca lograron divorciarse y éramos sus únicas herederas. Todavía lo recuerdo como algo extraño. No sentí nada al saber que mi padre había muerto; me quedé sentada en uno de los sofás antiguos de casa de Mirta sin saber qué pensar. Mi expresión no decía nada. Creo que nunca he conocido a nadie que no demuestre una expresión al conocer a alguien o al tener una noticia buena o mala; hasta mi madre dejó de saltar de alegría a la vez que lloraba para sacudir mi cuerpo y hacerme reaccionar, pero no hacía falta. Yo estaba serena, solo me estaba imaginando el final de una película mala de mafiosos en la que el jefe termina asesinado y el periodo de terror y sufrimiento se acaba. ¿Soy una insensible por no sentir nada de nada? No sé qué pensar de mí misma; de hecho, nunca me he enamorado aunque haya estado con más de un chico y ni intención tengo de ello. Hasta tal punto que me he tatuado la palabra «libre» justo debajo de la palma de la mano, en la parte interior de la muñeca. Desde que me fui de esa casa es la forma en la que me he sentido y desde luego no pienso estar atada a nadie nunca más.

Dos días después de la gran noticia, recogimos todas nuestras cosas para volver a Los Ángeles. La tristeza me embargó por un momento al dejar la vida que había llevado durante mis años de libertad. La peor despedida fue con Peter.

—¿No te voy a volver a ver? —me dice acariciando mi mejilla con dulzura.

—Espero volver en vacaciones, no quiero perder el contacto con ninguno

de vosotros.

—No quiero que te vayas, Ane. —Me parece ver una lágrima a punto de caer de sus ojos—. Me he acostumbrado a tenerte a mi lado.

—Seguiremos en contacto, tenemos móviles y mil formas más de contactar.

—Sabes que yo...

—Peter, por favor. No me hagas esto. —No quiero que esta conversación vaya más lejos, no quiero que me diga esas palabras que alguna vez escuché de mi padre y nunca me creí.

—Algún día estaremos juntos y esa pequeña niña incontrolable que llevas dentro se enamorará alguna vez y no será de nadie que no sea yo.

—Peter...

Sin dejar que termine mi frase amigable, negando que eso algún día suceda, pega sus labios a los míos, dejando en ellos la intensidad de lo que siente por mí. Este sería el momento de decir que mi corazón palpité como nunca al sentir un beso con esa intensidad, pero me estaría mintiendo a mí misma. Al separarnos le sonreí con mucho cariño y preferí dejar las cosas así. La distancia enfría los corazones y estoy segura de que Clara, como siempre, le hará olvidarse de la chica que nunca pudo tener, a pesar de vivir en la casa de su abuela durante varios años.

Y ahora estoy aquí, recién despertada en la que algún día fue mi casa, con la sensación de que nunca me he ido de ella; con la enorme pereza de tener que acudir a uno de los colegios más pijos de Los Ángeles, en el que mi madre me ha matriculado de forma impuesta y, por mucho que discuta, sé que no voy a lograr absolutamente nada. ¿Cómo encajo yo ahora en un colegio con tanto rico? Siempre he estudiado en casa junto a Mirta, a la que agradezco su paciencia y ayuda, porque tengo un expediente académico de lo mejor. Además, al ser profesora de idiomas, me ha enseñado español y alemán, no sé qué más puedo pedir.

Bajo a desayunar y un hombre de ojos verdes muy intensos está tomando el último sorbo de café, mientras mi madre le coloca en su sitio la corbata. No puedo evitar poner los ojos en blanco e ir directa al frigorífico para beber un poco de zumo y salir hacia mi nuevo colegio.

—¡Ane! —espeta mi madre al ver que ese hombre se me queda mirando extrañado.

—Ah, sí. —Pongo una sonrisa falsa—. ¡Buenos días!

—Él es Michael. —Mi madre lo presenta como si debiera importarme—. Era un gran amigo antes de marcharnos de aquí.

—Encantada —le digo mientras dejo el zumo en la nevera—, pero tengo mucha prisa, quiero llegar pronto al colegio.

—¿Vas a ir vestida de esa forma?!

—¡Yo también te quiero, mamá!

—¡Por lo menos oculta los tatuajes que tienes en el estómago! ¡Recuerda que es el primer día!

Le hago un gesto con la mano a modo de despedida y veo como el hombre de ojos verdes me mira sin entender muy bien lo que acaba de pasar.

Mi madre me compró una moto para ir al colegio y es lo único que he agradecido desde que estoy aquí. Al llegar a ese edificio de piedra antiguo, me dan ganas de salir corriendo hacia algún lugar del mundo en el que pueda volver a mi vida de antes de recibir la herencia millonaria de mi padre. Me quito el casco y hay un grupo de chicas que se me queda mirando con desprecio. Podría decir que alguna de ellas me suena, pero desde hace más de cinco años no he vuelto a tener contacto con nadie, y no sé si ellas siempre han venido a este colegio, ya que yo iba a otro antes de marcharme.

Pensando en que tengo que pasar mi primer día sin ningún problema y sin que nadie hable conmigo, me pongo la mochila al hombro y camino con los auriculares en los oídos y la música muy alta. Yo no miro a nadie; me siento observada, pero mis ojos están puestos en la hoja que mi madre me ha dado

para poder llegar al aula donde supuestamente me han reubicado. Me estoy dando cuenta de que esto de tener compañeros de clase no me gusta. Creo que lo mejor hubiera sido quedarme en San Francisco y volver aquí para ir a la universidad, pero no, por sus narices tengo que estar con todos estos arrogantes, con sus ropas de marca y el cabello bien peinado, dos años más.

Camino por el pasillo escuchando One Direction y miro hacia todos lados intentando encontrar el aula 034. Después de varios minutos caminando entre personas, consigo entrar a mi clase, me quito los auriculares y al mirar al frente me encuentro con él. El chico más guapo e impactante que he conocido nunca. Mi corazón comienza a acelerarse y siento como si me faltara el aliento. Nuestras miradas se quedan fijas el uno en el otro y, por primera vez, me veo reflejada en alguien que no muestra nada en la expresión de su cara al verme. Ahora mismo siento como si estuviera delante de una persona sin sentimientos, con una dureza en su rostro que parece impresa sin reflejar emoción de ningún tipo.

—¿Piensas entrar o te vas a quedar ahí parada? —me dice una voz de chica risueña.

—Sí, perdona.

—No te preocupes. —Me adelanta y se pone delante de mí, haciendo que deje de ver al chico—. Soy Abigail.

—Ane, soy nueva.

—Ah, tu eres Ane, la nueva rica, ¿verdad? —me dice agarrando mi brazo y llevándome hasta dos mesas que están al final del aula.

—Bueno, mejor llámame solo Ane.

—Perdona, no quería ofenderte. Llamamos así a todos los nuevos que llegan a este colegio.

—Tranquila, no pasa nada.

Por suerte, el profesor entra en el aula y comienza a explicar lo que será el curso académico y su asignatura en especial, dando así por terminada la incómoda conversación con mi nueva compañera. Abigail es la única persona

a la que parece no importarle mi aspecto ni mis tatuajes. En ningún momento me ha mirado de forma diferente y no ha juzgado mi apariencia.

En vez de hacer caso al profesor, yo solo puedo mirar la espalda perfecta de él. Nunca nadie me había impactado de esta forma. No es que sea adivina, pero muchas veces sé qué es lo que piensa cada chico sobre mí al verme..., menos ahora.

—Tenéis que decirme con quién haréis el trabajo de historia, tiene que ser en pareja. —Las palabras del profesor me sacan de mis pensamientos.

—¿Te apetece hacerlo conmigo? —me pregunta Abigail dudosa.

—Sí, no hay problema, no conozco a nadie más.

—¡Ane y yo lo haremos juntas! —grita en voz alta para que todo el mundo se entere.

—Está bien...

—¡No! —grita él—. Ane hace el trabajo conmigo.

—Pero... —intenta replicar el profesor.

—Por mí no hay problema —dice Abigail—, solo lo he dicho como una opción.

Miro a Abigail totalmente desconcertada por lo que acaba de decir, y luego lo observo a él para comprobar si su expresión ha cambiado y puedo saber el por qué de esa decisión tan tajante sin contar conmigo; pero lo único que puedo ver es su espalda.

—¿No me habías dicho que querías hacer el trabajo conmigo?

—Sí, pero Jake ha decidido que vas a hacerlo con él, y te puedo asegurar que es mejor no llevarle la contraria.

—¿Me lo estás diciendo en serio?! —le digo con el ceño fruncido.

—No me preguntes por qué motivo, pero Jake se ha interesado por ti. Eso es algo raro.

—¿Raro? ¿Eso es bueno o malo?

—Viendo de alguien como él, no te puedo contestar.

El timbre que da por terminada la clase suena al fin. Creo que necesito salir a la calle para que me dé un poco el aire. Camino deprisa entre los compañeros y, al pasar junto a la mesa de Jake, me agarra del brazo haciendo que me detenga a su lado. Lo miro fijamente y descubro que tiene unos ojos marrones muy intensos. Intento soltarme sin éxito, pero él se levanta del asiento y me susurra al oído: «Ahora ya eres de mi propiedad».



## Capítulo 2

### Jake

Me mira impasible, como si mi tono de voz y mis palabras no hubieran surtido ningún tipo de efecto en ella. Hace todavía más fuerza con el brazo para soltarse, algo que logra sin mucho esfuerzo, ya que no tengo intención de obligarla a quedarse a mi lado. Suelta un bufido y sale de clase a toda prisa. «Perfecto, ahora toda su atención será solo para mí», pienso. Me siento en la mesa sin dejar de mirar la puerta y es Ron quien se acerca con expresión sorprendida.

—¿Qué coño ha sido eso? —musita.

—Nada.

—Jake, te conozco de toda la vida, no me digas chorradas.

—¿Te has fijado en ella? —le digo serio, pero con una sonrisa maliciosa—. No es como las chicas de este colegio, se nota que es indomable y ese es un reto que me gusta.

—¿Un nuevo juguete?

—Hace mucho que no tengo uno y ya era hora de que llegase alguien para animar un poco el año escolar.

—¿Sabes que a Zoe no le va a gustar nada?

No me da tiempo a contestar, ya que el profesor entra en clase y Ron se va rápido a su asiento. Ella entra detrás de él con el ceño fruncido y mirando al suelo pensativa, como si se sintiera mal por lo que acaba de suceder conmigo o puede que por algo diferente. No me gusta estar sentado delante de ella. Durante las clases no puedo controlar lo que hace y eso me pone nervioso. ¡Para! Acabo de verla por primera vez hace una hora, pero no puedo dejar de

pensar en ella y eso no puede ser. Ella y yo somos muy diferentes, solo hay que ver cómo va vestida, con tatuajes y sin gusto. Se nota que es una nueva rica, que sus padres la han colocado en el mejor colegio para demostrar que ahora pertenecen a este mundo en el que nunca se han movido.

La clase pasa muy rápido, pero antes de acabar el profesor nos deja a todos callados con su actitud.

—Por lo que parece tenéis una compañera nueva. —Toda la clase se da la vuelta para mirarla—. Si es tan amable de venir y presentarse...

—Estoy segura de que no hace falta —dice Ane escurriéndose en el asiento hacia abajo para que no se la vea—, tenemos todo el año para conocernos.

—Estoy seguro de ello, pero prefiero que venga aquí y se presente, así la conocen desde el primer día.

—No has pensado que puede ser que no quieran conocerme ni yo a ellos. —Su brusquedad asombra a toda la clase.

—Como es algo que no sabemos, daremos por hecho que quieren conocerla. Así que, sin más que decir, quiero que salga aquí y nos cuente quién es y de dónde viene.

Ella se levanta a regañadientes para ponerse al lado del profesor. El tono en que le ha hablado no le ha dado opción a réplica y, aunque yo no me haya girado para mirarla, estoy impaciente por saber quién es. Hace mucho tiempo que no hay nadie nuevo en este colegio y estoy seguro de que ya hay muchos chicos que han puesto sus ojos en ella, algo que tendré que solucionar estos días.

—Mi nombre es Ane Sikaron... —Un murmullo comienza a sonar en clase y el profesor tiene que mandar callar—. Nací en Los Ángeles, pero llevo varios años viviendo en San Francisco. He vuelto aquí hace varios días y mi madre me obliga a venir a este colegio a pesar de mi negativa.

—¿No querías acudir al mejor colegio de Los Ángeles? —dice sorprendida Abigail.

—No. —Sus ojos color miel se clavan en mí al decir esas palabras—. No me interesa relacionarme con según qué personas.

—Te crees especial por algún motivo en concreto —suelta con ironía una chica morena, bastante guapa y demasiado maquillada.

—¡Zoe! —le reprocha el profesor.

—Me manda callar a mí, mientras que a ella le permite que le tutee y que diga lo que quiera, ¡no lo entiendo!

—Ni hace falta que me entiendas —le responde Ane molesta—, creo personalmente que nunca seremos amigas, así que te debería importar una mierda lo que estoy diciendo ahora.

—Está bien, señorita Sikaron, se acabó. Puede volver a su asiento.

Ane, con una sonrisa maliciosa, hace una reverencia a toda la clase. Al incorporarse para hacer otra, levanta uno de sus brazos y debajo de la camiseta puedo ver dos estrellas tatuadas de color azul en su estómago, una a cada lado del ombligo, que me provocan excitación. ¡Mierda! ¿Qué coño me acaba de pasar? Bajo la mirada hacia la mesa para que no pueda notar lo que acabo de sentir.

El timbre suena y, en vez de salir a toda prisa como siempre, me quedo sentado, esperando que esta sensación que nunca he sentido se me pase. Toda la clase sale al pasillo y es de nuevo Ron el que se acerca hasta mí.

—¿Te vas a quedar ahí sentado?

—¿Qué?

—¿Se puede saber qué te pasa? Hoy estás más raro que nunca.

—¡Cállate! —espeto enfadado—. Vamos fuera a fumar un cigarro, que ya no aguanto más.

Salimos de clase en dirección a la calle, pero Zoe me frena en mitad del pasillo con cara enfadada.

—¿Cómo es eso de que haces el trabajo con Sikaron?

—Lo que has escuchado —respondo enfadado, pues no me gusta que me reprochen lo que hago.

—Pensé que lo haríamos juntos. —Agacha la cabeza, dudosa.

Pero dejo de escuchar lo que dice en el momento que veo a Ane abrazada al cuatro ojos de Alan. La rabia se apodera de mí sin quererlo y camino deprisa hacia la salida, dejando a Zoe con la palabra en la boca. Al pasar por su lado los empujo a propósito, para que Alan sepa que no me gusta lo que está haciendo, pero solo provocho que ella se enfurezca conmigo.

—¿Eres idiota o tienes algún problema?! —Todo el pasillo se queda callado mirándonos totalmente asombrados, pero yo sigo caminando sin darle importancia a lo que acaba de decir—. Además de grosero y chulo, sordo. Lo tienes todo.

—Y mucho más que conocerás sobre mí.

—Lo dudo, ya que harás el trabajo tú solo. —Freno en seco al escuchar tal desafío.

—No olvides que ahora eres de mi propiedad. ¿Lo has entendido, cuatro ojos?

—Tú...

—Ni en tus mejores sueños voy a ser tu zorra como muchas de las que hay aquí. —Ane corta a Alan y no le deja entrar en la conversación.

Sigo caminando riéndome a carcajadas, dejándola con la sensación de que no me ha importado nada de lo que ha dicho, pero en realidad no es así. Sus palabras han provocado más rabia en mí de lo que debería. «Tengo que dominar a esa fiera», me digo mentalmente. Si cambia su aspecto y esa forma grosera de comportarse, puede ser esa chica que nunca he sido capaz de encontrar. Todas en este colegio están más que repetidas, y la maldita Zoe ya me tiene aburrido. Para ser sincero, me ha servido de entretenimiento durante este tiempo, pero creo que ahora es el momento de centrarme en alguien y ese alguien es Ane, la grosera e incontrolable de Ane. Estoy convencido de que me divertiré cambiándola.

Las clases terminan y por una vez no quiero. Me gusta ver esas estrellas

paseándose por el colegio. No es que las esté enseñando en todo momento, pero mis ojos las buscan con ansiedad. Salgo por la puerta hacia el coche y veo que Alan se sube a la moto de Ane y como sus brazos le rodean la cintura, tocando *mis* estrellas. ¡Esas estrellas no las toca nadie! Frunzo el ceño y me dirijo con paso firme hacia ellos, pero Ron se interpone en mi camino con un cigarro en los labios.

—¿Vamos al club?

—¡Quita! —Lo empujo sin quererlo—. ¡Mierda!

—¡Estás tonto!

¡Joder! Tengo que controlarme, parezco estúpido.

—Perdona, tío. Mejor vamos al club y terminamos con los arreglos del coche.

—Te lo paso porque eres mi mejor amigo, pero sé lo que te está pasando por la cabeza y te tienes que controlar.

—Es solo un juguete.

—Sí, claro... Un juguete.

Sin decir nada más, camino hasta el coche; no quiero escuchar nada más sobre ella. Es el primer día de clase y no puedo estar tan revolucionado con una chica sin modales y de su categoría. Puede que sea una Sikaron, algo que a la mayoría le puede sorprender e incluso intimidar. En Los Ángeles el nombre de su padre siempre ha sido muy conocido: las empresas de ese hombre han dado trabajo a muchas personas. Lo ostentoso de sus fiestas, todos los fines de semana, con las personas más influyentes de la ciudad: actores, cantantes, empresarios..., han llenado muchas columnas de las revistas de sociedad. Pero eso no significa que ella haya tenido esa vida; estoy seguro de que en San Francisco lo modesto de su casa y la gente que ha conocido le ha hecho comportarse de esa forma.

Llegamos al club, lugar donde mis amigos y yo nos dedicamos a preparar los vehículos con los que corremos en las carreras ilegales de la ciudad.

Sentir la adrenalina cada vez que corres dentro del coche, con la única satisfacción de la velocidad y de poder ganar, es lo que nos enganchó a todos. Y gracias al taller de coches del padre de Paul, que cerró hace tiempo, hemos podido disfrutar de lo que más nos gusta porque está en Santa Mónica, lo suficientemente lejos de donde vivimos nosotros.

—¿Qué pasa, tíos? —saluda Ron a Paul y Kurt—. ¿Cómo vamos con el motor?

—Yo creo que estará listo para la carrera, dentro de dos semanas.

—¿Preparado nuestro piloto? —Kurt se acerca hasta mí y me choca la mano—. Nos jugamos mucho.

—Preparado y listo, estoy deseando que llegue la maldita carrera. —Me siento en uno de los sofás exhausto.

—Eso espero, porque hoy llevas un día un poco raro —espeta Ron.

—¿Otra vez Zoe agobiándote con el compromiso?

—Hoy ha entrado una chica nueva en el colegio.

—Mmm... ¿Está buena? —pregunta Paul interesado.

—¡Olvidaos todos de ella! —grito alterado—. Ane es mi nuevo juguete y no quiero que nadie la toque. ¡¿Entendido?!

—¿Juguete? Nunca te he visto ponerte así por un juguete nuevo, ¿qué tiene de especial esa tal Ane?

Ron coge a Kurt por el cuello y me mira burlón a la vez que se acerca a Paul.

—La chica está muy buena, se podría decir que tiene tatuajes por descubrir..., pero, sobre todo, algo me dice que tiene un carácter que no va a ser fácil de controlar.

—Tatuajes, carácter... Sin verla ya me está dando morbo.

—¡Basta! —vocifero—. No quiero que nadie hable así de ella, es mía y la voy a controlar, como a todas las demás.

—Suerte —dicen mis tres amigos a la vez entre risas.

El tema se da por terminado cuando me levanto de forma brusca. Me dirijo

hacia el Mustang totalmente modificado para ver cómo van los avances con el motor; prefiero centrarme en este instante y toda la tarde en el coche... Al llegar a casa ya veremos cómo afronto esta nueva sensación que me ha provocado Ane.

Me levanto por la mañana con la sensación de no haber descansado lo suficiente. Ayer nos quedamos hasta tarde haciendo las comprobaciones del motor del coche, y creo que he dormido cuatro horas. Cojo un zumo de la nevera y salgo a toda prisa hacia el colegio. Mientras voy conduciendo, pienso cómo puedo acorralar a mi juguete y que sepa que no puede hacer lo que le dé la gana y mucho menos hablarme así. Estoy llegando hasta ese edificio de piedra en el que solo me quedan dos años, antes de irme a la universidad, cuando una moto no me deja pasar. Es ella. La adelanto con suavidad invadiendo el otro carril. Me pongo a su lado lo suficientemente cerca como para llamar su atención. Sus ojos se clavan en mí expresando un odio extremo y sonrío de forma maliciosa. Por el rabillo del ojo puedo ver como un coche viene directo hacia mí, acelero y me voy hasta el aparcamiento, donde Ron me espera guardándome el sitio, como todos los días.

Bajo del coche y, a la vez que saludo a Ron, miro a Ane y veo como saluda a Alan de forma efusiva. Pero ¿qué pasa entre el cuatro ojos y mi juguete? Me parece que voy a tener que dejar las cosas claras a ese tipo lo antes posible. Estoy tan concentrado en ellos dos que no me doy cuenta cuando Zoe se acerca hasta mí con su grupo de amigas y me da un beso en los labios.

—¿Qué haces? —le digo quitándomela de encima.

—Darte los buenos días como a ti te gusta.

—Resulta que ha dejado de gustarme, así que no vuelvas a hacerlo a no ser que yo te lo pida, ¿entendido?

—¡Jake! ¿Qué te pasa?

—Simplemente me he aburrido de ti y de tus tonterías de niña rica.

—Antes te gustaban —dice enfadada—, incluso ayer fuiste tú quien me lo

dio a mí.

—Ayer ya pasó, hoy es un nuevo día y no me apetecen más tus besos, ahora eres libre para dárselos a cualquiera. Mira, aquí tienes a Ron, puedes probar a dárselos a él.

—Yo no comparto babas, lo siento, Zoe.

Sus amigas se quedan perplejas al ver que su gran líder, a la que envidiaban por estar con alguien como yo, se da media vuelta y camina orgullosa hacia la entrada del colegio, seguida por los murmullos de las demás del grupo, que intentan adivinar qué ha sucedido para que yo me comporte así. A mí me da igual; yo solo vuelvo la cabeza hacia mi juguete y ya no está. La busco entre la gente y veo que entra abrazada a Alan por la puerta del colegio. Me muerdo el labio de la rabia y le hago un gesto a Ron para que me siga. Así podré poner en su sitio a ese chico que toca lo que es mío.

Entro en clase y ella está sentada en el mismo sitio de ayer, con Abi. No lo pienso dos veces y me acerco hasta ellas. No hace falta decir nada, Abi asiente con la cabeza y se marcha para sentarse en mi sitio.

—¿Qué haces, Abi? —le pregunta ella extrañada.

—Tenemos que hacer un trabajo juntos. —Mi tono es serio—. Creo que lo que queda de curso estarás a mi lado.

—Eso es lo que tú te piensas.

—Resulta que la *gran* Sikaron es una rebelde, ¿no?

—El *gran* Sikaron era mi padre, no yo —responde frunciendo el ceño—. Si tan *grande* te parece, te regalo mi apellido a ver si con ello consigo que dejes de acosarme.

—¿Yo?! ¿Acosarte?! —Me revuelvo en mi asiento al escuchar sus palabras y comienzo a reír a carcajadas—. Eso es lo que tú querías.

Logro que todavía se enfade más conmigo al oír mis risas, pero no tengo otra forma de salir del paso. Tengo que ser sincero conmigo mismo: desde que la conocí ayer no tengo otra cosa en mente que modificarla a mi antojo, y la



verdad es que no tengo muy claro por qué. En ese instante entra el profesor y ella se levanta rápidamente para acercarse a él y decirle algo en confidencia. No logro saber de qué hablan desde la última fila de la clase, pero sé que no es nada bueno al ver como el profesor levanta los ojos hacia mí.

—¡Resulta que eres una chivata! —musito sorprendido cuando vuelve a sentarse a mi lado.

—No tienes ni idea de cómo soy, así que no te atrevas a juzgarme ni a intentar manipularme con esas tonterías de posesión que no me intimidan en absoluto.

—¿Estás segura? —El juego ha comenzado y sé que miente—. Entonces, ¿por qué huelo desde lejos tu nerviosismo ante mi presencia?

—Puede que no te hayas dado cuenta, pero ya tengo quien me ponga nerviosa, por lo que tú no me impresionas en absoluto.

¡Está con Alan! ¿Cómo ha podido pasar? Intento contener la rabia a su lado. Me digo mentalmente que tengo que mantenerme calmado, pero me resulta casi imposible. Alan está con mi juguete nuevo y eso lo tengo que solucionar.

—¡Jake! —me llama el profesor con un grito—. Vuelve a tu asiento, hasta que no comencemos el trabajo no hace falta que os pongáis con vuestra pareja.

—Pero...

—No me apetece comenzar el curso con una expulsión. Sabes perfectamente que cada uno tiene su asiento asignado y sé lo que pretendes.

—¿Vuelves a mi lado, Abi?

—Sí, el profesor manda.

—¡Perfecto! —dice eufórica y con una sonrisa de vencedora—. Ahora podré disfrutar de la clase.

Pero... ¿qué se cree la pequeña Sikaron manipulando de esa manera al profesor para librarse de mí? Todas las chicas de la clase se quedan boquiabiertas, porque desean estar a mi lado desde que me conocen. No por nada soy el chico más popular del instituto. Miro a Ron, que me guiña un ojo y pone esa sonrisa maliciosa que tanto odio, porque con ella me está diciendo

que Ane no va a ser la típica chica nueva. Y, para más recochineo, Zoe se tapa la sonrisa con la mano para que no pueda ver la satisfacción que siente al saber que la nueva me ha dado una patada en el culo.

Al terminar la clase, salgo corriendo sin que nadie pueda decirme nada. Ron sale detrás gritando mi nombre, pero yo solo tengo una cosa en mente: Alan. No pienso permitir que sea él quien se quede con mi juguete y, por mucho que nos prometiéramos respeto mutuo por la amistad de nuestros padres, prefiero dejarle las cosas claras antes de que esto empeore.

—¡Alan! —grito al salir del edificio y acercarme a donde está sentado leyendo un libro—. ¡Levanta!

—¿Qué pasa, tío? —Él me saluda como si no sucediera nada—. ¿Te puedo ayudar en algo?

Antes de que pueda responder, Ron me alcanza y me pone una mano en el hombro para que me detenga.

—Ron, espera ahí, esto necesito hablarlo con Alan... a solas —le digo con tono autoritario.

—¿Algún problema? —me pregunta Alan.

—Sí, tú eres mi problema —le digo agarrando su brazo y llevándomelo lo más lejos posible, para que nadie escuche de lo que hablamos—. ¡Ella es mía!

—¿Quién?

—No te hagas el tonto. Ane es mía, no sé cómo has conseguido que ella sea tu novia, pero olvídate de ello.

—Mi que.... —Comienza a reírse a carcajadas sin poder controlarse—. Ane es una amiga de la infancia. Antes de que se marchara a San Francisco era mi mejor amiga, pero sin decir nada desapareció y ayer nos volvimos a encontrar.

—Entonces...

—¡Nada! —espeta—. Pero solo te digo una cosa. Si piensas que ella es como esas zorras a las que te tiras, estás muy equivocado. Su vida, a pesar de

ser una Sikaron, no ha sido nada fácil, y solo espero que no la hagas sufrir, o te puedo asegurar que te las verás conmigo.

—¡Sí, claro!

Me doy media vuelta y veo como Ane está apoyada en la barandilla de las escaleras con una sonrisa maliciosa en sus labios. ¿Conque esas tenemos? ¡El juego acaba de comenzar!

## Capítulo 3

### Ane

Entro por la puerta de forma triunfal y con una gran sonrisa en la cara. ¿Quién ha ganado ahora? Solo hace un día que lo conozco, pero sé que esto no me va a salir gratis. Me siento en mi sitio con una sensación agri dulce. Mi cabeza no deja de pensar en qué quiere Jake de mí, por qué desde el día en que me vio quiere estar a mi lado y que nadie se me acerque. No creo que sea tan diferente a las demás chicas. Además, el primer día que lo vi no expresó nada hacia mí, ni siquiera un ápice de sorpresa al ver a una chica nueva entrando en su clase, en sus dominios; ya que me ha quedado claro que él y Ron son unas de las personas más populares de todo el instituto.

Zoe me mira desde su asiento con cara de odio y yo le respondo con una sonrisa de superioridad, ya que todo el mundo se ha enterado de que Jake ha estado hablando con Alan. Miro a mi compañera de pupitre y puedo ver como dibuja en un papel algo que no consigo descifrar, pero noto rabia en cada uno de sus trazos. ¿Qué le pasa a todo el mundo en este colegio? El profesor entra en el aula y prefiero centrarme en todo lo que nos dice, en vez de pensar en que todos los ricos de este colegio se han vuelto locos por algún motivo que desconozco. Las clases del día pasan muy despacio; puede que sea porque no tengo la espalda de Jake para centrarme en ella y soñar como una tonta con él. No sé si será por lo sucedido con Alan o porque le han dado alguna mala noticia, pero no ha vuelto a entrar en clase en todo el día, de la misma forma que Abi no me ha dirigido la palabra.

Salgo del edificio y me dirijo hacia la moto con la mirada fija en el móvil.

Le escribo un mensaje a mi madre para decirle que me quedaré dando una vuelta por el centro. Hace años que no lo hago y me apetece averiguar cómo han cambiado las cosas.

—Hoy te olvidas de la moto, te vienes conmigo. —Paro en seco al escuchar a Alan.

—¡Me iba a ir al centro!

—De eso nada, ahora mismo nos vamos a Santa Mónica —me dice agarrándome del brazo para llevarme hacia su coche—. ¿Hace cuánto que no ves la playa?

—Desde que...

—Por ese mismo motivo —dice sin dejarme terminar la frase— pienso llevarte en mi coche. Todavía recuerdo todo lo que te gustaba, como enterrar los pies en la arena y dejar que el agua del mar te los desenterrara.

—Me acabas de convencer, creo que me lo has puesto muy fácil.

Los dos sonreímos y entramos en el coche para dirigirnos a la playa. Mientras arranca, miro hacia la entrada del instituto y veo como Abi nos mira con expresión triste... ¡Ahora lo entiendo todo! Le gusta Alan y piensa que estamos juntos, como Jake. Niego con la cabeza pensando que ella realmente me está viendo, pero ya es demasiado tarde. Ha salido corriendo hacia algún lugar y la he perdido de vista.

Durante todo el trayecto, Alan me habla de lo que ha estado haciendo durante los años en los que he estado viviendo en San Francisco. Incluso me explica, con mucho entusiasmo, que ha creado un grupo de música con varios amigos del cual está muy orgulloso. Yo, en cambio, le sonrío como si me interesara realmente lo que me cuenta, pero lo de lo que tengo ganas es de preguntarle lo que le ha dicho Jake. Creo que no es muy difícil adivinarlo, pero prefiero que él me lo cuente en vez de que descubra mi interés por él. Aparca frente a la playa. El recuerdo de lo vivido en ese lugar me viene a la

mente; mi padre sonriendo a mi madre con un helado en la mano mientras yo juego en la arena, me entristece.

—¿Quieres algo de beber? —Alan me saca de mis pensamientos.

—Agua, por favor.

—¿Se puede saber en qué estás pensando?

—Recuerdo cuando venía aquí con mi...

—Mejor no pienses en él —me corta sabiendo que me duele hablar de mi padre—. Ane, se acabó todo, te duela o no, has recuperado la vida que tenías.

—Lo sé, ahora solo me apetece meter los pies en el agua —le respondo risueña.

Comparamos una botella de agua y cruzamos la calle hacia la playa en silencio... De forma brusca un coche frena justo a mi lado sin llegar a tocarme por milímetros. Me quedo sin aliento y miro hacia el conductor con cara de odio, pero mi sorpresa aumenta todavía más al ver su cara sin expresión alguna. Jake tiene los ojos fijos en mí, pero me mira como si tuviese un muro delante del cual ha tenido que frenar por obligación. Justo a su lado está Ron, que le dice algo que no logro descifrar. La expresión dulce que tiene habitualmente se convierte en desconcierto y solo puedo divisar una sonrisa maliciosa en sus labios.

Decido no hacer ninguna mueca y me dejo arrastrar por Alan, que no deja de decir improperios en contra de Jake y de Ron. Yo no salgo de mi asombro al darme cuenta de que ha estado a punto de atropellarme con un coche de color verde fluorescente tuneado. ¿Ahora resulta que se dedica a las carreras? Una vez en la acera, Jake acelera con demasiado ímpetu y el coche sale tan deprisa que no me da tiempo ni a darme la vuelta para mirarlo.

—¡Ese chico es un estúpido! —dice Alan malhumorado.

—¿Qué le pasa conmigo? —pregunto en voz alta y me pongo nerviosa al darme cuenta de lo que he hecho, pero ya no hay marcha atrás—. ¿Qué tiene en contra de mí?

—Todo lo contrario —me responde Alan entre carcajadas—, la pregunta

es: ¿qué no quiere hacer contigo?

—¡Calla!

—Ahora no te hagas la buena conmigo, que nunca lo has sido. —Sus palabras me hacen sonrojar.

—No me conoce, no lo conozco, no entiendo nada.

—Nadie te ha dicho que tengas que entender nada, pero yo conozco bien a Jake y se ha encaprichado contigo.

—Somos diferentes, creo que no podría estar con alguien como él.

—Mejor dejemos el tema. —Me sorprende la forma que ha tenido Alan de dar por terminada la conversación—. ¿Te interesaría entrar en mi grupo de música?

Sus palabras me dejan sin habla. En el momento en el que me ha hecho esa petición me estaba quitando las zapatillas intentado mantener el equilibrio, pero al escucharlo me caigo al suelo como un pato mareado.

—¿Hablas en serio?

—¿Piensas que le haría este tipo de propuesta a cualquiera? —dice a la vez que se sienta a mi lado.

—Pero yo hace mucho que no canto —musito.

—Todavía me acuerdo de lo bien que cantabas cuando estabas contenta.

—Era otra época, Alan.

—Eso lo sé, pero estoy convencido de que tu voz ha mejorado desde entonces, ¿me equivoco?

—Ahora solo canto en la intimidad de mi cuarto, hace años que dejé de querer ser el centro de atención.

—Solo piénsalo, Ane. —Me coge de la mano suavemente para ayudarme a levantarme y caminamos hacia el agua—. Ven un día a vernos ensayar y decide en ese momento.

Asiento con la cabeza y le sonrío para que sepa que no me disgusta del todo su propuesta.

El agua del mar se acerca casi sin fuerza. Escondo los pies debajo de la arena para que el agua me los desentierre, y vuelvo a empezar de nuevo. Este era el juego que me entretenía todas las veces que mis padres me traían aquí. Cierro los ojos y me dejo llevar por el momento, sin pensar en nada más que el tacto del agua con el roce de mis pies. Respiro profundamente; la sensación de paz que me transmite la playa era algo que había olvidado. No sé el tiempo que estuve sin escuchar nada más que el movimiento de las olas al acercarse a nosotros, disfrutando de la libertad del momento.

—¿Nos vamos? —Alan interrumpe esa paz.

—Sí, será lo mejor, mi madre se estará preguntando dónde me he metido.

—¿Qué tal está?

—Como siempre, tirándose a todo lo que se mueve.

—¡Ane! —me reprocha.

—No sé qué quieres que te diga, si es la verdad.

—Mejor te dejo en casa, así mañana te paso a buscar y podemos hablar sobre el grupo.

—Pero... ¿la propuesta va en serio? —El mar me había hecho olvidar sus palabras.

—Yo con las cosas del grupo no bromeo, es demasiado importante para mí. Además, tenemos que comenzar a ensayar en serio, porque nos han invitado a una fiesta privada y no podemos faltar.

Me monto en el coche y no puedo dejar de mirar el mar. El camino hasta el instituto lo hacemos hablando sobre el grupo de música. Todavía tengo que pensarlo un poco, pero escuchar la pasión con que Alan habla de ello me ha despertado todo el interés.

—¿En serio?! —me dice emocionado.

—Creo que por probar no pierdo nada.

—Estoy seguro de que no te vas a arrepentir.

—De momento, solo me voy a acercar a ver cómo es tu grupo, más adelante veremos si me uno a él.



Le doy un beso en la mejilla y salgo del coche. La verdad es que pensar en tener algo que hacer los fines de semana o las tardes que esté libre me alegra. Pensé que todos los días, después de clase, me tocaría estar en casa encerrada, escuchando como mi madre se encama con vete a saber quién.

Voy hasta el supermercado más cercano a mi casa. Mi madre tiene la mala costumbre de comprar solo comida sana, para ella el chocolate es uno de los pecados capitales, en cambio a mí me pierde. Entro con el casco en la mano y miro desde la puerta para examinar el lugar y ver dónde puede estar la zona de los dulces. Los detecto rápido; creo que la ansiedad tiene un radar especial para el chocolate. Me pongo delante de las baldas donde está mi perdición. Hay tantos diferentes que no sé por cuál decidirme. Cuando voy a coger el de chocolate con leche, una mano con una tableta de chocolate blanco con fresas aparece delante de mí.

—Creo que este es el que te gusta. —Su voz me habla por detrás.

—Tengo alergia a las fresas —miento—, ¿tanto me odias que ya quieres matarme?

—Yo... —La voz le tiembla como si le hubiera sorprendido mi respuesta—. No tenía ni idea, perdona.

—Era broma. —Me río a carcajadas—. Tenías que haberte visto la cara.

—¿Conque esas tenemos?

—Gracias —le digo cogiendo la tableta de su mano—, lo estaba buscando, es uno de mis preferidos, nos vemos mañana.

Lo dejo totalmente desconcertado y me voy hasta la caja para pagar. No puedo evitar sonreír y pensar: dos, uno... ¡capullo!

Al salir del supermercado, me dirijo hacia la moto y veo que Jake está apoyado en su coche metalizado con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras Ron, justo al lado, le habla muy cerca para que los demás no se den cuenta de nada. Sus ojos están clavados en mí, niega con la cabeza y su rostro se endurece. Le guiño un ojo, risueña, y noto como sus brazos se mueven en el

pecho al ritmo de su respiración acelerada. Sé que me voy a arrepentir de lo que estoy haciendo, pero de momento el juego me está gustando y mucho.

Llegar a casa es uno de los peores momentos del día. Al ser tan tarde, sé de sobra que mi madre estará con algún hombre que se haya encontrado en cualquier lugar de los que frecuentaba cuando vivía aquí. No es que considere que tiene que guardar un mínimo luto a mi padre, ya que no se lo merece, pero sí que tendría que tener consideración conmigo. No creo que la mejor educación para una adolescente como yo sea meter todos los días un hombre distinto en casa y con más de una copa de alcohol en el cuerpo. Estoy segura de que en un par de meses me acostumbraré a ello y me dará igual, casi como ahora..., pero, de todas formas, no me gusta.

## Capítulo 4

### Jake

Mi padre todavía no ha llegado y decido que lo mejor es irme al dormitorio. Me tumbo en la cama con una sensación de decepción. Esta es la primera vez que una chica me ignora de tal forma que hasta me hace sentir inferior. Las paredes blancas con pósteres de los mejores coches del mercado me agobian, nunca había tenido este sentimiento tan extraño. Saber que podía tener a cualquier chica me hacía sentir superior. Jugar con ellas dándoles esperanzas, para luego no querer nada con ellas, era divertido hasta ahora. Zoe es la más veterana de todas. Creo que lleva detrás de mí desde la primaria y yo solo le he dado falsas esperanzas; menos aquella vez que estaba medio dormido en la playa y aprovechó para besarme. Yo en ese momento no quise darle importancia, pero eso provocó que dijera por todo el colegio que éramos novios. Algo que hubiera sido de lo más normal si no fuera porque, a pesar de ser guapa, no tiene nada más que la haga interesante.

No tengo muy claro el motivo por el que trato así a las mujeres. Puede que el hecho de que mi madre muriera tan pronto y ver a mi padre con una variedad de mujeres bastante amplia toda mi vida ha provocado que pierda el interés en ellas, ya que veo que son todas iguales y solo van a lo que van.

Según he ido creciendo, y con la genética familiar que tengo, que no es del todo mala, me he convertido en el más popular del instituto. Llevo tantos años con las mismas chicas, que ya no me atraen. Siempre he pensado que con unos besos no van a ninguna parte, que las esperanzas de amor en una chica las hacen más dóciles, y así puedo conseguir lo que quiera de ellas. ¿Puede ser un trauma? Yo no lo llamaría así, más bien prefiero jugar con ellas, para que

luego no me hagan sufrir como vi que lo hacía mi padre durante tantos años cuando murió mi madre. Las veo y son guapas, no soy ciego, desde luego, pero pensar en tener una relación más intensa con ellas y llegar a enamorarme me da pánico. ¡Sí! Este es mi gran secreto. Al chico más popular del instituto, con una gran lista de posibles conquistas a sus espaldas, le da miedo comprometerse, por si me enamoro y me rompen el alma. Por eso, el flirteo se ha vuelto un arte para mí. No sé el motivo por el cual las chicas acceden a ello sin pega alguna. Unos pocos besos, una caricia y una sonrisa con algo de dulzura y a todas se les sonrojan las mejillas. Sinceramente, Zoe es la única a la que le he dado algún beso suelto en la comisura de los labios, pero es la forma que tengo de que las demás no se acerquen a mí.

Ahora que lo estoy pensando tan fríamente en la soledad de mi dormitorio, parezco muy arrogante al reproducir estas palabras en mi mente, pero es la verdad. Todavía no ha llegado la chica que esté a mi altura.

—¡Jake! ¿Estás en casa? —Los gritos de mi padre me sacan por completo de mis pensamientos.

—¡En mi dormitorio! —exclamo.

—¡Hola, hijo! —La respiración la tiene acelerada y sé que lo que viene no me va a gustar—. ¿Qué tal todo?

—Papá...

—Este fin de semana no hagas planes, tenemos una comida el sábado en casa de una gran amiga.

—No me interesa conocer a ninguno de tus ligues —le digo con desdén.

—Jake, me da igual lo que digas —espeta—, estamos invitados a una comida en casa de los Sikaron y tú vendrás conmigo.

—¡¿Qué?!

No me deja decir ninguna palabra más y sale del dormitorio con un portazo. En el momento en el que he escuchado su apellido el corazón se me ha parado. ¿Qué voy a hacer en su casa? Sin lugar a dudas, perder todos los asaltos, es su territorio. Me pongo boca abajo en la cama y me tapo la cabeza con la

almohada, como si de esta forma desaparecieran de mi mente esos tatuajes que tanto me excitan.

Intento pasar lo que queda de tarde distraído jugando a la Play, pero mi cabeza está buscando opciones para no ir a su casa y, por desgracia, no las encuentra de ninguna de las formas. Va a ser muy difícil comportarme como lo hago normalmente en el instituto, va a descubrir que es un escudo y eso me puede debilitar. Aunque parezca una tontería, me hace sentir más seguro saber que nadie conoce mis verdaderos sentimientos. La coraza que llevo puesta me hace irresistible ante las chicas y así tengo el poder absoluto para manipularlas; hasta puedo decir que me gusta hacerlo sin llegar a comportarme como un idiota. Conseguir que me hagan los trabajos, me compren tabaco de vez en cuando, así como que me inviten a sus fiestas..., no hace mal a nadie.

¡Estoy perdido en su casa!

Ane. Ane. Ane. Tengo su nombre metido en mi cabeza como una maldita droga. Cualquiera diría que soy una de esas niñas enamoradizas que van detrás de mí todo el día. Esta noche ha sido una de las peores y creo que es porque mi verdadero yo quiere aflorar para, por fin, enamorarme de una chica o, mejor dicho, de *la* chica. Suspiro al pensar si eso será posible alguna vez y dudo al creer que Ane puede ser un simple capricho.

—Tienes mala cara —me dice Ron con esa sonrisa maliciosa que tanto odio—, te conozco hace demasiado tiempo.

—Ya, y yo te odio por ello, capullo.

—Sabía que no podías ser tan tonto con las chicas. —Me sorprendo por sus palabras—. Solo un idiota puede rechazar tanta belleza durante tantos años.

—No te estoy entendiendo —miento.

—Las chicas más guapas, las normales y las feas de todo el instituto están locas por ti, y me dices que en toda esa variedad no has encontrado ni a una, ¿no?

—Estaba con... —dudo al decirlo.

—Diría que darle cuatro besos a Zoe para espantar al resto, pero sin llegar

a ningún lado con ella, no es estar con alguien.

—Y este repentino ataque de sinceridad ¿a qué viene?

Estamos en la puerta del aula hablando y espero su respuesta, cuando Ron me empuja sin ningún motivo aparente y aplasto contra la puerta a alguien. No hace falta que me gire para mirar contra quién ha sido; con mirar la cara de mi supuesto mejor amigo es suficiente.

—Eres...

—Perdona a mi amigo —la corta Ron—, ha sido culpa mía.

—Aun así, parecéis críos. —Lo miro a los ojos y mi cuerpo comienza a entrar en calor—. Vamos, Abi.

—Adiós —se despide Ron por los dos—. Esa es tu rompecabezas, amigo.

—Mentira. Ese es mi nuevo juguete.

Pongo el tono de voz más brusco que tengo, pues me enfurece saber que Ron ha encontrado mi punto débil.

Me siento delante de ella y eso me pone muy nervioso. No sé qué puedo hacer para tenerla controlada y escuchar las conversaciones con su amiga. A estas alturas ya tiene que saber que el sábado voy a comer a su casa y quiero averiguar lo que piensa.

Las clases transcurren con normalidad. Zoe se acerca a mirar, en tono cariñoso, para verificar que lo que pasó ayer fue una tontería y le dejo que me dé un beso, pero quito la boca y le pongo la mejilla.

—¿Ya estás otra vez? —susurra bajando la cabeza con las mejillas sonrojadas—. ¿Ya no quieres ser mi novio?

—Zoe, tú y yo nunca hemos sido novios. —Mi tono de voz es lineal—. Espero que entiendas que ha sido divertido el juego, pero ya me cansé de ello.

—¡No! —grita con lágrimas en los ojos—. Que ni se te pase por la cabeza.

—Eso no lo decides tú. —Mi voz es brusca y firme—. Me aburrí de ti y de tus tonterías.

—Eres despreciable, Jake.

—Le dijo la sartén al cazo.

Me levanto y salgo de clase dando por finalizada la conversación. No entiendo como me puede llamar a mí despreciable, cuando ella se cree superior al resto porque tiene a medio instituto detrás y un séquito que alaba sus *actuaciones*, aunque sean de lo peor.

El descanso me viene muy bien para rebajar el nivel de ansiedad. Llevo todo el día intentando escuchar lo que hablan Ane y Abigail, pero no se han dirigido la palabra. Me fumo el cigarro junto a Ron; se le nota que quiere decirme muchas cosas, pero sé que lo va a guardar para ir dosificando sus palabras en función de mis actos. Cruzamos el patio y los grupos de chicas hablan entre ellas; las miro de reajo y tengo claro que saben el final de la historia entre Zoe y yo. Estoy seguro de que en sus mentes están imaginando esa oportunidad que nunca han tenido, pero se equivocan. A mí ahora solo me interesa Ane.

Al llegar a mi asiento, veo como las dos están en plena conversación muy emocionadas. «Chicas», pienso con prepotencia. Aunque al escuchar esa palabra mágica de la boca de Abi, todas las alertas saltan.

—Sí, mira que en cuanto lo vi supe que era él. —Oigo como lo dice y me recuesto en el asiento para saber más.

—La verdad es que tienes razón, esas gafas lo hacen de lo más interesante, es tan majo y adorable, es normal... —El profesor entra en la clase y termina su conversación.

—¿Has visto cómo te mira Zoe? —Ron me saca de mis pensamientos.

—No me interesa —espeto.

—Estás insoportable.

—Hace tiempo que sé que te gusta Zoe, es toda tuya, ánimo a pedirle salir.

—¿Qué?! —me dice molesto—. Yo no comparto babas, ya lo sabes. Además, después de tantos años parece que no me conoces, y menos aún mis

gustos en cuanto a chicas.

—Es que nunca me hablas de ellas, solo te he visto con unas pocas, pero de lo más variopintas.

—Tú preocúpate de pensar cómo conquistar a tu juguete nuevo y el resto es cosa mía.

Le doy un codazo porque lo dice demasiado alto como para que Ane lo escuche y sonrío en silencio. Sé que esta actitud me va a salir cara, pero no puedo evitar sentirme así. No sé si enganchado sería la palabra adecuado, y más cuando la conozco desde hace tan poco tiempo. ¿De quién estarían hablando? Estoy seguro de que es de Alan, ¿en verdad le gusta? Pongo la cabeza sobre la mesa y aprieto los puños de la rabia. ¡No puede ser!

Terminan las clases, por fin, y voy detrás de ellas dos por el pasillo. Escucho como están quedando para comer el sábado. ¿No va a estar ella cuando vayamos nosotros? Me entra la duda y pienso que puede que su madre no se lo haya dicho todavía y, por si acaso, decido atacar.

—Nos vemos el sábado en tu casa —digo en medio del pasillo, tan alto como para que Alan y el resto lo escuchen—, guárdame un sitio a tu lado.

—¡Perdona! —Se gira de mal humor con expresión desconcertada.

—Parece ser que tu madre me ha invitado a comer.

—No digas tonterías, me lo hubiera dicho. —Está en medio del pasillo con los brazos cruzados a la altura del pecho—. Además, mi madre puede hacer los planes que quiera, yo no tengo por qué hacerle caso.

—Algo me dice que esta vez no será así —le digo con una sonrisa maliciosa.

—Eso ya lo veremos.



## Capítulo 5

### Ane

Llego a casa y ya es de noche. Voy directa a buscar a mi madre al salón y no está. Miro por toda la casa hasta que llego a la conclusión de que el único lugar donde puede estar es en su dormitorio con algún hombre... Y, cómo no, sale del dormitorio con el mismo de las últimas veces. Le está acomodando la corbata a la vez que él le acaricia el pelo con dulzura. Al girarse se encuentra conmigo y se sorprende; podría decir que se pone hasta nervioso al encontrarme tan de repente. Lo que intento disimular es mi enorme impresión al ver que es igual que Jake.

—Hola, cariño. Ya conoces a Michael, ¿no?

—Sí —respondo con mi mejor sonrisa intentando que no se me note el desconcierto de descubrir quién es.

—Encantado. —Da un par de pasos firmes al frente y yo no puedo evitar retroceder—. Perdona.

—No pasa nada, Michael. Mejor vamos abajo.

—Hasta mañana, Ane

Asiento con la cabeza y mi madre, al pasar a mi lado, me mira con el ceño fruncido. Yo, en cambio, no puedo ni mover un músculo de mi cuerpo. El simple hecho de pensar en un hombre corpulento, más o menos del tamaño de mi padre, me aterra. Sé que es porque todavía no he olvidado las palizas que me daba el *gran* señor Sikaron, pero el corazón se me ha encogido solo de pensar que podría acercarse más de la cuenta.

Entro en el dormitorio y me tumbo en la cama boca arriba. El modo en que Michael ha acariciado a mi madre me ha hecho estremecer. Nunca vi a mi

padre hacer algo semejante. Para él todo era a base de regalos e imposiciones, a la vez que palizas hacia mí por la frustración de no lograr el amor de mi madre. ¿Sería este el hombre con el que mi madre le engañaba? Sin lugar a dudas, cuando se miran se nota que se quieren, y eso que he visto a mi madre con algún que otro hombre.

—Ane. —Su voz se nota dulce detrás de la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Sí.

—Quiero hablarte de Michael. —Se tumba a mi lado en la cama y se la nota nerviosa—. Él no es como los otros hombres que he traído a casa.

—Eso ya me lo imagino, si has repetido casi todos los días con él.

—¡Ane! —espeta y prosigue—: Era del círculo de amistades de tu padre. Su mujer y yo dimos a luz el mismo día, un chico muy guapo, se llama Jake.

—Sigue... —Se de quién me habla y sé que es guapo... y también pienso muchas otras cosas sobre él.

—Las dos nos hicimos muy amigas, incluso fantaseábamos con el matrimonio entre Jake y tú.

—¿¿Qué?! —Salto sin pensarlo con los ojos abiertos como platos—. Eso es imposible, tú no...

—Erais bebés, ¿cómo no pensar en esas tonterías? —Su rostro muestra nostalgia al recordarlo—. Hasta que ella enfermó. Fueron meses muy duros, yo cuidaba de ti y de Jake, no sé ni las veces que dormisteis juntos en este dormitorio.

—¿Cuándo te diste cuenta de que estabas enamorada de Michael?

Mi madre se levanta de un salto de la cama y se pone a andar de un lado para otro. Puede que piense que soy una niña, pero esos recuerdos tan bonitos solo pueden ser debidos al amor que le tenía. En todo el tiempo que llevamos hablando no ha nombrado a mi padre ni una vez, así que era de esperar que quisiese a otro.

—¿Sabes ese momento en el que miras por primera vez a una persona y te das cuenta de que no sabías lo que era el amor hasta entonces? Pues eso me

pasó con Michael.

—¿Mi padre lo sabía? —le digo con frialdad por el simple hecho de nombrarlo.

—No te puedes imaginar lo felices que éramos con tu padre —suspira—. Me llevaba a las mejores fiestas de la ciudad. Me adoraba hasta tal punto que llegué a pensar que me había vuelto una adicción para él... Sin embargo, yo quería tener hijos, pero él no.

—Ahora lo entiendo todo, por eso...

—El día que me enteré de que estaba embarazada fue el mejor día de mi vida, pero para tu padre fue el fin. Tenía la extraña obsesión de que nunca volvería a ser la misma. —Se sienta a mi lado de nuevo y prosigue—: Yo hice todo lo posible por hacerle partícipe del embarazo. Le enseñaba todo lo que te compraba, cada movimiento de mi tripa... Y, dicho sea de paso, no parabas... Pero nunca quiso saber nada hasta que llegó la última ecografía.

—No entiendo qué cambió, en casi nueve meses no me quiso y después tampoco. —No siento pena al decirlo, hace años que cualquier sentimiento hacia él murió—. ¿Qué pasó?

—En la sala de espera de la consulta fue donde nos vimos por primera vez Michael y yo. —La miro y se le nota la cara iluminada—. Ahí tú padre supo que me había enamorado.

—¿No te dijo nada?

—No hizo falta, comenzó a comportarse como tú conociste. Bebía más de la cuenta y era entonces cuando me buscaba de forma brusca para tener...

—¡Mamá!

—Y el resto te lo puedes imaginar. Cuando murió la mujer de Michael nos distanciamos hasta que, unos años después..., tú deberías de tener casi cuatro años..., nos volvimos a encontrar en una fiesta. Quedábamos esporádicamente con la excusa de que vosotros jugaseis y, un año antes de que nos fuéramos, comenzó nuestra historia de amor.

—No recuerdo a Jake.

—Cuando cumplisteis seis años hicimos una gran fiesta en casa y flirteamos sin darnos demasiada cuenta. Jake y tú entrasteis en la cocina corriendo y nos visteis besándonos o por lo menos eso pensamos. Fue en ese momento cuando decidimos no usar la excusa de que jugarais para vernos.

—¿En serio lo amas?

—Como ya te he dicho, ha sido el único hombre del que me he enamorado y así ha sido hasta ahora.

—¿Y los otros?

—Las mujeres tenemos necesidades...

Me levanto y abro la puerta de mi dormitorio para dar por terminada la conversación. Con todo lo que me ha contado hoy tengo suficiente, no hace falta que me hable de sus relaciones sexuales con todos esos hombres. Principalmente, porque no terminaríamos ni para cuando empiece la universidad. Mi madre acaricia mi cara y, por primera vez, la veo aliviada a mi lado. Creo que llevaba años intentando contar este secreto, pero algo se lo impedía. ¿Podría pensar que la juzgaría por engañar a mi padre? Nunca. No digo que esté bien lo que ha hecho, pero desde luego es normal sabiendo lo despreciable que era mi padre.

Camino por el dormitorio mirando hacia todos lados y pensando... ¿Sabrá Jake todo lo que mi madre me ha contado? Yo creo que no, pero aun así es tan increíble pensar que estábamos predestinados a estar juntos que es normal lo que sentí nada más verle.

Durante la cena mi madre me ha dicho lo de la comida que hay el sábado con Jake y su padre. «¡Me niego!», pienso a la vez que me retuerzo en la cama. Si nos sentamos en la misma mesa durante el tiempo suficiente como para conocernos mejor, se dará cuenta de que me gusta y esa es su excusa perfecta para creer que puede hacer lo que quiera conmigo. Solo pensar en que Jake puede jugar con mis sentimientos o provocarme un dolor parecido al que me causó mi padre, me hace rebelarme ante mi madre y no aparecer en esa comida. Cojo la sábana con las manos y me tapo la cabeza con ellas. ¿Me

escondo? Sí. Después de tanto tiempo puedo decir que hay un chico que me intimida hasta tal punto que siento nervios por ir al instituto. Además, al ver el tipo de chicas que le gustan, sé que nunca se fijará en mí con buenas intenciones, y eso me entristece. ¿Tendría que intentar cambiar por él? Nunca. Con la cabeza dando vueltas y vueltas a lo mismo, me quedo dormida.

Cojo la moto con el cuerpo destrozado; parece que mi colchón tuviera espinas por todos lados, y no he conseguido conciliar el sueño de forma profunda. La sonrisa maliciosa de Jake, pero a la vez esa expresión neutra, sin sentimiento alguno, de la primera vez que lo vi, me hace dudar del tipo de persona que es.

Oigo un pitido y freno en seco del susto. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que tengo un coche casi pegado a mi moto; estoy justo al lado del instituto. Mis ojos se clavan en el conductor y, como no podía ser de otra forma, es Jake de nuevo con esa mirada sin expresión. Tan indiferente soy para él, que hasta con la situación de un posible accidente, ni se inmuta.

—Podrías mirar por dónde vas, ¿no? —me dice ya en el pasillo, casi pegado a mi espalda y con su aliento en mi oído.

—Lo mismo digo, casi me atropellas. —No me doy ni la vuelta para contestarle—. Sí que quieres deshacerte rápido de mí, ¿no?

—Eso te gustaría para no estar a mi lado, pero tu sufrimiento es mi placer diario, hasta que me supliques un beso.

—¡Venga! —grito riéndome por su arrogancia—. Ya veremos quién suplica a quién.

Me paro ante mi taquilla y él sigue riéndose junto a Ron, que lo mira con una expresión un tanto reveladora: ni su propio amigo se cree tal prepotencia.

—¿Estás bien? —Alan me sorprende por detrás—. No te deja en paz, ¿no?

—Parece que ha decidido hacerme el año imposible, pero no sabe con quién está hablando.

—El recuerdo que yo tengo de ti es muy bueno. Nunca reprochabas nada a

nadie, y le dejabas tus cosas a todo el mundo.

—Mucho ha llovido desde esos días. —Me entristece recordar aquella época tan mala—. Ahora soy bastante más contestona.

—Se me ocurre una cosa. —Se le ve emocionado y eso me sorprende—. ¿Qué te parece si me hago pasar por tu novio?

—¿No crees que eso está muy visto en las novelas de adolescentes?

—¿Y Jake qué sabe? Dudo mucho que haya leído alguna.

—Te lo agradezco, pero de ese me encargo yo. Además, ¿hace cuánto que no tienes novia?

—Esto... —Se para en seco y sin palabras—. Te diría que...

—Nunca, ¿verdad? Pues sé de alguien que quiere empezar algo contigo.

—¿En serio? —Noto su corazón acelerado—. Como buena amiga que eres, me vas a decir quién, ¿no?

—Hasta luego, Alan.

—¡Ane! —Me señala con el dedo y me mira firme, como lo haría Jake—. No sabes con quién estás jugando.

Le guiño un ojo y entro en el aula intentando reprimir una gran carcajada al escuchar la gran imitación que me ha hecho, a la vez que todo el mundo me mira asombrado. Al ir hacia mi asiento, veo a Jake hablando con Ron como si nada hubiera pasado. Sigo pensando que no sé muy bien qué esperar de alguien al que no consigo descifrar.

## Capítulo 6

### Ane

No creo que sea conveniente que Abi piense que tengo algo con Alan, aunque de esta forma mantengo alejado a Jake. No quiero que por mi culpa tengan un problema entre los dos y más cuando estoy empezando a tener miedo de mis emociones hacia él. Soy tan distinta a las chicas de este instituto que es lógico que Jake se comporte conmigo de esta forma, pero no le voy a permitir que se pase en absoluto de listo. Mañana es el día en el que vienen a comer a casa y a mí me toca buscarme alguna excusa para no ir. ¿Podré hacerle eso a mi madre? No, pero por lo menos lo he dejado pensando en mí hasta la hora de la cena, y es que estaré ahí con un vestido que lo dejará sin habla.

—¿Quieres decirnos lo que estás pensando, Jake? —Sonrío al pensar que puede ser muy interesante su respuesta.

—Perdón.

—Estás perdonado, pero que no vuelva a suceder. Últimamente, se repite mucho —dice el profesor sin darle mucha importancia.

—Estará enamorado.

—Sí, pero hace tiempo que lo está, ¿no? —le responde Zoe a Ron.

—Si tú lo dices.

—¿A quién le importa de quién está o no enamorado ese chico? —ataco sin piedad y me pongo seria, aunque lo que quiero es reírme.

—Tiene toda la razón, Sikaron...

—¡Ane! —grito.

—Señorita Sikaron, salga de clase, por favor.

—¿Qué?! —me indigno ante tal acción a la vez que me levanto—. Ahora

resulta que no puedo ni decir mi nombre.

—Salga de clase y así aprenderá a dejar su arrogancia fuera del instituto.

—Entiendo. —Me acerco a la puerta para irme—. Entonces, cuando quiera sacar su inteligencia a relucir y se equivoque, podremos solicitar un cambio de profesor y pedirle que se vaya de clase, ¿no?

—¡Inténtelo!

—¡Lo haré! —digo a la vez que cierro la puerta.

Respiro tranquila al estar fuera de clase. Odio que me llamen Sikaron, por muy importante que sea mi apellido. Además, no entiendo el motivo por el cual soy la única de clase a la que no llaman por el nombre. Camino por el pasillo solitario y en silencio. Tiene ese olor a vestuario, después de que pasaran por él todos los alumnos esta mañana. Una mezcla de recién duchados con aroma a humanidad y diferentes colonias.

Me voy hasta el árbol frondoso que está en la entrada y me siento para escuchar música, cuando noto que alguien se sienta a mi lado.

—Te sientes importante al comportarte de esa forma. —Jake está a mi lado y, aunque me falte la respiración, no puedo dejar que lo note.

—¿Te importa?

—Si te pregunto es por algo.

Giro la cabeza para verlo y está con la mirada puesta al frente, con una rodilla doblada y su brazo encima de ella. Corre una leve brisa que le mueve el pelo con delicadeza acariciando su cara. ¿Se puede ser tan guapo? Está inexpresivo y eso me provoca un escalofrío. Bajo la cabeza avergonzada por mirarlo de esa forma, y más por querer entender lo que pasa por la suya cuando tiene esa expresión.

—¿Qué haces aquí? —le hablo con firmeza, aunque no sé si mi voz ha sido del todo convincente.

—Tenía ganas de tomar el aire, ¿eso también te molesta?

—¿Puedo saber qué quieres de mí? —Me rindo, es la mejor opción que tengo y así dejo de pensar tanto.



—Quiero que mañana estés en la comida.

—¿Quieres o me lo estás pidiendo de forma educada?

—Es por mi padre. —Su voz es mucho más dulce, es evidente que le importa—. Se nota que tu madre le ha mejorado el ánimo.

—Estaré con una condición. —Ahora sé que está en mis manos—. Que comiences a ser más amable conmigo.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Se levanta rozando mi brazo y de forma instantánea mi corazón comienza a acelerarse. Odio que me provoque algo así con solo tocarme un poco, y más, si cabe, por el poco tiempo que hace que nos conocemos.

Me quedo pensativa junto al árbol escuchando música. ¿Cómo puede ser que me haya enamorado de semejante personaje? ¿Habrá salido de clase para estar conmigo? Lo dudo mucho, solo hay que ver cómo lo trato como para que me odie; aunque hoy lo he notado algo diferente y eso me da a entender que no lo conozco todavía lo suficiente.

La gente comienza a salir de las clases esperando a que sea la hora de la siguiente; al mirar hacia la puerta veo a Jake junto a Ron rodeado de Zoe y su séquito. Agacho la cabeza para que no se dé cuenta de la rabia que me da, pero no puedo evitar mirar. Todas son tan diferentes a mí, y a él se le ve tan feliz rodeado por ellas, que por un instante me siento inferior. Cierro los ojos con fuerza y saco ese pensamiento de mi mente. Me prometí, una vez que salí de la casa de mi padre, que nunca volvería a tener ese sentimiento, pero el destino ha querido que la persona que nació el mismo día que yo, el chico que me gusta, me haga sentir así. ¡No! Me lo prometí y nunca más volveré a dejar que alguien me trate como lo hizo él. Levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos clavados en mí. Sonríe maliciosamente; está rodeado de chicas espectaculares y es en mí en la que se fija. Puede que sea por esa unión al nacer, por cómo nos cuidamos y jugamos de pequeños... o porque le gusto, así de simple.

—¿Me quieres hacer caso? —Abi está delante de mí y no me había dado ni cuenta—. Me puedes decir lo que quieras, e incluso hacerte la fuerte delante de todos, pero yo sé que a ti te gusta Jake.

—Y a ti te gusta Alan, y no te molesto con eso. —Frunzo el ceño al decírselo.

—Estamos en paz, pero por favor, si no quieres problemas en el instituto, tienes que controlar ese genio o te expulsarán antes de lo que piensas.

—Gracias por el consejo, Abi. —Me levanto y le hago un gesto para ir a las clases—. Odio que me llamen por mi apellido, pero sé que tengo que controlarme.

Las clases pasan más despacio de lo que me gustaría. He quedado con Alan para ir a su garaje y ver cómo funciona su grupo de música, al que me ha pedido que me una.

—Abi, el sábado no podemos quedar para comer —le digo mientras esperamos a Alan junto a mi moto.

—¿Me abandonas? La primera vez que quedamos y ya me dejas tirada. Le diré a Mika que me acompañe.

—Esa chica parece agradable, pero se nota que está acomplejada por su aspecto y parece que no se ha dado cuenta de lo guapa que es.

—Sí, es un tema complicado —me dice cortante—. ¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Si quieres te puedes marchar —digo a la vez que saludo a Alan con la mano mientras se acerca a nosotras—. Me han invitado a ver un sitio de ensayo y pensé que...

—Vale, pero no me vaciles delante de él, por favor.

Su rostro está sonrojado como nunca lo he visto y va todavía a más al escuchar la voz de Alan.

—¡Vamos!

—Sí, pero yo tengo que pasar un segundo por casa, id vosotros en el coche

y yo no tardo en llegar.

—¿Te acuerdas de cómo llegar a mi casa?

—Sí, pero por si acaso me mandas la ubicación, por favor.

Miro la cara de Abi y noto como me mata con la mirada; en cambio, a Alan se le ve de lo más feliz junto a ella.

—Muy rápido te han quitado el novio, ¿no crees? —Escucho la voz de Jake al montarme en la moto.

—Creo que a ti te ha pasado lo mismo. —Arranco la moto y me marcho sin darle opción a contestar, señalando con la cabeza hacia la puerta del instituto.

—Ella no es nada para mí...

Escucho sus palabras en la lejanía mientras acelero al máximo la moto. Me río en mi fuero interno al pensar que de nuevo lo he vuelto a dejar con la palabra en la boca; sin embargo, no me hace sentir muy bien el tratarlo así. Este es un juego muy peligroso en el que no tengo muy claro quién puede salir ganando.

Recorro las calles hasta llegar a la casa de Alan. Unos chicos con aire roquero se encuentran en la puerta del garaje apoyados en sus coches de gama media. Me sorprendo al ver que Alan tiene este tipo de amigos y a la vez me alegro de que no sea gente del instituto. Me quedo apartada escuchando música y mirando el móvil; me extraña no tener noticias de Peter desde hace días. Reviso las conversaciones antiguas y no veo que hayan sido poco cordiales ni que discutiéramos, así que me decido a mandar un mensaje cariñoso, por si ha pasado algo de lo que no me he enterado.

—¿Tú eres la nueva cantante? —me dice un chico con aires de artista muy famoso—. Eres guapa.

—Gracias, pero solo he venido a escucharos, Alan me ha invitado.

—Mal empiezas en el grupo si mientes. —Su altanería comienza a exasperarme.

—Perdona... Tú eres... —Dejo pasar unos segundos y cuando veo que va a

comenzar a hablar lo corto diciendo—: No me interesa.

—Pero ¡¿tú qué te has creído?!

—¡Calla! —le dice Alan con autoridad—. Deja a Ane en paz, Brian.

—Tampoco es para que te pongas así, solo quería saber si ella era la nueva cantante, pero ya veo que traes a otra preciosidad.

El rostro de Abi se enrojece de inmediato, baja la cabeza para que no note su vergüenza y Alan la mira extrañado. Creo que es la primera vez que Alan se fija en ella y descubre lo que Brian acaba de decir, que es preciosa. Alan mueve la cabeza para serenarse a la vez que me mira y, al descubrir mi sonrisa, se da cuenta de que sé lo que acaba de pasarle. Me hace un gesto con la nariz, como cuando éramos pequeños, y sé que quiere que no diga nada. Le guiño un ojo a modo de complicidad, cojo del brazo a Abi, que no se ha dado cuenta de nada, y le sonrío. La tarde tiene pinta de mejorar por momentos y eso va a provocar que deje de pensar tanto en el maldito Jake.

Cuando Alan nos hace pasar a su garaje, oigo el motor de un coche que no me es desconocido. Al girar la cabeza, veo la cara de Jake con el ceño fruncido y no puedo evitar sonreír de forma maliciosa. Acelera con tal brusquedad que el neumático derrapa en el suelo con un gran estruendo y hace que todo mundo lo mire.

—¡¿Qué le pasa a ese?! —Brian está junto a mí y Abi—. ¿Ese no es tu amigo, Alan?

—Más bien conocido.

—Le gusta mi amiga —dice Abi con voz dulce, pero se nota su venganza en la expresión—. Así que no pienses ni en acercarte.

—¡Venid! —Alan da la conversación por terminada—. Quiero enseñaros esto.

Miro a Brian y lo noto desconcertado por la situación. Creo que nunca ha visto a Alan tan autoritario, por eso se ha sorprendido y yo me alegro de saber que todos dependen de su garaje o no hay grupo.

El lugar es más amplio de lo que aparenta desde fuera. Una puerta blanca

estrecha da paso a un lugar de lo más increíble. En el lado izquierdo hay un Chevrolet Bel Air de 1953 color rojo metalizado con el techo en blanco que resplandece nada más entrar. En la pared, una colección de botes de aceite colocados por colores y tamaños decora el lugar. No puedo evitar sonreír, al recordar lo cuadriculado que era Alan de pequeño. Todo tenía que estar recogido y colocado como él quería, si no se enfadaba y dejaba de jugar. El sonido de un redoble de tambor me saca de esos recuerdos tan entrañables y veo que todos están preparados con los instrumentos en sus manos. Me siento junto a Abi en el sofá y comienzan a tocar una de sus canciones. Brian es quien entona la letra. No suena nada mal, aunque entiendo la necesidad de una voz femenina y miro a Abi. Está emocionada y no deja de mirar a Alan con admiración, algo que me resulta muy entrañable, y es en ese mismo instante cuando tomo la decisión.

—¿Os ha gustado? —Alan nos mira ansioso.

—¡Sí! —grita Abi emocionada.

—Ahora me gustaría que probaras tú. —Me señala—. Todavía recuerdo lo bien que cantabas.

Se sorprenderá con mi respuesta:

—Prefiero que primero cante ella, me han dicho que tiene una voz preciosa.

—Abi me mira desconcertada y le guiño un ojo sonriente.

—Pero...

—Prefiero que sea ella, si no te importa. —Alan se encoge de hombros y yo sonrío complacida.

Abi tiene la hoja entre sus manos, comienza la música y una cosa magistral sale de su boca. ¡Lo sabía! Me doy una palmada en la espalda al saber que tenía razón. Al terminar, todo el mundo halaga su gran voz y ella se sienta a mi lado totalmente avergonzada. Le guiñó un ojo y me pongo delante para empezar a cantar. No tengo que hacer mucho esfuerzo para cantar peor que Abi y la decisión se toma muy rápido y por unanimidad. Ella intenta contener la

emoción al saber que la han elegido, creo que por respeto a mí, algo que es de admirar, pero que sin lugar a dudas no hace falta.

De camino a casa en la moto, después de estar un buen rato en el garaje escuchando todos los planes que tienen para la banda, voy pensando en mañana. ¿Cómo se comportará Jake estando nuestros padres delante? Espero no encontrarme a alguien con doble personalidad, porque eso sería el colmo. Por algún motivo que desconozco, tengo la extraña sensación de que me va a sorprender.

## Capítulo 7

### Ane

No he dormido nada bien. Me retuerzo en la cama y lo único que deseo es quedarme en ella hasta que pase el día de hoy. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve así de nerviosa, pero un escalofrío recorre mi espina dorsal y la rabia se concentra en mi estómago. Me encantaría poder borrar de mi mente el recuerdo de las veces que mi padre me pegaba. Esa sensación de nerviosismo al saber que mi madre había salido y él llegaría antes que ella. Muchas veces pensé en quedarme a dormir en casa de cualquiera, pero no lo hacía. Creo que tuve la esperanza de que por una vez no volcara en mí su frustración por no tener el amor de mi madre, pero nunca sucedió. El olor a *whisky* en su aliento pegado a mi oreja, los constantes tirones de pelo y los golpes por el cuerpo me han hecho como soy.

—¿Estás despierta? —No sé para qué pregunta, si no he salido del dormitorio será que estoy dormida—. No quiero molestar.

—Pasa, mamá.

—Hija. —Entra como un elefante en una cacharrería y se va directa a mi armario—. ¿Qué te vas a poner? ¿Te vas a portar bien? ¿Lo puedes hacer por mí?

—¡Para! —No puedo evitar reírme—. Pareces una quinceañera el día que va a presentar a su novio en casa.

—Quiero que todo salga bien. —Suspira a la vez que se sienta a mi lado—. Él siempre ha sido el amor de mi vida.

—Lo que no entiendo es como has podido acostarte con todos esos hombres, sabiendo que podías estar con él en cualquier momento.

—Sé que no he sido el mejor ejemplo para ti. —Agacha la cabeza avergonzada—. Solo espero que tú no cometas los mismos errores que yo.

—Esas son las cosas a las que no te puedo responder, mamá. Pero tengo claro que en este mundo solo ha habido un hombre que me ha puesto una mano encima, y desde luego, fue el último.

Acaricia mi cara con dulzura.

—Ane, resérvate para alguien especial, no juzgues a los chicos por esas primeras impresiones que tú tienes y ese carácter tan arisco.

—¡Mamá!

—Me vas a decir ahora que te avergüenza hablar de sexo con tu madre.

—No. —Pongo los ojos en blanco, pero estoy mintiendo—. Es demasiado temprano para estas conversaciones, ¿no te parece?

—Sí, es cierto. Hoy es un día importante, Michael vendrá con su hijo.

—Jake —digo su nombre a la vez que frunzo el ceño.

—¿Tienes algún problema con él? —Su cara entra en pánico esperando mi respuesta.

—No, vamos a la misma clase y tenemos que hacer un trabajo juntos, pero por lo demás me es totalmente indiferente.

—Se nota, lo veo en tu mirada —dice seria—, y así tiene que ser..., porque puede que os convirtáis en hermanos.

Se levanta de la cama dejando un dulce beso en mi cabeza y se marcha a la vez que tararea una canción. Me quedo mirando fijamente hacia la nada con una palabra retumbando en mi cabeza: hermano. Él nunca será mi hermano, a lo sumo podría ser el chico que vive en mi casa o yo en la suya, pero jamás hermanos.

No he querido salir del dormitorio en toda la mañana, solo escuchaba a mi madre dando voces por todos lados. Mientras que yo, en cambio, no hago otra cosa que buscar en mi armario lo que ponerme para la ocasión. Quiero que me vea de forma diferente a como está acostumbrado, pero no muy estrambótica,



ni tampoco sería... Me siento en la cama mirando el armario y veo, medio escondido, un vestido negro que me compré y nunca llegué a estrenar. Lo saco del armario y es elegante a la vez que sexi. ¡Esto es lo que buscaba! Es un vestido ceñido al cuerpo y con media espalda al aire, no tardo ni un segundo en probármelo y con el pelo suelto me queda de muerte. Entro en el baño para mirarme la espalda y al retirarme el pelo puedo ver alguna de las cicatrices que mi padre me provocó. No puedo evitar quitarme el vestido rápidamente y tirarme en la cama llorando. Sé que nunca voy a poder amar a ningún hombre por miedo a que me haga el mismo daño que me hizo él. No hablo del dolor físico, ya que estoy segura de que nunca volverán a tocarme, pero el alma no sé si en algún momento se curará.

Lloro intentando vaciar esa tristeza que tanto daño me hace y que sufro en silencio. No quiero que mi madre se dé cuenta del demonio que llevo dentro, ya que considero que ha llegado la hora de que sea feliz con alguien. Lo malo es que esa persona es el padre del chico del que... sí, por qué no decirlo en alto, del chico del que me he enamorado.

La hora de comer llega más pronto de lo que imaginaba. Nunca una mañana se me había pasado tan rápido. Antepuse el querer tener una apariencia más refinada a mi forma de ser como tal. Aproveché para darme un toque de maquillaje muy suave y ponerme el pelo ondulado con un pequeño recogido en un lado. Los tacones que tanto odiaba cuando mi madre me los compraba, ahora me sirven para este tipo de ocasiones.

—Hola, chicos —dice mi madre con una amplia sonrisa a mi lado—, pasad, por favor.

—Estáis preciosas —dice Michael a la vez que le da un codazo a Jake.

—Hola. —Le da dos besos a mi madre—. Soy Jake, su hijo.

—Igual de guapos, por lo que veo. Ella es mi pequeña, Ane. —Mis ojos se abren como platos y veo como sus labios se arquean con malicia—. Aunque ya os conocéis.

—Sí. —Da un paso al frente y me da un beso demasiado cerca de la comisura de los labios—. Vamos a la misma clase.

—Pasad, por favor. —Por los nervios, todavía estábamos en la puerta—. La mesa ya está puesta.

Mi madre coge del brazo a Michael y se adelanta con él, mientras yo cierro la puerta y, con las manos, invito a pasar a Jake.

—Te noto muy callada —dice serio.

—Al igual que tú. —Frunzo el ceño—. No creas que voy a entrar en tu juego.

—No sé de qué me hablas. —Lo miro y realmente está extrañado.

—Sé que estás acostumbrado a tener a todas las chicas detrás de ti —le digo a la vez que salimos al jardín, donde están los aperitivos—. Pero yo no soy una de ellas.

—Lo sé. —Roza con su mano mi espalda e intento frenar el escalofrío que me provoca sin mucho éxito.

—Entonces, no intentes seducirme.

—Esa no es mi intención, más bien pretendo que me conozcas y te enamores de mí como yo...

—Chicos, está la mesa puesta. —Lo miro sorprendida y solo quiero matar a mi madre por interrumpir lo que me estaba diciendo.

—No me gusta tu juego —le susurro y prefiero pedirle con sensatez—: Hagamos esto por ellos, por favor.

La expresión de su mirada ha cambiado al escucharme hablar. Creo que a los dos nos ha desconcertado la actitud que estamos teniendo y nos sentamos a la mesa una frente al otro mirando el plato.

La comida transcurre con total normalidad, entre conversaciones banales y alguna que otra risa, hasta el momento en que mi madre y Michael se ponen a recordar los planes que tenían para nosotros.

—¿Eso es en serio? —dice Jake sorprendido—. No me habías dicho nada.

—No te preocupes, ni mi madre a mí. —La miro acusadora.

—Cosas que se dicen cuando sois pequeños y más cuando habéis pasado tiempo juntos.

—Pero...

—Dormíais en la misma cuna mientras tu madre estaba enferma.

—Sí, le hacía tanta gracia veros intercambiar el chupete —recuerda Michael con nostalgia.

—¿Durante cuántos años tuvimos esa relación? —Jake muestra demasiado interés para mi gusto y eso me desconcierta.

—Más o menos hasta los tres años —dice mi madre a la vez que se mete una cucharada de tarta en la boca.

Se nota que no quiere decir lo que sigue y por eso prefiere tener la boca llena. Recordar la muerte de la madre de Jake le parece de mal gusto y se le nota en la expresión. Michael toma las riendas de la conversación, respira profundo y veo que ha tomado la determinación de contarle a Jake una historia que había tenido silenciada todo este tiempo.

—Tu madre era especial, Jake. —Le sonrío a mi madre con dulzura—. La primera vez que os vio juntos ya quería casaros. Ella tenía la creencia de que cuando dos almas gemelas se encuentran, sucede algo especial en el universo.

—¿Qué ocurrió el día que nacimos? —Mi madre se saltó esa parte cuando me contó la historia, y en cambio a mí me parecía bastante interesante.

—La mayor lluvia de estrellas que se había visto nunca. —Mi madre mira a Michael al decirlo.

—Tu madre creía en todas esas cosas, por lo que Susan y yo pensamos que lo mejor era seguirle el juego.

—¿Cómo?

—El bautizo lo hicimos juntos y llegamos a un acuerdo con el cura, que estaba al tanto de toda la situación, para que os casara.

Por casualidad, ambos estamos con un trozo de tarta en la boca, ya que la historia no nos estaba resultando muy entretenida, y al escuchar estas palabras

escupimos los dos a la vez. Es una situación extraña. Nos miramos y sus mejillas están tan sonrojadas como las mías.

—Para ser adultos... —tengo que decir algo, ya que toda esa historia me estaba dejando asombrada— no os comportasteis como tal, ¿no?

—No creo que esté mal complacer los deseos de alguien enfermo. —Michael me gana poco a poco con la dulzura de sus palabras—. Si con ello la hacíamos tan feliz como su rostro reflejaba.

—Pero...

—Si queréis —corta mi madre a Jake, puesto que no considera que haya que hablar más del tema—, podéis salir al jardín, o le puedes enseñar la casa a Jake.

Los dos se levantan rápido con los platos en las manos y a mí no me queda más remedio que hacerle una visita guiada a Jake. Los dos caminamos en silencio por los pasillos y por las grandes habitaciones de la casa y, sin lugar a dudas, evito enseñarle la mía.

—Ahora pasemos al jardín. Si quieres te puedes bañar en la piscina, mi madre tiene bañadores para las visitas.

—Tu madre ha dicho que me enseñes toda la casa, ¿no?

—Solo falta el jardín —espeto.

—No me gusta cuando mientes. —Lo miro desafiante—. Haces un gesto con la boca que me quita las ganas de besarte.

—¡No digas tonterías!

Sonríe y eso me desquicia.

—¿Has mentido o no? —Se hace el silencio esperando una respuesta—. Creo que *nuestro* dormitorio todavía no lo he visto.

—Creo que te vas a quedar con las ganas.

Me adelanto y bajo por las escaleras hasta el jardín, donde mi madre y Michael están acurrucados mirando hacia ningún sitio. Él tiene su brazo sobre los hombros de mi madre y le acaricia el pelo con dulzura. De forma

instantánea me aparece una sonrisa e intento recordar alguna vez en la que mi padre estuviera así con ella, pero no lo consigo.

—¿Te ha gustado la casa? —Mi madre intenta incorporarse, pero Michael no la deja.

—Me falta algo por ver, pero en general es una gran casa.

—Ane... —Mi madre me mira con el ceño fruncido—. Te he dicho *toda* la casa, no entiendo por qué siempre vas por libre.

—¡Mamá! —espeto—. ¡Mi dormitorio no está abierto al público!

—*Nuestro* —matiza Jake susurrando e interrumpiendo la discusión con mi madre.

—Estoy de acuerdo con Jake —dice mi madre a la vez que surgen carcajadas por parte de todos.

—La historia que habéis contado está muy bien, pero creo que está perdiendo la gracia.

Me voy enfadada hasta el final del jardín y me apoyo en el muro de piedra mirando al horizonte. Mi mente no deja de dar vueltas y no me puedo creer que todo esto me esté sucediendo con Jake. ¿Por qué no puedo quitarme a ese chico de la cabeza? Peter me trataba mil veces mejor que él y nunca lo vi de otra forma que no fuera como un amigo. En cambio, con este, suspiro solo de ver su cara en mi cabeza y desde el primer minuto supe que me gustaba, aunque intentara aparentar que no.

—¿Estás bien? —Posa su mano en mi espalda y yo intento reprimir el escalofrío que me provoca, de nuevo sin éxito.

—¿Por qué no debería de estarlo?

—Por el mismo motivo por el que yo estoy hecho mierda.

—¿Qué? —lo miro sorprendida y él tiene la vista fija al frente.

—Me imagino que la impresión que doy es muy diferente a lo que siento dentro de mí. —Suspira—. No ha sido nada fácil vivir con un padre autoritario que exige el máximo en todo, cuando él no lo da, y al que no le interesa escuchar nada sobre lo que me pasa. Nunca he sabido lo que es tener

una madre, solo he visto pasar por casa mujeres que desayunaban a mi lado y en muy pocas ocasiones las veía volver. Hasta hace muy poco, solo he conocido la pena en el rostro de mi padre; puede que alguna vez sonriera, pero detrás ocultaba tristeza. En cambio, ahora todo ha cambiado y ha sido gracias a tu madre.

—Yo también le tengo que agradecer a tu padre lo feliz que la veo. No recuerdo la última vez que estuvo tan nerviosa por quedar con un hombre, y menos aún lo que expresan sus ojos al mirarlo.

—Ganamos todos, ¿no?

—Eso creo. —Suspiro y agacho la cabeza para mirarme las manos: las tengo sudadas de los nervios por sentirlo tan cerca.

—Ahora solo queda solucionar lo nuestro.

Noto como se gira hacia mí y todo mi cuerpo empieza a temblar. No puedo dejar que mis sentimientos por él me hagan sucumbir a sus artes para la seducción. Jake sabe perfectamente cómo enamorar a una chica, lo que le tiene que decir para que ninguna le pueda replicar y solo quiera besarlo, algo que yo deseo desde que lo vi.

—¡No! —Abro los ojos y me sorprendo al darme cuenta de que lo he dicho en alto.

—¿Qué te pasa conmigo? —Jake da un paso hacia atrás para no agobiarme—. ¿Es por Alan?

—¿Me lo preguntas en serio? —Comienzo a pensar que no sabe tanto de mujeres como intenta aparentar—. Te he llamado la atención porque soy diferente a las demás chicas, que, si se lo pidieras, son capaces hasta de limpiar el suelo que pisas.

—No sabes nada de mí y menos cuáles son mis gustos con las chicas —espeta.

—¿Ves eso? —Señalo a la pareja que en ese instante se está besando.

—Podemos hacer lo mismo que ellos. —Con un solo paso, se acerca hasta quedarse pegado a mi brazo.

—¿No consideras que merecen ser felices después de tanto tiempo sin que dos adolescentes se metan?

—Nosotros también, no creo...

—Nos están llamando, será mejor que vayamos con ellos.

Comienzo a caminar y Jake me coge la mano con dulzura, se acerca hasta mi oído y, después de oler mi pelo, me dice:

—No creas que esto ha terminado. Eres mi mujer, no lo olvides.

Yo me quedo parada al instante, me deja un beso casto en la cabeza y camina hasta el porche. ¿Cómo puede decirme algo así y marcharse? Todo mi cuerpo está temblando, el lugar donde ha dejado el beso me arde y sus palabras retumban en mi cabeza una y otra vez.

El resto de la tarde pasa entre historias de cuando eran jóvenes y también de todo lo que ha sucedido mientras nosotras no hemos estado en la ciudad. Yo sonrío de vez en cuando al ver que todo el mundo lo hace, pero mi mente está volando y soñando en cómo sería estar con Jake, que, aunque al principio se había sentado a una distancia prudencial, ahora está a mi lado.

—¿Os quedáis a cenar? —Salgo de mis pensamientos al escuchar esa pregunta.

—Sí, encantados de pasar más tiempo con vosotras.

—Sí, yo no tengo... —Jake no puede terminar la frase porque lo llaman al móvil—. Disculpad.

—Este chico siempre tan ocupado y liado con el móvil. —Se queda callado un segundo y se anima a preguntarme—: Ane, ¿sabes si sale con alguna chica?

—Algo tiene, pero yo no conozco a mucha gente.

—Creo que sí que hay una chica. —Sonríe a mi madre y continúa—: Desde hace unos días está muy raro. Se enfada con demasiada rapidez en cuanto le dices cualquier cosa, parece que escribe mensajes, pero luego lo veo borrarlos y tirar el móvil encima del sofá.

Jake se acerca de nuevo a nosotros.

—Tengo que irme —dice con voz seria—. Siento no poder quedarme, pero Ron tiene un problema y me ha pedido ayuda.

—¿Algo serio?

—Papá, si me voy de esta forma tan descortés, tiene que ser algo importante.

—No pasa nada. —Mi madre me mira haciendo un gesto con la cabeza y no comprendo qué me quiere decir—. Ane, ¿acompañas a Jake a la puerta?

Asiento con la cabeza y voy detrás de Jake algo tensa. ¿Qué le pasará a Ron? No es que lo conozca demasiado, pero tiene que ser algo grave para que se vaya de esta forma.

—¿Vienes conmigo? —Me sorprendo por su pregunta.

—No, prefiero quedarme en casa, tengo cosas que hacer.

—Tú te lo pierdes, cariño.

Me besa en la mejilla tan rápido que no me da tiempo a reaccionar, a la vez que acaricia mi cintura con suavidad. Me quedo parada y, en ese instante, sueño en cuánto deseo ir con él a cualquier sitio al que me quiera llevar, pero me contengo y prefiero mirar como se aleja de mi casa. Cierro la puerta y apoyo mi espalda desnuda en ella con el corazón acelerado y los ojos cerrados pensando en su beso en la mejilla. Cuando me compongo y voy a caminar hasta mi dormitorio, veo a mi madre con la mirada fija en mí y una expresión desconcertada. Yo prefiero poner los ojos en blanco, como si me hubiera sentido mal por acompañar a Jake a la puerta, y subo las escaleras hasta mi dormitorio.



## Capítulo 8

### Jake

¿Por qué es tan guapa y tan sexi? Nunca he conocido a nadie como ella. Es diferente a todas esas chicas que solo piensan en el dinero, en las compras y en estar con el chico más popular. Su sensibilidad me tiene abrumado, aunque intente aparentar todo lo contrario, y habla de una forma tan especial que hasta le he abierto mi corazón sin casi conocerla.

Conduzco hacia el garaje donde estamos preparando el coche para la carrera que tendrá lugar dentro de dos meses. No es que tuviera una urgencia ni que a Ron le pasara nada importante, pero su llamada para ir al garaje y tomar algo me ha servido como excusa para salir de esa casa. ¿Estaba a gusto? Sí. ¿Me hubiera quedado allí toda la noche contemplando su rostro? Sí. Pero, a la vez, necesitaba escapar y despejar la mente. En cuanto ha cerrado la puerta no he podido evitar encender un cigarro para calmar mi ansiedad por las ganas de besarla. ¡Es mi mujer! Me río a la vez que lo grito en alto. Mi madre tenía unas cosas que solo alguien especial podía imaginar y solo mi padre hacerlas realidad. ¿Puede que por eso no haya estado con nadie? A pesar de tener a muchas chicas detrás de mí, sabía que alguien me esperaba; por eso no quería darle importancia a ninguno de los besos que he podido dar y ahora sé el motivo. Mi madre me ha mandado a Ane desde donde esté, ella sabía que éramos el uno para el otro. De no ser así, ¿me hubiera fijado en ella? Quién sabe.

—¿Dónde estabas? —Kurt tiene la cabeza metida en el motor del coche.

—Tenía cosas que atender. —Me siento en el sofá y enciendo otro cigarro.

—No te veo muy centrado en este proyecto desde hace días y no quisiera

pensar que tu compromiso no es el mismo.

—No te preocupes por nada, Paul. —Me sorprende tanta desconfianza—. Sabes perfectamente que de vez en cuando tengo que cumplir con las tonterías que quiere mi padre para que me deje en paz.

—En dos meses es la carrera, tenemos que empezar a entrenar todos los días y exprimir del todo el motor, o no sabremos si el día de la carrera estará a punto.

—Dejad al chaval —le interrumpe Ron—, cualquiera diría que lleva días sin aparecer por aquí y que no contesta al teléfono.

—Yo solo digo que necesito compromiso. —Kurt se acerca al grupo sin cerrar la capota del coche—. Nos jugamos el coche y no tengo ganas de comenzar a arreglar uno nuevo.

—¡No voy a perder! —No tengo el día como para ponerme a discutir con mis amigos y decido que lo mejor es salir de allí—. Yo soy el piloto, en cuanto esté el coche me avisas y salimos a correr, no tengo ganas de escuchar reproches.

—¡Jake! —Ron me sigue al ver que salgo del garaje enfadado—. Los chicos están nerviosos, no se lo tengas en cuenta.

—Resulta que yo tengo que tener paciencia con ellos porque no quieren que perdamos el coche, pero en cambio yo me tengo que tragar sus reproches sin que ellos entiendan lo que me sucede a mí.

—Habla, yo estoy aquí para escucharte. —Cierro la puerta del coche de un portazo y me quedo sentado dentro. Lo arranco, pero Ron se mete sin que pueda echarlo—. Es ella, ¿verdad?

Lo miro con los ojos entrecerrados y me resisto a dar la respuesta que él ya sabe. Ron y yo nos conocemos desde la primaria. Hemos sido inseparables, según mi padre, desde el día que nos vimos en el aula. Con los años, se han ido uniendo diferentes personas, muchas de ellas han seguido otro camino y otras, como Kurt y Paul, se han quedado a nuestro lado, pero nuestra amistad nunca nadie la ha tocado.

Él es una de las pocas personas que sabe todo sobre mis experiencias con las chicas. A pesar de dar la imagen de galán y seductor, él es el único que sabe que nunca he estado con una chica en la cama. Las chicas con las que he podido besarme en algún momento han creado su propia fantasía y así la han contado. Yo lo único que he hecho ha sido no desmentir todos esos comentarios. Ron sabe que algo me pasa desde que ha llegado Ane, sin embargo, no sabe hasta qué punto me llega a afectar su presencia.

—¿Vas a hablar de una santa vez? —El silencio mientras conduzco lo pone nervioso.

—¿Necesitas que te conteste? —Tengo que hablar con alguien sobre ello y, cuanto antes, mejor.

—¡No me lo puedo creer! —Comienza a mofarse y dar palmas—. El gran rompecorazones Jake, por fin ha encontrado a la chica que le haga perder la cabeza.

—No hace falta que te rías de esa forma —espeto y enciendo otro cigarro—. ¡Pasa de mí!

Pongo la cabeza apoyada en el volante y prefiero salir del coche por la rabia. Sin darme cuenta he parado el coche en el mismo lugar de la playa en el que la vi con Alan. Me siento en la arena y noto como Ron se sienta a mi lado.

—¿Se lo has dicho? —Ha cambiado su actitud al ver mi frustración.

—Es todo mucho más complicado de lo que parece. —Prefiero sincerarme con él, esto lo tengo que hablar con alguien—. Nuestros padres salen juntos.

—¡¿Qué?! —Su voz me dice que ha entendido lo que sucede—. ¿Vais a ser hermanos?

—No te rías, Ron. No me apetece tener que tratar este tema entre bromas, hoy ha sido un día demasiado intenso como para terminar mal contigo.

—¿Dónde has estado?

—En su casa.

—Uf... Ahora comprendo tu estado de ánimo. Parecía extraño que no hubieras acudido hoy al garaje, cuando sabes que Kurt quería probar el coche.

—No tengo la cabeza para conducir, y menos después de llevar casi todo el día escuchando historias de mi madre y...

—¡Vamos! —dice entusiasmado a la vez que se levanta de un salto—. El hijo de un amigo de mis padres da una fiesta en su casa y me dijo que me pasara con todos los amigos que quisiera.

—¿Y sus padres?

—Creo que de crucero, ¡qué más nos da! Nosotros vamos, te distraes y puede que conozcas a alguien para olvidarte de Ane. Incluso, podrías...

—Deja el tema. —Ya sé por dónde va, pero ahora tengo claro con quién quiero estar—. Nadie podría cubrir mis expectativas.

—Eres un *crack*. —Ríe a la vez que conduzco hacia la casa de su amigo y prosigue—: Eres la única persona que conozco que no ha tocado nada más que unas cuantas tetas y todo el mundo piensa que te has tirado a las chicas más guapas del instituto.

—¿Y tú? —Ron tiene la manía de hablar de mí, pero él hace tiempo que no está con nadie y no habla de ninguna chica—. Siempre he pensado que te gusta Zoe.

—¡Calla! —Lo miro sorprendido al escucharlo hablar de forma tan tajante—. Nunca estaría para algo serio con una media neurona como ella.

—Me vas a decir que a uno de los chicos más duros del instituto le gustan las...

—Me gustan las chicas que me gustan y no insistas con Zoe, que para lo único que sirve, por esa forma de ser tan altanera y despreciable que tiene, es para mirarle el escote cuando decide alegrar la vista a todo el instituto.

—Es de lo peor que hay, pero con ella he conseguido que el resto me deje en paz.

—Esa es otra. —Hoy parece que Ron ha decidido sincerarse—. No entiendo como una sonrisa y aspecto arrogante tiene a todas las chicas locas.

—Si estás esperando mi secreto, tendrás que emborracharme para ello.

Reímos y me hace una señal para que aparque el coche frente a una casa en

la Reserva Ecológica Ballona Wetlands. No tengo ni idea de cómo es que Ron conoce a alguien que tiene una casa en este lado de la ciudad, pero en este instante solo necesito olvidarme por unas horas de que Ane ha llegado a mi vida para ponérmela del revés.

Miro la fachada: es una casa bastante grande y se nota que es de alguien con mucho dinero. No es que venga mucho por la reserva, sin embargo, me viene muy bien cuando mi padre lleva varios días que no se aguanta ni él y se suma que tengo alguna carrera pronto. Entramos y está todo lleno de gente más o menos de mi edad. Como viene siendo habitual, las chicas comienzan a girarse para mirarme y hablar entre ellas sonriendo. Yo pongo mi mejor cara para todas ellas. Ron, que ya sabe cómo funciona esto, me da un codazo con disimulo y coge los vasos de la primera chica que venía a presentarse para invitarme a beber y comenzar una conversación.

—Pensé que no vendrías —dice un chico con el pelo un poco largo y aire roquero—. Te has traído a un amigo. —Me da la mano, pero no me da buena espina; creo que lo he visto antes.

—Brian, este es Jake.

—El piloto del que me has hablado; ya puedes darle duro a esa carrera, tengo a mucha gente apostando por ti.

—¿Cómo...? —Me sorprendo al escuchar esas palabras de un tipo que no conozco—. No entiendo.

—Mejor te lo explica Ron, ¿verdad?

—No hace falta que nadie me explique nada, la cuestión es que no lo sabía. —Miro a mi supuesto mejor amigo con el ceño fruncido.

—Es la primera vez que lo hacemos, tampoco es para tanto.

—Mejor os dejo, disfrutad de la noche, aquí hay chicas para todos.

Me quedo sin palabras al escuchar tal tontería y me bebo de un trago el vaso que me traía la chica que no deja de mirarme. Yo lo levanto para que sepa que me ha gustado y veo como se sonrojan sus mejillas. La música de

AC/DC suena a todo volumen y hay muy buen ambiente, pero no tengo ganas de beber y menos de emborracharme. Le hago un gesto a Ron para indicarle que me voy fuera de la casa y él no duda en seguirme.

Miro a todos lados como si buscara a alguien en concreto, pero no es así. Noto las miradas femeninas en mi nuca; puede que en otras ocasiones no me hubiera importado, pero hoy no estoy para ser amable con nadie. Me apoyo en la barandilla que da por terminado el jardín y observo las maravillosas vistas que tiene esta casa a la reserva ecológica. Me concentro en el paisaje hasta que veo un vaso delante de mi rostro y una mano que no es la de Ron.

—¿Qué se te ha perdido a este lado de la ciudad? —No me puedo creer lo que escucho.

—Eso debería decirlo yo; nunca pensé que alguien como tú pudiera estar en una fiesta como esta.

—Creo que, a pesar de las conversaciones que hemos tenido, cortas pero intensas, tengo que decir que no me conoces en absoluto.

—Alan, tampoco es que hayamos profundizado en nuestros gustos. — Hablamos sin mirarnos.

—No hace falta, ya que, en según qué, es bastante evidente.

—¿Te gusta? —Me da igual ser directo, no quiero tenerlo como enemigo ni que ella juegue a que es su novio.

—Estoy con Abi —confiesa.

—Es una buena chica, te llevas a una de las mejores del instituto. —No le miento, es guapa, inteligente y lo único que no me llama de ella es su personalidad débil.

—Tú en cambio lo tienes un poco complicado o eso me parece.

—Muchas veces las apariencias engañan, pero es diferente a todas las demás, eso me desconcierta.

—Ha sufrido más de lo que te puedas imaginar. —Se pone paternal, aunque no me importa porque así sé más de Ane—. No juegues con ella como con

Zoe, no se lo merece.

—¿Le gusto? —Es el único momento en que lo miro a los ojos.

—Eso será ella quien te lo diga.

Me da una pequeña palmada en la espalda, lo miro mientras camina hasta Abi y no me puedo creer como Ron habla con Mika. Su expresión corporal me dice que está nervioso a su lado. Agacha la cabeza y sonrío de forma tímida. Ella, en cambio, está con las mejillas sonrojadas al ver que un chico como él se ha acercado a mantener una conversación. La noche empieza a ponerse interesante, aunque me doy cuenta de que, si están todos sus amigos, ella también debería de andar por aquí. De nuevo me vuelvo loco mirando de un lado a otro. La casa tiene dos pisos, recorro cada rincón, incluso abro las puertas de los dormitorios como si fuera el mío, y me quedo sin respiración en cada una de ellas al pensar que puede estar en la cama con algún chico. Termino todos los lugares que se me han ocurrido y decido que lo mejor es irme a casa, para digerir toda la información que he recibido hoy.

Me tumbo en la cama y el rostro de Ane se ha quedado grabado en mi mente como si de un tatuaje se tratara; al cerrar los ojos solo puedo verla a ella. Mi padre no ha llegado a casa y por un segundo se me pasa por la cabeza la posibilidad de vivir todos juntos. ¿Eso podría ocurrir? Ella y yo compartiendo el día a día como si fuéramos hermanos. ¡No! Ni hermanos, ni hermanastros ni nada, somos marido y mujer desde que nacimos. Sé perfectamente que aquello que se hizo no es real, pero cada uno le da la importancia que quiere a las cosas en función de su beneficio, y ahora lo que deseo es... a ella. Por otro lado, si Ane no quiere saber nada de mí, vivir con ella y conocerme puede que le haga cambiar de opinión. ¿Los padres y los hijos novios? No puedo evitar reírme al hacerme esa pregunta. Algo de lo que estoy seguro es que mi padre estaría en contra de ello, y escuchar su mal humor porque las cosas no son como él quiere sería vivir en un infierno.

—¿Qué te ha parecido Susan? —Otra vez entra mi padre sin llamar antes a

la puerta.

—Bien, mejor que todas esas que te has traído a casa. —Creo que ha llegado el momento de ser sincero con mi padre.

—Pero...

—Estoy muy harto de que traigas a casa a todo tipo de mujeres para nada, no considero que esa haya sido la mejor educación para mí. —No lo dejo hablar, ahora me toca a mí—. No sé si por ese motivo no he tenido novia durante todo este tiempo, o simplemente es que no me ha apetecido jugar con una y con otra. Pero si esta es la definitiva, cuídala y piensa en futuro.

Se sienta a mi lado con la cabeza agachada.

—Jake, me acabas de asombrar con tus palabras, no pensé que al traer a esas mujeres te estuviera haciendo daño.

—¿Cómo piensas que me sentí cuando desayunaba cada vez con una mujer distinta?

—Ni se me pasaba por la cabeza.

—Mirar a los ojos de esas mujeres que tienen enfrente un niño pequeño al que no saben que decir, incomoda; yo solo pensaba si ella sería la que se quedaría en casa para hacerme de madre...

—Lo siento.

—No pasa nada. —Suspiro—. Hace años que decidí pasar de todo, por eso me encierro en el dormitorio, solo quiero que llames a la puerta antes de entrar.

Levanta la cabeza y me mira.

—Hijo, con Susan todo es diferente, ahora pienso que solo estaba esperando que algún día volviera para poder tener una familia.

—¿A qué te refieres con eso?

—¿A ti te importaría vivir con Susan y su hija en algún momento?

Se hace el silencio durante un instante y no puedo creer lo que me acaba de preguntar. Yo viviendo con la única chica de la que me he enamorado y con la



que acabo de descubrir que tengo un pasado increíble, pero tendríamos que tratarnos como hermanastros. Complicado, sin lugar a dudas.

—Si es eso es lo que quieres, no seré yo quien diga que no, pero creo que te estás precipitando.

—No es algo que vaya a suceder ahora mismo, pero en un mes o así se lo quiero proponer a Susan; pero antes quería saber tu opinión.

—Todo bien, papá.

Le sonrío y prefiero dar el tema por zanjado. Acaricia mi cabeza despeinándome el pelo y, una vez que ha cerrado la puerta, respiro con tranquilidad. Vivir con Ane, pared con pared, y verla día a día en todos los aspectos de su vida, como ese matrimonio que tanto quería mi madre que sucediera entre nosotros..., es todo tan difícil. No puedo entender como en tan poco tiempo se me ha revuelto la vida de una forma tan asombrosa. No soy quién para decirle a mi padre que no haga su vida con una mujer, aunque afecte también a la mía. El problema es que él no sabe lo que puede que se avecine.

## Capítulo 9

### Ane

Puedo asegurar que estos dos meses han sido los más largos de mi vida. Desde que tuvimos aquella comida «familiar», por llamarla de alguna forma, no veo a Jake de la misma forma. No es ese chico tan altanero y prepotente, por lo menos conmigo; y el intercambio de miradas y roces continuados, se podría decir inintencionados, se ha incrementado de forma exponencial.

—Hija, ¿podemos hablar? —Mi madre con tono suave y cauteloso, no me gusta nada, pero la dejo pasar al dormitorio.

—¿Tan importante es lo que me tienes que decir que hasta miedo te da entrar?

—No, cariño. ¿Cómo puedes pensar algo así? —La voz se le quiebra y veo que los nervios le juegan una mala pasada—. Es Michael.

—No esperaba otra cosa. —No se da cuenta de que es evidente—. Con tal de que no me digas que estás embarazada, todo me parece genial.

—¡No! Creo que contigo tengo suficiente. Pero ¿qué te parecería...?

El teléfono le suena justo cuando se ha decidido a decirme eso tan importante y sale corriendo como si no hubiera un mañana. ¿Qué le pasa a esta ahora? Yo me tumbo en la cama boca arriba, cojo el móvil, y por fin veo un mensaje de Peter. Me alegra saber que no le pasaba nada conmigo, y más ahora que, en unos días, vendrá hasta aquí para hacer un curso sobre mecánica. Siempre le han gustado los coches y la verdad es que me sorprende que venga aquí a hacer ese tipo de cosas, pero a la vez me alegra saber que lo voy a tener cerca, por lo menos durante quince días.

¿Sería esto lo que me quería decir mi madre? Estaba demasiado nerviosa

como para darle importancia a algo tan simple como que Peter se va a instalar en casa esos días. Prefiero ir a buscarla y quitarme la incertidumbre de saber qué es lo que pasa.

—¿Me has llamado y me has interrumpido? —escucho que le dice a la persona que está al otro lado del teléfono—. No te preocupes, ahora se lo pregunto. —Se hace el silencio mientras escucha a Michael, sé que es él con quien habla—. No es tan fácil como piensas... Adiós.

—Mamá... —Da un pequeño salto al escuchar mi voz—. ¿Qué es eso tan importante que me tienes que decir? No entiendo el motivo por el que te cuesta tanto hablar.

—No es eso, lo que pasa es que no es sencillo.

—Vale, pues empiezo yo. —Intento que de esta forma se relaje—. Me ha dicho Peter que dentro de unos días viene a casa a quedarse un tiempo.

—¿Cuánto es ese tiempo? No es el mejor momento.

—Creo que quince días, pero ¿qué pasa? —Estoy desconcertada.

—Michael y yo hemos hablado y... —me coge de la mano y me lleva despacio hasta el sofá del salón. En cuanto estamos una enfrente de la otra prosigue—: nos gustaría empezar a vivir juntos.

—¿Qué?!

Doy un grito que me sale del mismo estómago y salgo corriendo hacia mi dormitorio. No quiero escuchar lo que me temía que en algún momento pasaría: voy a vivir con Jake. El corazón se me acelera solo de pensar que eso puede ocurrir. Encontrarme con él todas las mañanas, desayunar juntos y descubrir muchas de esas cosas que ahora solo me imagino. Mi madre llama a la puerta y respiro profundamente antes de dejarla entrar.

—¿Qué pasa, Ane?

—Nada, me ha pillado por sorpresa —miento, es lo mejor que puedo hacer.

—Cariño, te he parido, sé que no es por eso, y espero que me digas lo que pasa, porque no quiero dar este paso sin tu consentimiento.

—¿Vendría solo Michael?

—No, su hijo también.

—¿Jake está de acuerdo? —Tengo que saber su respuesta antes de decir nada.

—¿Por qué no debería de estarlo?

—Es solo una pregunta, nada más que eso. —Me estoy poniendo nerviosa y ya no aguanto más—. Si todo el mundo quiere que seamos una gran familia, quién soy yo para negarme a ello, solo espero que no sea de inmediato.

—¡Oh, gracias, hija! —dice mi madre exaltada—. Deseo tanto poder ofrecerte una familia en condiciones.

Me abraza y me besa varias veces en la cara por la alegría. Yo, en cambio, no puedo saltar con la misma felicidad que ella; más bien los nervios me están matando por dentro. ¿Cómo voy a mirar a Jake mañana en el instituto? Ya sabrá que le he dicho que sí y no tengo ganas de escuchar sus burlas y comentarios, aunque hace tiempo que solo nos miramos, con eso nos vale para entendernos. Además, me dice que quiere ofrecerme una familia real, cuando realmente lo que está sucediendo es que vamos a ser dobles parejas de novios, si no lo evito. No hace falta ser muy inteligente para saber que Jake y yo nos atraemos, y hasta podría decir que estamos enamorados el uno del otro. Su mirada habla por él como la mía le grita en voz baja todo lo que siento. ¡Basta! No puedo seguir dándole vueltas una y otra vez a este asunto. Decido ir al Getty Center para relajarme. No hay lugar mejor que este museo de arte y arquitectura para hacerlo, sobre todo por sus singulares jardines tan bien cuidados. Cuando mi madre sabía que ella no había hecho algo bien, prefería salir de casa y llevarme a dar paseos por esos jardines tan increíbles, que transmiten una paz que provoca que el alma se cure de todas sus heridas... siempre y cuando no sean tan profundas como las mías.

Desde Santa Mónica solo hay veinticinco minutos hasta Malibú, que es donde se encuentra el museo. En un principio, había pensado ir en la moto para despejar la mente, pero el transporte público es una gran opción para contemplar desde la ventanilla lo que desde hace tiempo no he visto. Por

suerte, hay un autobús que me deja justo en la entrada. Ver esos edificios blancos tan grandes y sus cristalerías es impresionante; tiene una arquitectura muy especial y, sobre todo, unas obras de arte que pueden cortar la respiración a cualquier visitante.

Aunque ahora no me apetece ver arte, tengo que confesar que me encanta y estoy casi convencida de que estudiaré Historia del Arte en la universidad. Lo que sucede es que en este momento solo quiero disfrutar de la colección botánica de la que dispone, en especial del jardín central, que está construido sobre un barranco natural con una calzada arbolada.

El paseo en autobús ha sido de lo más agradable. Dos mellizas han estado todo el camino gritando por un muñeco, mientras la madre intentaba poner orden entre ellas. Un hombre, se podría decir que joven, iba vestido de traje y se disculpaba por teléfono con la novia y yo solo podía sonreír. Al bajarme del autobús, mientras las mellizas se despiden de mí levantando sus manos, me quedo mirando fijamente el museo. Es tan increíble como lo recordaba y la nostalgia invade mi cuerpo. «No soy quién para amargarle la vida a mi madre», pienso. Camino hacia el interior y voy hasta el muro para poder disfrutar de la vista que todo ello me ofrece; pero, pasados unos minutos de relajación, noto como tocan con delicadeza mi espalda. Decido no darle importancia; es domingo y hay mucha gente, hasta que se pone a mi lado y comienza a hablar.

—¿No te importa que vivamos juntos? —No me puedo creer que él también esté aquí.

—Qué más da, ¿no te parece? —Intento mantener la voz calmada.

—Nuestra opinión es trascendental para ellos y me ha dicho mi padre que no te lo has tomado del todo bien.

—Eso no es verdad. —Frunzo el ceño al saber que mi madre cuenta lo que quiere—. No soy quién para quitarle a mi madre la ilusión de ser feliz con un hombre. Yo no estaré con ella siempre y es normal que quiera tener a alguien a su lado.

—Sí, pero nosotros...

—Nosotros seremos los hijos de los novios de sus padres, o hermanastros, si prefieres.

—¡No! —espeta—. Tú y yo nunca seremos hermanos.

El silencio se apodera del momento. Sin hablar de nuestros sentimientos directamente, los dos estamos pensando en lo mismo; sin embargo, me da la sensación de que nuestras heridas son tan profundas y dolorosas, que puede que nunca podamos estar el uno con el otro.

—¿Te apetece dar un paseo por el Getty? —pregunta con un tono de voz distinto y más alegre.

—Acabo de llegar, hace tiempo que no vengo aquí.

—A mí me gusta mucho —habla a la vez que comenzamos a caminar—, el arte es uno de mis secretos mejor guardados. Si le dijera a Ron que me acompañe a cualquier museo de la ciudad, se estaría riendo de mí un mes.

—Ser inteligente, o culto, ¿es algo prohibido entre los populares?

—En mi opinión, no —responde rotundo—. Conozco a Ron desde siempre y a él le gustan otro tipo de cosas.

—¿Como las chicas gorditas? —Me mira sorprendido—. Me vas a decir que no te has dado cuenta de quién le gusta.

—Tengo una ligera idea —dice dubitativo—. Siempre le han gustado las chicas que se cuidan y muy maquilladas.

—En serio —comienzo a reír a carcajadas—, te puedo asegurar que le gustan las chicas muy diferentes.

—¿Qué sabes?

—¿No te has fijado que se sonroja cuando pasa cerca de una chica en particular o que intenta acercarse a ella, pero siempre recula?

—No —dice asombrado.

—Le gusta Mika —confieso.

—En una fiesta en la reserva ecológica, lo vi hablar con ella durante bastante tiempo y me sorprendió. Su nerviosismo me desveló que algo pasaba,

pero nunca imaginé que fuera eso.

—El problema son los prejuicios que tiene y sus aires de superioridad, que no le dejan vivir como quiere.

—Siempre ha sido muy tonto con respecto a esas cosas, y ahora que lo pienso, nunca ha tenido una novia seria, solo chicas con las que tenía sexo de vez en cuando.

—Será que las chicas con curvas y cabeza son lo suyo, no como otros, que solo tienen en mente a medias neuronas con cuerpo perfecto.

El silencio se hace de nuevo entre nosotros y mi cabeza va a mil por hora. Tengo muchas ganas de decirle lo que siento, pero prefiero que sea él quien decida. ¿Machismo? No, más bien es vergüenza a que me diga que no.

—Espero que no lo digas por mí. —Me pega el cuerpo a su coche, ¿cómo hemos llegado aquí?—. Sabes lo que siento, el problema no somos nosotros.

—¿Tú también lo piensas? —Agacho la cabeza; le acabo de confesar lo que siento sin darme cuenta—. Esto es muy complicado.

—Lo sé.

Con el dedo índice sube mi cabeza despacio y me besa con intensidad. Yo le respondo para poder saciar todos estos meses que llevo imaginándome este momento y los dos nos dejamos llevar por la situación. Se nota que tiene experiencia, besa muy bien, yo en cambio debo confesar que es mi primer beso y, al contrario de lo que pensaba, no duele. No, no duele en absoluto. Siempre pensé que amar a alguien y ser correspondido suponía un dolor tan intenso que solo se podría comparar a las palizas que me daba mi padre. Me gusta, sí. Me gusta mucho que me bese y más que no duela. Es la primera vez que me siento relajada con un chico y me encanta que sea con él.

Aparca el coche en la puerta de mi casa y nos miramos con tanto deseo que, sin decir nada, no podemos evitar comenzar a besarnos. Esto ¿qué significa? ¿Somos novios? No podemos serlo mientras lo son nuestros padres, no puedo

acabar con la relación de mi madre, pero a la vez me es imposible dejar de besarlo.

—Sabes que esto no puede ser, ¿verdad?

—Por eso estoy disfrutando ahora. —Me mira con tristeza y tengo que volver a saborear sus besos.

—¿Podremos lograrlo? Nunca...

—Es la primera vez que estoy enamorado de alguien —confiesa y mis mejillas se sonrojan al oírlo—. No quiero separarme de ti y solo te pido un poco de tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí, vamos a venir a vivir a tu casa en menos de un mes. Lo mejor es esperar un poco, ver cómo funciona la convivencia y que ellos se den cuenta de lo que sentimos.

—Es todo muy complicado —digo con tristeza.

—Hazlo por nosotros. —Me besa con pasión—. Somos marido y mujer, nunca te vas a poder escapar de mí.

Le dejo un beso casto en los labios y salgo del coche sin decir nada. Él me mira desde detrás de la luna de su coche y sonrío feliz. Se le ve en la cara la emoción por lo que acaba de pasar y estoy convencida de que yo tengo la misma expresión.

Cierro la puerta del dormitorio y me tumbo en la cama como si cayera sobre una nube, ya que es sobre ella donde me encuentro. ¿Esto es el amor? Me gusta. Es un sentimiento tan dulce que no quiero que termine. ¿Cómo pueden decir que el amor duele? Hoy es el día en el que no entiendo a mi padre o puede que no quiera entenderlo. Yo sé que mi madre lo quiso mucho, pero cuando dejó de atenderla por sus negocios, se desencantó por completo. Más de una vez los escuché discutir y mi padre le decía que más ya no le podía dar, pero ella, en cambio, le suplicaba atención, cariño y que no la menospreciara delante de la gente. ¿Puede ser el amor tan complicado? Es la



primera vez que lo siento, por lo que tendré que esperar para descubrirlo y solo deseo que sea mucho mejor que ahora.

## Capítulo 10

### Ane

Hoy es miércoles y solo han pasado tres días desde que Jake y yo nos besamos. Las horas en el instituto se hacen eternas y nos comportamos como si no nos conociéramos; se me está haciendo muy difícil. Ayer, la desesperación pudo con Jake; cuando terminaron las clases y me levanté para irme, me cogió de la mano con fuerza para que esperara a que todo el mundo se fuera. Creo que Abi se dio cuenta y, sin que Jake lo viera, me guiñó un ojo; y yo le respondí con un gesto con la boca para que guardara silencio.

—Por fin, solos —dijo a la vez que cerraba la puerta y se acercaba a mí despacio—. Ya no puedo esperar más.

—¿Para qué? —Sonreí jugando.

—Para besarte, aunque sea una sola vez.

Me agarró con una dulzura extraordinaria y posó sus labios en los míos. Tenían un leve sabor a tabaco que no me importó con tal de que no acabara nunca; pero a la vez no quería que nadie nos viera, por lo que no lo disfrute como me hubiera gustado hacerlo.

—En dos semanas viviremos en la misma casa —susurra en mi oído—. ¿Estás nerviosa?

—Atacada, es la palabra que me describe.

—Mi pequeña. —Acaricia mi rostro con dulzura a la vez que me mira con deseo—. No veo el momento de estar allí. Lo que no sé, es como voy a reprimir mis deseos de besarte a todas horas.

—Seguro que encontramos la manera.

Lo vuelvo a besar y nos dejamos llevar por el momento. Jake me sienta

encima de un pupitre y yo meto las manos por debajo de su camisa, así puedo comprobar que sus dorsales están perfectamente musculados. Parecía que allí iba a pasar de todo, hasta que suena la bocina que anunciaba el final de las clases y que el instituto iba a cerrar. Nos reímos y salimos de uno a uno del aula para que nadie se diera cuenta de lo que acababa de suceder.

Hoy me han dado ganas de hacer lo mismo, pero tengo que darme prisa en volver a casa, porque mañana viene Peter. Salgo corriendo del aula porque Alan me espera para llevarme; la moto no tiene combustible y esta mañana no podía perder el tiempo en ir a la gasolinera. Salgo por la puerta del instituto y miro a Jake, que me guiña un ojo con disimulo. ¡Dios! Es tan guapo, que no puedo evitar reírme, pero al girar la cabeza, veo a Peter apoyado en el coche de mi madre y saludándome de lo más efusivo. Después de tanto tiempo, mi instinto me dice que no tengo que tener consideración con nadie y salgo corriendo hacia él a la vez que grito su nombre. Lo que provoca que todo el mundo se nos quede mirando, algo que sé que no le va a gustar a Jake; sin embargo, pienso que siempre hay tiempo para explicaciones. Sus brazos se me hacen tan familiares, que nos quedamos durante varios minutos pegados el uno al otro.

—¿No nos vas a presentar a tu novio? —Tenía que ser esa voz femenina la que se acercara a nosotros.

—Peter, esta es Zoe —digo con poco entusiasmo.

—Hola. —Lo miro y veo esa cara cínica que descubrí en San Francisco—. ¿Nos vamos ya?

—Espero verte más veces, Peter. —Se gira sin darle opción a que le dé un beso en la mejilla.

—Lo dudo —responde finalmente.

Zoe se queda en el sitio descompuesta al ver que no ha llamado en absoluto la atención de Peter. Él, en cambio, me da un beso en la cabeza, me abre la puerta del coche y, sin mediar palabra ni gesto alguno con nadie, da la vuelta

al coche y nos vamos. Estoy contenta al tenerlo cerca y no puedo dejar de sonreír por ello, pero al mirar por la ventanilla descubro que el rostro de Jake no muestra esa misma felicidad. Niego con la cabeza esperando que entienda que no es nadie, pero se acerca a Zoe, que no pierde ni un segundo en decirle algo que le cambia todavía más la expresión de la cara. ¿En serio piensa que hay algo más? Estoy convencida de que podré explicárselo en otro momento.

En el trayecto de camino a casa, no para de hablar y contarme todo lo que ha sucedido en su barrio. Me hacía tanta falta tenerlo a mi lado. Ha sido como mi hermano durante tanto tiempo, aunque él me viera de otra forma, que con todo este lío lo he necesitado más de lo que me hubiera imaginado.

—¿Estás bien? —Me mira con dulzura.

—Sí. —No es que no sea verdad, lo que pasa es que no me quito de la cabeza el rostro de Jake—. Todavía estoy en *shock*.

—Ya te avisé que vendría.

—Sí, pero...

—¿No querías que viniera? —me corta y se pone serio para hablar.

—¿Cómo puedes decir eso? Simplemente es que no te esperaba tan pronto.

—Hablé con tu madre y le dije que prefería darte una sorpresa. No te haces a la idea de las ganas que tenía de verte.

—Y yo, necesitaba alguien conocido a mi lado.

Le sonrío y, aunque sé que no le he mentado, no me siento bien del todo al haberle dicho esas palabras. Necesito a alguien a quien contarle lo que me pasa, el motivo por el cual nadie puede saber que estoy enamorada del que será mi hermanastro. Me encantaría que los dos nos sentáramos en la cama, con un gran bol de palomitas, y empezar a hablar de todo lo que me pasa. Lo haría sin dudar, si no supiera lo que Peter siente por mí.

Cenamos y mi madre le pregunta por todo el mundo. Los dos tienen una conversación de lo más interesante... para ellos, a mí me aburre mucho. Hoy

tengo ganas de meterme en la cama y que pase la noche lo más rápido posible. Mientras lo pienso me suena el móvil. Me sorprende porque no espero la llamada de nadie y solo se lo he dado a Abi. No espero más y lo descuelgo.

—Dime por favor que no es tu novio —susurra con voz calmada—, solo responde sí o no.

—No —confieso.

—Sabía que no me había equivocado, que tú no podías ser de esas.

—Me he dado cuenta de que no te había sentado muy bien la forma con la que lo he saludado, pero no he podido evitarlo.

—Y es...

—Peter. —Le noto en la voz que sigue dudando—. Los años que no he estado aquí, me resguardé en su casa.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—¿Estás celoso? —Por primera vez me relajo e intento divertirme un poco.

—Por supuesto, ¿tú no estarías celosa si a tu marido se le acerca una chica atractiva flirteando?

—No, sé que mi marido está loco por mí, no me hace falta dudar.

—¿Tan segura estás de que me tienes? —Me alegra saber que ha entrado en mi juego.

—Si no, no hubieras llamado a Alan para que le pida a Abi mi teléfono, y así poder solventar tus dudas al respecto.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es la única que lo tiene.

Durante más de una hora hablamos sobre tonterías, de las ganas que tenemos de vivir juntos y quedarnos a solas en casa, hasta que ya de madrugada decidimos colgar. Sin darme cuenta, todo el miedo que tenía de que rondara por los pasillos o las habitaciones en los que yo vivo se ha disipado. No veo el momento de despedirnos con un beso furtivo y una caricia escondida, pero a la vez no quiero que la vida de mi madre se complique por mi culpa.

Bajo a desayunar y ahí está Peter, con su cuerpo medio desnudo y esa cara que me transmite tanto cariño. Su amistad ha sido lo más importante que he tenido durante años y no me gustaría perderla por nada de este mundo. Sé que Jake va a hacer todo lo posible por llevarse bien con él; sin embargo, son caracteres demasiado fuertes como para conseguir que no se enfrenten.

—Buenos días, preciosa.

—¿Cuándo empiezas las clases? —Se le nota en la expresión de la cara que le ha sorprendido mi pregunta.

—¿Ya quieres que me marche? —Sonríe para quitarle hierro al asunto y yo le pido perdón con la mirada.

—Sabes que no. —Le doy un abrazo por detrás—. Has sido ese apoyo que...

—Ya, lo sé. Soy el hermano que nunca has tenido.

—Sí, no hace falta que lo digas con ese tono.

Me siento a su lado al ver que hay una taza de café llena y la mira esperando que yo reaccione. Se me habían olvidado los sentimientos que Peter tiene hacia mí, o, más bien, he querido pensar que la distancia le hubiera hecho enamorarse de cualquier otra chica. Siempre dijo que mi primer beso se lo daría a él; sin embargo, el destino ha querido que sea Jake el que se interponga en su camino y tengo que decir que no me arrepiento de ello.

El fin de semana pasa más lento de lo que yo esperaba. Alan me había invitado a una fiesta en la casa de uno de sus amigos ricos en la que tocaba su grupo. Está tan ilusionado cada vez que lo llaman para tocar en una casa o en otra, que está convencido de que el día de tocar en un bar está a punto de llegar. Yo, sin pensarlo dos veces, le digo a Peter que me acompañe. No tenía pensado ir, pero Abi me ha insistido tanto que no puedo decirle que no. Hace unos días me comentó que su relación con Alan iba más que bien, pero que no entendía como, teniendo la edad suficiente como para tener sexo, él ni se lo

había planteado. Yo no supe qué decirle, ya que de ese modo desvelaría que yo también soy virgen, aunque mi situación no es la misma que la suya. Abi quería que estuviera en ese concierto, porque necesitaba todo el apoyo de su amiga para lanzarse a decirle a Alan lo que quería. Yo no es que esté muy de acuerdo con eso, más bien soy del pensamiento de que las cosas surgen en el instante que menos te lo esperas. Además, acaba de empezar con él y nunca ha tenido novio —o eso me ha dicho ella—, por lo que no entiendo las prisas por querer acostarse con él. Me da la sensación de que, a pesar de su apariencia de niña, tiene ganas de demostrarle a no sé quién que es una mujer.

Llegamos a esa casa, y es tan despampanante que no puedo evitar que me caiga fatal la persona que vive en ella, solo por envidiar tal esplendor.

—¿Sabes de quién es esta casa? —Nos quedamos mirando el edificio con la boca abierta.

—No, no se me ha ocurrido preguntarlo, simplemente me he limitado a venir.

—Solo puedo decir que el dueño de este edificio... no sabe lo que es la humildad.

—Vayamos dentro y averigüemos de quién es. Espero no sorprenderme o casi prefiero no conocerlo.

—Nos iremos un rato.

Subimos los cuatro escalones que hay para llegar a la puerta principal y allí nos está esperando un amable mayordomo que nos pide las chaquetas. Yo le hago una mueca a Peter, él mueve las cejas a modo de respuesta y nos reímos. Está claro que nos hace mucha gracia tanto glamur. Peter nunca ha vivido con tantos lujos y yo ni me acuerdo de ello. A pesar de llevar unos meses en esta vida de rica, mis mejores recuerdos están allí con él y su familia, y nunca he visto nada parecido a lo que me acabo de encontrar. Mi intriga se multiplica por momentos y, por mucho que piense, no se me ocurre quién puede ser el dueño; de todas formas, no conozco a tanta gente.

Llegamos a un salón central en el que hay un escenario rodeado por los invitados, como si estuvieran esperando a que comience el concierto. Miro a un lado y a otro: parece un lugar tan grande como los salones de los restaurantes en los que se celebran las bodas. Para mi gusto está todo demasiado recargado, con cortinas dobles, demasiados adornos, toda la pared cubierta con un papel pintado que no queda bien con nada... Solo puedo decir que me gusta la gran lámpara de araña que hay en el techo. Me da la impresión de que han querido recrear el interior de un palacio del siglo XVIII y se han quedado con las ganas.

—¡Ane! —Abi se tira a mis brazos sin darme tiempo a reaccionar—. Has venido, no sabes la ilusión que me hace.

—No podía faltar a uno de tus primeros conciertos.

—Ya veo que has venido...

—Peter, el chico del que te he hablado y que tanto me ayudó antes de venir aquí.

—Gracias —le dice Abi a Peter provocando que se quede asombrado—, hace poco que la conozco, pero no sabes la forma en la que se hace querer esta chica.

—Sí, lo sé de sobra.

De forma inesperada me pasa el brazo por encima de los hombros y me da un beso en la cabeza. Abi fija su mirada en mí para intentar averiguar si con mi expresión le digo algo, pero yo solo niego de forma leve con la cabeza. Ella sonrío y asiente mirando a Peter. Cuando va a comenzar a hablar, Alan la llama desde el escenario. Abi se disculpa y al salir corriendo de allí, veo a Jake junto a Ron clavando su mirada en nosotros. ¡Sabía que Peter lo hacía por algo! ¿Comienza la guerra de gallos? No, no pienso consentir que haya una pelea por mi culpa en una fiesta de alguien que no conozco. Le guiño un ojo a Jake, le pido a Peter que se quede esperándome un segundo porque quiero ir al baño y voy directa hasta Abi para preguntarle dónde está. Espero que Jake



haya entendido lo que he querido decirle con el guiño del ojo, porque no tengo ganas de discutir de nuevo con él.

—Tengo ganas de matarlo —dice Jake a la vez que me coge del brazo y abre la primera puerta que encuentra.

—Sabía que entenderías lo que quería decirte.

—Lo hace a propósito, lo sé. —Está dando vueltas de un lado a otro de la habitación, enfadado.

—Dudo mucho que sepa nada, acaba de llegar —digo risueña.

—Me ha mirado y te ha pasado el brazo por encima del hombro, *mi* hombro.

—Mi *nada*. —Eso no me gusta en absoluto—. Nada es de nadie salvo mío, pero de todas formas, esta noche hemos hablado mucho, creo que te he dejado claro que...

Se abalanza sobre mí, me pega a la puerta y me besa con intensidad. Su mano baja hasta mi trasero, un pinchazo en la ingle me dice que quiero más y, aunque tengo ganas de ponerle límites, me dejo llevar por el momento. Huele tan bien a grosella y manzana roja... No hay muchas personas que usen este aroma, pero, sin lugar a dudas, es exquisito. Sin darme cuenta me encuentro tumbada en la cama de ese lugar desconocido, con el corazón acelerado por aquel chico. Sus manos tocan mis pechos con dulzura y torpeza a la vez, algo que me llama la atención y es cuando decido que tengo que parar. No por lo que acaba de pasar, sino porque Peter está esperándome en el salón y no puedo hacerle eso; aunque sé de sobra que es porque no quiero que mi primera vez sea así.

—Para, por favor —le digo con la voz entrecortada por el momento—. Tenemos que volver.

—¿Estás segura de que quieres que lo dejemos?

—No... Bueno, sí. —No me puedo dejar llevar por las ganas que tengo de estar con él.

—Yo estaría aquí toda la noche —susurra.

—Sabes que no podemos. —Consigo levantarme de la cama y ponerme bien mi vestido azul entallado. El pelo liso se me ha despeinado por completo e intento colocarlo como puedo para que no se note lo que acaba de pasar.

—Es por ese, ¿verdad?

—Jake, lo hemos hablado, por favor. Es un amigo que se queda quince días y al que le debo mucho.

—En cambio él quiere algo más que una amistad. —Me agarra del brazo con mucha delicadeza para que frene—. No me hagas esto.

—Yo no te hago nada, eres tú el que ha decidido torturarte con esto, creo que te acabo de demostrar lo que siento, pero en este momento me tengo que marchar.

—Está bien, solo espero que no se pase contigo.

—¡Celoso!

No le dejo que me conteste porque sé lo que va a decir. Voy corriendo hasta donde está Peter y me lo encuentro hablando con Zoe. ¿Por qué siempre tiene que ser ella la que esté en todos los sitios en los que no quiero encontrármela? Me quedo a unos pasos de distancia para saber de qué están hablando y descubro en la expresión de su cara que Peter le gusta. ¿En serio? Es una de las mejores noticias que alguien como ella me podía dar; de esta forma lograré que él se olvide de mí y podremos tener una relación de hermanos, como yo quiero.

—¡Ane! —Zoe se agarra de mi brazo al verme detrás de ellos—. Estaba hablando con tu amigo Peter. —Esta vez enfatiza la palabra «amigo» y me habla como si fuéramos amigas íntimas—. Le he dado las gracias por venir a mi fiesta y le he dicho que me gustaría que mi primer baile fuera con él. —Frunzo el ceño, pero por enterarme de que es su casa.

—Pero...

—Si no te importa, por supuesto —me corta antes de que sepa lo que estoy pensando y me mira con ojos de gato mojado.

—Eso se lo tienes que preguntar a él, pero considero que el primero tiene

que ser con tu padre.

—¡Sí! —dice nerviosa—. Me refería al primer chico.

Por unos instantes se hace el silencio y miro a Peter de forma disimulada para que se deje llevar por la situación y acepte bailar con ella. Sin mediar palabra alguna asiente con la cabeza y ella se abalanza a sus brazos.

—Me debes por lo menos diez después de esto.

—¡Has aceptado tú porque te ha dado la gana! —me burlo.

—No seas mentirosa. —Me agarra por la cintura y me eleva para ponerme sobre su hombro y sacarme de ese gran salón mientras yo pataleo.

—¡Suéltame! —Levanto la cabeza como puedo y mis ojos se cruzan con los de Jake, que está desenchajado al ver tal situación—. Nos está mirando todo el mundo.

—Sabes de sobra que eso me da igual, pero te lo mereces. ¡Verás ahora!

Detrás de mí se cierra una puerta y nos encontramos a solas en un cuarto que me resulta familiar: es el mismo en el que he intimado con Jake; después de lo que acabo de vivir aquí, no tengo ganas de llevarme un mal recuerdo de él.

—Sé lo que intentas hacer, Ane —me dice a la vez que me baja con suavidad de su hombro—. No te va a funcionar.

—Es una chica maja, lo único que no sabe todavía muy bien lo que quiere.

—Más bien, todo lo que ve lo quiere y conmigo no le va a funcionar.

—Eres un soso. —Me voy separando poco a poco de su lado, pero él se acerca a la misma velocidad—. Deberías conocerla mejor, igual te sorprende, es... simpática.

—Sí, claro. —Comienza a reír a carcajadas; parece que mis palabras no han sido muy convincentes—. Se nota lo bien que te cae.

—Bueno, tú...

—Yo sé lo que quiero y hace tiempo que lo sabes. —Poco a poco se acerca a mí más de lo que me gustaría—. No te voy a presionar, pero tampoco intentes que esté con ninguna otra chica.

—Nos conocemos y sé que no me has estado esperando.

—Estoy hablando de una relación seria. —Me atrapa contra la ventana, ya no puedo dar más pasos—. Te dije que yo voy a ser quien te dé tu primer beso y así será, aunque tenga que esperar, no ese tal Jake.

Comienzo a escuchar la música, lo agarro de la mano sin mediar palabra y salimos al salón para ver como mis amigos están tocando y, a la vez, poder salir de esa situación. ¿Cómo sabe lo de Jake? Yo no lo he nombrado estando con él, por lo que lo único que se me ocurre es que nos haya visto salir de este mismo dormitorio, o que Zoe lo haya nombrado, algo que no me extrañaría en absoluto.

El salón se ha llenado de gente en un momento. Ahora que me fijo en cada pareja de baile, son en su mayoría compañeros del instituto. Cómo se puede ser tan mala persona de hacerse pasar por mi mejor amiga delante de Peter y no tener la vergüenza de invitarme siquiera. Tiene que existir de todo, pero la falsedad no le hace ningún bien a la persona.

Abi les pide a todos los asistentes al evento que hagan un gran círculo y a Zoe que se ponga en el medio con su pareja. Todos miramos de un lado a otro buscando a la gran pareja protagonista y nadie consigue verlos. Esta vez, es Alan quien le pide a Zoe que se acerque al centro y noto como se pone entre Peter y yo, lo agarra de la mano y le suplica que la acompañe. Yo tengo que reprimir una carcajada malvada y él, con su buen corazón, prefiere salir a su lado, no sin antes hacerme una gran mueca.

—Parece que a Zoe le gusta tu amigo, ¿no? —me susurra Jake al oído.

—Más que a ti, me temo.

—No me ha gustado nada cómo te ha llevado antes y menos que te meta en ese dormitorio —espeta.

—Parece ser que a mi recién estrenado marido no le gustan mis nuevas compañías.

—No estoy jugando, Ane. —Se da cuenta de que ha levantado la voz y se acerca a mi oído provocándome un gran escalofrío—. Acepto que sea tu

amigo, pero no me pidas que vea como quiere llevarte a la cama.

—¿Como uno que yo me sé?

—Eso ya lo hablaremos en otro momento.

Me deja un beso furtivo en la sien y se marcha al ver que ha terminado la canción. Yo me quedo allí parada viendo como Peter camina hacia mí, aunque solo tengo ganas de irme con Jake.

La noche está siendo de lo más divertida. El grupo de Alan toca unas canciones que no parecen disgustar al resto de los invitados. Las miradas cómplices que se intercambia con Abi en algunas canciones me hacen sentir bien por haber tomado la decisión de dejarla como cantante. Por otro lado, Zoe acaba de llevarse a Peter para bailar de nuevo. Llevo tiempo buscando a Mika, la única que me falta de mis amigas, así que le mando un mensaje y, al instante, recibo la respuesta diciéndome que está fuera. ¿En serio? Sin decir nada a nadie me apresuro hacia la entrada de la gran mansión.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Mika agacha la cabeza avergonzada y yo me sorprendo al verla.

—No me digas que no has entrado por esto —le digo examinándola—. Te puedo asegurar que con este vestido negro por la rodilla y escotado en su justa medida; el peinado suelto con un leve recogido a un lateral y el maquillaje apropiado para resaltar tus preciosos ojos, solo puedo decirte que no será solo Ron el que caiga a tus pies.

—Soy una tonta, ¿verdad? —Su rostro está sonrojado.

—Estás preciosa, no entiendo como no has entrado hace tiempo.

—Es que...

—Le vas a encantar.

—Nunca me he vestido de esta forma y tengo miedo de que Zoe y sus amigas se burlen de mí. —De nuevo baja la cabeza y eso me enfada—. Creo que debería irme a casa.

—¡Ni se te ocurra! —espeto—. A ti por lo menos te han invitado, yo

simplemente me he colado en la fiesta sin saber de quién era, y Zoe todavía no me ha echado de aquí porque le gusta mi amigo.

—¿Crees que le gustaré a Ron? —Ella sigue con sus miedos.

—Mejor entramos y lo compruebas por ti misma.

Le guiño un ojo y, aunque dudando, da su primer paso, hasta que logramos ponernos en la puerta. Sin mediar palabra y cada una sumida en nuestros pensamientos entramos en aquella mansión. Nunca me hubiera imaginado que Zoe viviese en un lugar tan estrambótico y menos que fuera tan adinerada. No es que su personalidad demuestre lo contrario, ya que siempre quiere estar por encima de los demás; más bien pensé que se comportaba así por algún tipo de complejo de inferioridad. Es impresionante como el cerebro humano puede llegar a las conclusiones que una misma ha creado en función de cómo le caiga una persona.

Entramos en el gran salón y ella no hace otra cosa que mirar a un lado y otro. Yo, en cambio, observo las reacciones de los chicos al verla y me da la sensación de que todos han llegado a la misma conclusión que yo: está muy guapa. Por fin veo a Jake, que está junto a Ron charlando con unas chicas que no conozco de nada y levanta la cabeza buscándome... Lo sé porque yo llevo toda la fiesta haciendo lo mismo. Nuestras miradas se encuentran y le hago un gesto con la cabeza para que vea que ha llegado Mika y asiente al entender lo que quiero decir. Él se acerca al oído de Ron y veo como gira la cabeza, ve a Mika y hace un gesto con los hombros dando a entender que no le importa. ¿Se puede ser más idiota? Miro a Mika, que se ha dado cuenta de todo y tiene el rostro desencajado. Su intención es salir corriendo, pero justo en ese momento llega Peter, que no sé muy bien cómo ha interpretado la situación, y la agarra de la mano para que no se vaya.

—Tú debes de ser Mika, ¿verdad?

—Sí —dice con voz temblorosa—, no te conozco.

—Soy Peter, el amigo de Ane. —Le da dos besos en la mejilla y la abraza con dulzura—. Estás preciosa.

Sus mejillas se sonrojan y me mira pidiéndome consejo para saber cómo actuar con un chico como él. Peter intenta reprimir una carcajada al darse cuenta de que Mika no está acostumbrada a ese tipo de piropos y es él quien toma la iniciativa de sacarla a bailar, pero no sin antes enseñarme los cinco dedos de la mano y yo no puedo evitar asentir. Sí, le debo cinco más con este baile. Peter no es de esos chicos a los que les gusta bailar, más bien es de los que se quedan con la bebida en la mano observando todo lo que sucede.

—¿Tu amigo se quiere buscar un problema? —Me doy la vuelta y veo a Jake más guapo que nunca.

—No te entiendo.

—Ron...

—Ron es un idiota que ha preferido quedarse hablando con esas desconocidas...

—Son sus primas —me corrige.

—Con sus primas —sigo hablando como si nada—, en vez de venir a saludar a Mika, que ha venido así de guapa especialmente para él.

—En cambio, tu amigo no pierde el tiempo y solo quiere estar con nuestras chicas, aunque tiene la oportunidad de estar con alguna otra como Zoe, que ya le ha echado el ojo.

—Perdona si me río por tus palabras. —Me fastidia que le salgan los celos con Peter, y más para defender al tonto de su amigo—. A Ron no parece importarle lo guapa que ha venido Mika.

—Es un chico orgulloso.

—No me sigas hablando así de él, y menos como si no supiera que le gustan las chicas con curvas, pero no tiene las agallas de acercarse a ella por lo que dirá el resto.

—Nunca dije que mis amigos fueran perfectos.

—Pues los míos sí que lo son, y no por eso tienes que ponerte celoso.

Salgo de allí deprisa dejando un leve roce de mi mano contra la suya. No quiero seguir escuchando la sarta de tonterías que suelta por esa boca que

tanto deseo besar; pero, a la vez, no quiero que piense que me he enfadado con él. Por el contrario, yo sé que él no ha entendido lo que le he querido demostrar con esa suave caricia y estoy convencida de que sus celos se han multiplicado por mil.



## Capítulo 11

### Jake

¿Cómo pueden ser las chicas tan retorcidas? Su amigo *es* perfecto. ¿En serio? Lo peor de todo es que se marcha como si nada hubiera pasado, como si sus palabras no hicieran daño por el simple motivo de ser un chico. ¡Pues sí! Duelen y más sabiendo que ahora él está en el dormitorio contiguo al de Ane, donde solo los separa una fina pared y las puertas están a unos escasos dos metros de distancia, pensando en cómo conquistarla cuando se levante. Peor aún, igual están los dos en el sofá hablando y contándose todos esos secretos que deberían ser míos. ¿Por qué no estamos viviendo ya con ellas? Se ha retrasado por la llegada de Peter, estoy convencido. La rabia se va apoderando de mí y sin darme cuenta estoy tirando una pelota de béisbol contra la pared con mucha fuerza sin pensar que mi padre lo pueda oír.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Mi padre entra después de llamar a la puerta sin que yo le diga si puede entrar o no—. Son las tres de la mañana.

—Perdón, no me había dado cuenta.

—Claro, y yo ahora tengo que hacerme el loco y volver a la cama como si nada, ¿no?

—¿Qué quieres, papá? —Prefiero terminar con la conversación cuanto antes.

—Saber cómo se llama.

—No hay nadie, solo que no me han salido las cosas como yo esperaba y eso me molesta. —Intento salir al paso, pero creo que no cuela—. En cambio, tengo una pregunta para ti.

—Te responderé igual que tú a mí, con total sinceridad —Lo miro y se está

riendo, algo no muy habitual en él.

—¿Por qué habéis puesto esa fecha para vivir juntos?

—Susan me dijo que tenía visita y que prefería que una vez que se fuera empezáramos a llevar nuestras cosas.

—¿Y el motivo por el que nosotros vamos a su casa y ellas no vienen a la nuestra, es...? —Me quedo a la espera de saber su respuesta.

—Su casa es mucho más grande que esta, y no me negarás que te gustaría tener una piscina para bañarte después del colegio.

—Sí, aunque esa casa es demasiado femenina. Su hija es rara.

—No te preocupes por eso, hacéis una pareja perfecta.

—¿Pareja?! —El corazón casi me sale por el pecho—. Nosotros somos hermanos.

—Por eso lo digo. No te he dicho nunca esto, pero siempre quise tener la «parejita».

Me despeina el pelo y se marcha de la habitación dejándome el corazón acelerado. Soy despreciable por atacar a Ane delante de mi padre para salvarme de sus posibles conjeturas. Todavía no tengo muy claro del todo lo que somos: novios, hermanos, amigos, o todo a la vez. Pero de lo que estoy seguro es que no me gusta que ese tipo viva en su casa y menos que ella hable de esa forma tan cariñosa de él. Dormir es la mejor opción para intentar olvidarme de todo..., aunque solo sea por un instante.

No sé si es mi mente que en sueños oye la vibración del móvil o me están llamando de verdad. Me retuerzo en la cama y decido coger el móvil y comprobarlo.

—¿Qué quieres? Estoy durmiendo —digo molesto.

—¿Tan poco me quieres que ya te has dormido sin hablar antes conmigo?

—Podría decir lo mismo, ¿no te parece? —Noto un leve tono de tristeza en su voz—. ¿Qué te pasa?

—Te echo de menos —susurra.

—¿Qué? —Me ha gustado escucharlo y quiero que lo repita.

—Hoy ha sido un día muy intenso y te echo de menos. Me he duchado y al tocarme las estrellas me he acordado de tus besos sobre ellas.

—Has sido tú quien ha querido parar —digo temeroso a la vez que dulce.

—No te creas que he visto mucha experiencia en tus movimientos, ¿te vas a confesar?

—Sí. —No tengo que mentir, no me importa que sepa que quiero que ella sea la primera—. Nunca me había apetecido ir más allá con ninguna otra chica hasta que te conocí.

—Creo que me pasa lo mismo, pero esa habitación en casa de Zoe no es lo que tenía en mente para mi primera vez.

—Yo me encargo de eso, estoy seguro de que será la mejor noche de nuestras vidas.

—Solo deseo que sea especial, con eso me conformo.

No sé el tiempo que pasamos hablando por teléfono. Solo sé que cuando me despertó con su llamada eran las cinco de la mañana y bajé a por algo de comer mientras hablábamos sobre las siete y media. Nos confesamos las ganas que teníamos de tenernos entre los brazos, de besarnos sin el miedo de que alguien nos pudiera ver; pero no mencionamos qué podría pasar si nuestros padres se enterasen de ello. Por desgracia, también hablamos de Peter, pero descubrí que le gustaban los coches tanto como a mí y eso me dio una gran idea.

Me resulta tan extraño hablar de todo lo que me pasa con alguien, que me parece increíble que no me aburra de llevar alrededor de tres horas al teléfono.

—Mi madre me llama —susurra.

—Hoy parece que hemos madrugado mucho, ¿no te parece?

—¡Qué locura! Lo peor de todo es que no me importa si seguimos así mucho más tiempo.

—Yo, en cambio, solo quiero que pasen los días para poder irme a vivir a tu casa.

—Sabes que vamos a ser la comidilla del instituto, ¿verdad?

—Tendremos que sacar nuestro mal humor a pasear y nunca más se volverá a hablar de ello —afirmo.

—Mejor me marcho con mi madre, mañana nos vemos.

—¿No quieres pasarte por el garaje con tu amigo y así ve nuestro coche de carreras?

—Se lo digo ahora, que me está llamando a la puerta. —Me cambia el humor por completo.

—No le dejes...

Antes de poder terminar la frase me cuelga, lo que provoca en mí una rabia descontrolada y tiro la pelota de béisbol con tanta fuerza que rebota y me pega en la cabeza. Estoy tonto. Esta chica está sacando lo mejor y lo peor de mí, y espero saber controlarlo. El problema está en saber que el *perfecto* amigo Peter está ahora sentado en su cama, o vete a saber dónde está, cómo va ella vestida, cómo la mira. ¡Uf! Mejor dejo de pensar y me voy a pasar el domingo con mis amigos o estoy convencido de que aparece en su casa con todo mi mal humor.

Llego al garaje y solo está Ron y su cara de mal humor. No tengo claro si tiene la culpa la resaca de la fiesta de ayer o esa chica a la que se niega a demostrar lo que siente. Me pongo a su lado tras un leve saludo chocando los puños y espero que diga algo, pero el silencio es nuestro compañero hasta que Ron no aguanta más.

—¿Me quieres decir de una santa vez el motivo por el cual no te has tirado a la chica más buena y rica de la fiesta?

—Por el mismo motivo por el cual tú no me dices lo que sientes por cierta chica.

—¿Yo?! —Intenta hacerse el sorprendido y yo me aguanto la risa para no romper el momento de tensión.

—Perdona. Será que te has liado esta noche con... —Tengo que mirarlo

con una leve sonrisa de triunfador a la vez que espero que me conteste con una pequeña pausa—. Ves, creo que los dos tenemos mucho de qué hablar, ¿no te parece?

—¿Tanto se me nota o es que alguien te ha dicho algo? —Por fin el ambiente se vuelve algo más distendido—. Por primera vez en mi vida estoy hecho un lío.

—Creo que ya somos dos.

Me levanto para coger del frigorífico un par de cervezas a la vez que me enciendo un cigarrillo. Creo que desde que conozco a Ane he fumado más que en toda mi vida y ya no sé ni cómo aguantar las ganas de tenerla entre mis brazos.

—¿Vas a decirme quién es o vas a comenzar a ocultarme las cosas?... y eso no es de muy buenos amigos.

—Habla de mierda el más cagado. —No puedo evitar reírme—. ¿Cuándo me ibas a decir que te gusta Mika?

—¡Joder, no es fácil! —musita.

—Es una chica como otra cualquiera —afirmo—, lo único que tienes que hacer es cuidarla y hacer que sienta que te importa delante de la gente, a pesar de las burlas que pueda haber.

—¡Ves! —Se levanta del sofá malhumorado y se enciende un cigarro, nervioso—. Eso es lo que quiero evitar, me conozco y no voy a saber controlarme.

—Es mucho más sencillo que todo eso. —Intento calmarlo, aunque no las tengo todas conmigo—. En el instituto nadie se meterá contigo porque saben cómo puedes reaccionar; y no me digas que ahora te van a afectar las burlas de nuestros amigos del garaje, cuando tú te has reído de ellos en innumerables ocasiones.

—Pero...

—Una cosa es la fama que tenemos, la tuya muy cierta, dicho sea de paso; y la otra, que sabes muy bien lo capaces que somos de que una chica se sienta

como debe.

—Fíjate en que he estado con todo tipo de chicas, pero ella es tan... No sé cómo explicarlo. —Se queda pensativo unos segundos—. Tan *achuchable*.

—¿Qué?!

—Calla y no te rías, o no voy a volver a hablar de este tema contigo, y ahora deja que te explique lo que siento —prosigue—. Siempre me han gustado las chicas con curvas, pero al ir contigo y tú ser tan... como eres, he terminado liado con cada esqueleto que más de una vez he preferido irme a casa y no terminar lo que había empezado. El año pasado me fijé en ella, en cómo se mueve, su sonrisa... y todas esas cosas. —Carraspea al darse cuenta de que está hablando demasiado de sus sentimientos—. El otro día hablé con ella por primera vez y supe que todavía me gustaba más, y claro, ella, que no es tonta, se dio cuenta.

—¿Por qué no te acercaste a ella ayer en la fiesta de Zoe?

—¿Con tanta gente mirando? No tenía ganas de pegarme con nadie, pero después de mucho alcohol y de esta conversación, he tomado la decisión de hablar con ella y comenzar algo si no está enfadada conmigo por ser tan gilipollas.

—Inténtalo, si no, no lo sabrás nunca.

Después de mucho hablar sobre todo lo que pasó en la fiesta, no sé ni el tiempo que pasamos entre cervezas y cigarrillos, me levanto por última vez y me doy cuenta de que llevo una borrachera considerable. Miro al techo del garaje y la burbuja de humo casi no me deja ver las banderas con las imágenes de coches antiguos que llevan ahí desde la primera vez que entré en este sitio. Hace tiempo que Ron y yo no hablamos de chicas tan seriamente y, ahora que lo pienso, no sé cómo podemos estar todos los días hablando de coches, carreras y un montón de tonterías más, y no hacerlo sobre cosas importantes.

—¡Venga, suéltalo! —He intentado retrasar todo lo posible este momento, pero parece que no hemos bebido suficiente como para que se le olvide.

—Es que... no puedo hacerlo, tío. Me dijo que no quería que nadie lo

supiera.

—No me vengas con esas tonterías, no puede ser tan fea, ¿no? —Frunzo el ceño al escucharlo.

—Es más complicado de lo que parece. —Tengo que hablar de esto con alguien y no hay nadie mejor que mi mejor amigo. Cierro los ojos y lo suelto sin pensarlo—: Ane.

—Inaccesible. Olvídalo, chaval.

—No lo entiendes. Yo no estoy en el punto en el que tú te encuentras, nosotros ya...

—¡No me jodas! —grita a la vez que se levanta para darme un abrazo—. Has conseguido a tu juguete y no has dicho nada.

—No la llames así —espeto arrepentido por haberle puesto ese nombre cuando la conocí—, se llama Ane y todo es más complicado de lo que parece.

Nos sentamos de nuevo, miro la hora y queda muy poco para que lleguen los chicos, pero tengo que aclararle todo para que entienda por qué tiene que mantenerlo en silencio. Según voy avanzando en mi historia la cara de asombro de Ron no tiene desperdicio. Me arriesgo a su burla, pero todo me da igual, sé que ella es la chica que siempre he esperado.

—¡Me dejas alucinado! —dice a la vez que le da un último sorbo a la cerveza—. Mira que no quiero hablar como una chica y esas cosas, pero...

—Parece que mi madre la ha puesto en mi camino después de muerta —tenía que decirlo antes que él—, eso era lo que ibas a decir, ¿no?

—Más o menos.

—Menudo lío, ¿verdad? Espero que mantengas la boca callada, no quiero que empieces a hacer gestos y cosas en el instituto, solo quiero que pasen dos semanas e irme a vivir a su casa y...

—¡Follar!

—¿Alguien ha follado esta noche? —Paul entra y me mira directamente—. Eres mi ídolo, nadie tiene tanto éxito como tú en las fiestas.

—Eso sí. —Kurt entra en la conversación y eso no puede traer nada bueno

—. Ya me dirás quién es, porque Zoe estuvo todo el rato con un tío al que no conozco de nada.

—Se llama Peter. —Me sale el tono burlón sin quererlo—. Es amigo de la nueva.

—¿Te han quitado tu juguete?

—Esa chica no es para tanto —miento—. ¿Tendremos el coche para dentro de tres semanas? Me he enterado de que hay una carrera clandestina en Santa Mónica y vendrá gente de todas partes, el premio debe de ser gordo.

—¿Cuánto cuesta la inscripción?

—Dos mil dólares.

—Estará listo.

Kurt abre el capó y mete la cabeza en el motor casi sin respirar. Me alegra saber que he desviado el tema de conversación. Es alucinante la manera en que se puede hablar de una cosa y terminar en otra en función de la parte que se escuche.

Es increíble de qué forma me he enterado de la carrera de coches. Llevo varios años en este mundo y ninguno de nosotros ha hablado sobre ello. Resulta que tiene que llegar el *perfecto* amigo Peter para que alguien me lo diga. ¿Qué pasa con nuestro contacto? Paul es el que se encarga de esas cosas y ahora mismo está hablando por teléfono con un cigarro en la boca de muy mal humor.

—Me dice que me iba a llamar hoy. —Abre la nevera para coger una cerveza, se gira al ver que no hay ninguna y se queda mirándonos—. ¿No tuvisteis suficiente ayer?

—No lo creo... ¿Se puede saber de qué va la carrera?

—Ha venido un tío de fuera y lo ha organizado todo. Debe de haber dicho que viene a aprender no sé qué de mecánica, pero la verdad es que necesita pasta y ha usado todos sus contactos para organizar algo así.

—¿Cómo se llama el tipo? —Me parece todo demasiado extraño.

—No me lo ha dicho. Sin embargo, debe de ser pobre como las ratas y



necesita dinero para quedarse aquí a vivir y casarse con una chica rica, o por lo menos me ha dicho que eso es lo que corre por ahí.

—Perfecto —espeto—, vosotros tened el coche preparado esta semana para hacer las pruebas. Esa carrera tiene que ser nuestra.

Salgo del garaje y entro en el coche de muy mal humor. ¿Quién se piensa que es el ñiato ese? Me enciendo un cigarro y conduzco hasta casa con tranquilidad. Me apetece que la brisa de Los Ángeles me relaje antes de hablar esta noche con Ane. ¿Debo decirle que su amigo no es tan *perfecto* como ella se imagina? Tengo muchas ganas de tenerlo enfrente y decirle que ella no se puede casar con él porque ya lo está conmigo. De acuerdo que éramos bebés, pero si después de tanto tiempo nos hemos vuelto a unir, tiene que significar alguna cosa... Mejor dicho, yo deseo que signifique algo. Desde que la vi quise que fuera mía, y ahora lo es; pero no pienso dejar que alguien como él me la quite.

## Capítulo 12

### Ane

Hoy no me puedo dormir. Por primera vez desde que comencé esta relación con Jake lo he notado diferente al teléfono. Podría decir que he vuelto a percibir esa frialdad de cuando lo conocí en el instituto. Me resulta muy difícil volver a pensar en él de esa forma en la que los dos creíamos que éramos incapaces de amar a alguien, por lo que nos sucedió de jóvenes. Ahora es todo tan diferente, he descubierto en su mirada una ternura tan especial que me he sentido reflejada en ella al verlo. Yo sé que tengo esa misma expresión cuando lo miro y saber que puedo sentir esas cosas de nuevo me hace ser una persona tan feliz que el alma se me está curando cada día.

Sin embargo, notar su tono de voz tan frío hace que se vuelva a abrir una herida que ya estaba cicatrizando; lo peor de todo es que no tengo ni idea de qué he podido hacer o, mejor dicho, qué ha podido pasar para que se comporte de esa forma. Solo se me ocurre una cosa para que esté así: ¿Peter? El pobre chico ha venido a hacer un simple curso de mecánica. Decido serenarme y bajar a desayunar. Hoy es un nuevo día de instituto y espero ver en la mirada de Jake algo de eso que hizo que me enamorara de él.

—Buenos días, dormilona. —Peter me da un beso en la mejilla que me sorprende—. Tienes el desayuno encima de la mesa, espero que no me haya olvidado de lo que te gusta por las mañanas.

—Gracias.

—¿A qué hora entras? Tu madre me dijo ayer que puedo usar su coche si quiero, así que te llevo.

—No hace falta. —Si Jake me ve llegar con él se va a enfadar todavía más

—. Me gusta ir con mi moto.

—No es molestia, preciosa. —Acaricia mi rostro e intento mantener una mueca de agrado y sonreír—. He quedado con un amigo que me ha dicho que tiene una gran invitación para mí.

—¿No tienes clases hoy?

—No. —Carraspea y se marcha hacia las escaleras—. Bueno, solo una hora para explicarnos no sé el qué.

Me lanza un beso al aire y sube corriendo como si la casa estuviera en llamas.

Creo que es la primera vez que siento desconfianza de Peter. No sé el motivo por el cual he sentido la necesidad de mentirle cuando me ha acariciado la cara. Lo he notado más arrogante que de costumbre y no creo que le haya dado pie a nada que no sea una amistad. ¡Basta! Creo que los comentarios de Jake están afectando a mi relación con Peter y no me puedo dejar llevar por ellos. Voy a vestirme y dejar que me lleve al instituto, Jake tiene que acostumbrarse a no ser el único chico en mi vida. El aroma a café con tostadas me abre el apetito y decido disfrutar de lo que me ha preparado Peter, en vez de llevarme por el camino de la amargura tanto pensamiento negativo.

Llego al instituto junto a él en el coche de mi madre. Antes de abrir la puerta veo que Jake nos observa y su cara se transforma por completo. Miro a Ron, que, al ver la expresión de su mejor amigo, me devuelve la mirada y niega con la cabeza. ¡Mierda! Se lo ha contado y, para rematar el momento, Peter me da un beso en la mejilla con una gran sonrisa en su boca que me pilla por sorpresa. Sin embargo, todo se queda a un lado cuando veo a Abi junto a su moto llorando de forma desconsolada en brazos de Mika. No dudo ni un segundo en ir hacia ellas sin decirle adiós a Peter y dejar que Jake se olvide de lo que acaba de suceder.

—¿Qué sucede?

—¡Ane! —Se tira a mis brazos aumentando los sollozos a cada segundo—. Es lo que siempre he querido, pero es de lo peor.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado?

—¡Es todo por tu culpa! —Se aleja de mí para gritarme—. Me lo presentas en vez de dejar que viva una fantasía, y ahora...

—¿Te ha dejado?

—Peor que eso, me ha engañado con otra.

Miro a Mika, que se encoge de hombros al escuchar lo que dice, y cuando vuelvo la mirada veo que ha salido corriendo. Al instante veo a mi amiga de grandes curvas, que sigue ahí parada sin saber qué hacer y salimos detrás de ella sin mirar atrás.

Me resulta todo tan extraño que, mientras corro para alcanzar a Abi, no puedo creer que Alan haya hecho algo así. Entre las calles la pierdo por intentar ir a la misma velocidad que Mika, que no es que sea muy rápida, la pobre.

—¿Dónde crees que habrá podido ir?

—Uno de sus lugares favoritos es Pacific Park.

—No puede ir corriendo hasta allí, ¿has traído tu moto? —Mi mente va a mil por hora y está demasiado lejos del instituto como para ir a pie.

—Sí, mejor será volver e ir hasta allí.

—Estoy de acuerdo, pero antes de ir a buscar a Abi, quiero saber la versión de Alan.

Ella asiente con la cabeza, pero lo que no sabe es que lo único que quiero es ver a Jake. Sé que está muy enfadado por culpa de Peter y no tengo ganas de que se agraven más las cosas por no hablarlas en su debido momento. Miro el móvil de camino y veo un mensaje suyo. No quiero abrirlo, pero sin querer lo hago. No hay ni una sola palabra escrita, solo dos filas de emoticonos con la cara roja. ¡Vale, está enfadado! Algo bastante obvio, pero con ese mensaje me ha dejado claro cuánto. Creo que será mejor dejarlo para cuando estemos a

solas; no tengo ganas de escuchar nada que yo quiera rebatir sin poder decir realmente lo que quiero, para evitar que todo el mundo se entere de lo nuestro.

Voy en la moto sentada detrás de Mika y miro hacia todos lados. No recuerdo haber dado todavía una vuelta por Santa Mónica de forma tranquila. En mi mente, durante todos estos días, solo ha estado Jake y lo que sucederá con mi madre si se entera de lo nuestro. Sin embargo, aquí sentada, mientras el casco me impide escuchar los sonidos que hay fuera de él y sintiendo el viento contra mí, me han vuelto las ganas de ir a Los Ángeles, de recorrer tantos y tantos sitios que hace años dejé de una forma tan brusca. Puede que con el paso del tiempo hayan mejorado, o no, pero quiero descubrirlo e impregnarme de los olores de cada rincón.

Uno de mis lugares favoritos era la galería de arte Bergamot Station. Creo que la primera vez que la vi iba agarrada de la mano de mi madre y no quería ir bajo ningún concepto. Ella acababa de discutir con mi padre y solo quería salir de casa y no se le ocurrió otra cosa que llevar a una niña de diez años a ver una galería de arte. Hoy es el día que tengo que darle las gracias por ello, ya que al salir de aquel lugar tan diferente y con cosas tan extrañas que no lograba entender, decidí que quería estudiar algo que me dijera cómo entender todo aquello. Comencé a leer libros de arte que encontraba por casa y en la biblioteca, incluso me interesé por los artistas modernos y quería asistir a sus exposiciones, pero no siempre mi madre me llevaba. En San Francisco dejé que todo lo que me recordaba a mi anterior vida muriera con mi padre y así fue, pero ahora me apetece volver a recobrar todo aquello.

—Me imagino que estará al final de Pacific Park. —Mika me mira a la vez que aparca la moto y su expresión no es que sea mucho mejor que la mía.

—¿Sigues esperando a que el bruto de Ron te diga algo?

—¡No! —grita y con su mirada me pide perdón por haber alzado la voz—. Esta mañana se ha acercado a mí y me ha dicho con voz seria que teníamos que hablar.

—¿Sabes qué puede ser? —Vamos hablando a la vez que caminamos y buscamos a Abi con la mirada.

—Yo creo que me va a decir que me estoy equivocando si pienso que le gusto, para que así pueda dejar de hacerme ilusiones con él.

—Ni por asomo —afirmo—. Sé lo que he visto en su expresión y le gustas más de lo que él se imagina.

—¡Abi! —grita a la vez que sale corriendo.

Sé que está escapando de lo que le acabo de decir. Por cómo se comporta, algo me dice que se ha llevado demasiadas desilusiones con los chicos y solo está asumiendo una más. Aunque sé que tengo razón al decir que Ron está más enamorado de ella, incluso me atrevo a decir que es la primera vez que siente algo así por alguien, pero, por desgracia para una persona como él, ese alguien es Mika. Me alegra saber que el karma es tan sabio que a cada uno le da lo que siempre ha odiado y lo mejor de todo es que Ron va a sentir más inseguridad de la que ha sentido en su vida.

Llego hasta donde están las que se han convertido en mis dos mejores amigas y me abrazo a ellas. Me parece tan tierno este momento... Por una cosa u otra, todas estamos mal por culpa de algún chico.

—Abi —digo una vez que consigo serenarme—, ¿nos puedes explicar cómo ha sucedido todo para poder ayudarte?

—¡Matarle sería la expresión perfecta! —No tengo claro hacia quién va dirigido ese comentario que le ha salido del alma a Mika—. Mejor explícate antes de decidir la forma de hacerlo.

—¡Mika! —Abi sonrío al escuchar sus palabras—. ¿Cómo puede doler tanto?

Sin saber el motivo, las tres nos apoyamos en la barandilla que nos evita caer al vacío, a la vez que nos deja ver la inmensidad del mar. Estamos en silencio y cada una intenta responder esa misma pregunta en su mente, hasta que suena el móvil de Abi.

—Es un mensaje. —Lo coge temblorosa—. ¡El muy capullo me pregunta

qué me pasa! —La cara se le ha transformado—. ¡Que si estoy enferma!

—¿Cómo? No entiendo nada.

—Abi, ¿nos puedes explicar qué os ha pasado? ¿Habéis discutido?

—No.

—Los has pillado. —Mika da otra opción diferente a la mía y Abi baja la cabeza—. ¿Es eso entonces?

—No.

—Vale, ahora sí que necesito que nos lo cuentes todo. Solo espero que la falta que vamos a tener hoy en clase merezca la pena.

—Chicas, no seáis tan duras conmigo. —Caminamos hacia la playa a la vez que ella prosigue—: En la fiesta todo estuvo perfecto, como ya te dije con anterioridad todo iba despacio pero muy bien; hasta que esta mañana se ha acercado a mí Caren y su larga y rubia melena, para enseñarme una foto de ellos dos en actitud muy cariñosa.

—¿Y...?

—Me ha dicho que no me meta en su relación o que me atenga a las consecuencias.

—¿En serio? —No estoy entendiendo nada y solo espero que no sea una tontería de Abi cuando podría estar ahora calmando a Jake—. ¿Solo por eso te has puesto así? Ella puede decir lo que quiera, vosotros sois novios.

—Eso mismo le he dicho.

—Muy bien hecho. —Mika está emocionada al ver la valentía de su amiga.

—Ella, en cambio, se ha reído y ha respondido que eso será en mis sueños, a la vez que me ha dicho que tienen una relación desde hace tiempo. ¿Cómo no me voy a creer eso?

—¿Por qué Alan está contigo? —No sé qué decir.

—Puede que solo esté jugando conmigo, nada más que eso.

—Lo mejor es que hables con él, no te dejes llevar por las cosas que te diga una chica...

—Mucho más guapa que yo —me interrumpe.

—Sin saber lo que ha pasado realmente. ¿El sábado no se fue contigo?

—¡No! Me dio la absurda excusa de que tenía que esperar al final de la fiesta para poder cobrar y recoger los instrumentos.

—Puede ser verdad. Me da la sensación de que te estás comiendo la cabeza sin ningún motivo.

—¡No! Sé que todo ha sido un engaño.

Prefiero dejar el tema hasta que Abi hable con Alan. No puedo dar consejos sin saber lo que ha sucedido en realidad. Miro el móvil para avisar a mi madre e informarla de lo que ha ocurrido y veo un mensaje de Jake en el móvil. ¡Viene a buscarme! Me dice que no me mueva de aquí. ¿Cómo ha sabido dónde estoy? Miro a mi alrededor para ver si hay alguien que me conozca y solo veo gente por las atracciones divirtiéndose en familia o con amigos.

—Chicas, me quedo un rato dando un paseo por aquí.

—¿No querías ir a la playa? —Mika me mira sorprendida.

—Hace años que no vengo aquí y me apetece recorrer este lugar antes de ir a casa.

—¿Sabes cómo volver? —dicen al unísono a la vez que se miran.

—Soy de esta ciudad, no he estado tanto tiempo fuera, volveré de alguna forma. Gracias, chicas.

—Para cualquier cosa nos llamas y si quieres que nos quedemos... —Mika mira a Abi—. Por mí nos quedamos.

—No lo toméis a mal, pero necesito estar un rato a solas.

Ellas no entienden muy bien el motivo por el que se lo digo. Todavía no he podido hablar sobre lo que me pasa y por qué me fui de Santa Mónica; a pesar de que la muerte de mi padre fue muy sonada, sé que ellas dos son personas muy discretas y nunca me preguntarían qué me pasó con él.

Camino entre la gente y los recuerdos de mi juventud me vienen a la mente. Antes de que mi madre engañara al *gran* señor Sikaron, veníamos mucho a este lugar. Mi padre me montaba en todas las atracciones que podía y, si no le



dejaban, intentaba sobornar al empleado. Era de las típicas personas que pensaban que con el dinero se podía conseguir cualquier cosa, hasta que perdió la guerra con mi madre.

Camino despacio intentando que no me duelan todos esos instantes vividos en este lugar. Un escalofrío recorre mi espalda al mirar la gran noria que se muestra delante de mí y me veo sentada de niña junto a mi padre. Desde arriba del todo, saludo a mi madre que está muerta de miedo al ver que saco medio cuerpo de la cesta para mirarla. Una lágrima cae por mi mejilla y me la quito con rabia. ¡Dije que no volvería a llorar por su culpa! Salgo de allí con los ojos llorosos esquivando a todo el que se pone por delante. Todas esas familias allí sacándose fotos me hacen daño y prefiero ir a la playa para que la brisa del mar me ayude a serenarme.

El agua roza mis pies y respiro profundamente para que el olor a salitre que tanto he echado de menos penetre en mis pulmones.

—¿Dónde está Abi? —La voz de Alan me sorprende.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías donde estaba? —Esto me preocupa y mucho, dos personas y las dos saben dónde estoy.

—Es mi novia, Ane —espeta.

—Ella no está seguro de ello.

—Eso es lo que no entiendo. —Camina a mi lado con la cabeza agachada —. No creo haber dicho o hecho nada para que se comporte de esta forma.

—¿Qué tal con Caren? —digo con ironía.

—¡¿Qué?! ¿Me lo estás diciendo en serio?

—La propia Caren se lo ha dicho a Abi.

—Esa chica se ha vuelto loca. —Suspira y prosigue sin parar de gesticular, lo cual me hace mucha gracia—: Hace dos fines de semana su familia vino a mi casa a cenar. Sus padres y los míos empezaron a decir lo buena pareja que hacíamos, a hablar de las virtudes de uno y de otro; y cuando terminó la cena, nos quedamos los dos solos charlando en el jardín.

—¿Y...?

—Nada. Parece que a Caren sí que le interesó todo lo que mis padres realzaron de mis virtudes e incluso intentó besarme. Yo más bien creo que lo que a esa chica le interesa es estar con alguien rico. Por lo que he podido oír a mis padres, están pasando un muy mal momento económico y ella no lo lleva nada bien.

—Ahora me vas a decir que no te gusta ni un poco, porque no me lo creo.  
—Volvemos a sentarnos en la arena; no tenemos ninguna prisa.

—La chica está muy bien, quien te diga lo contrario miente. Sin embargo, me he enamorado de Abi. El simple hecho de que nos apasione la música a los dos y que no sea una cabeza hueca vale por miles de bellezas juntas.

—Se ha ido con Mika, arréglalo con ella, te quiere de verdad.

Me da un abrazo con ternura, pero en ese instante llega Jake, que carraspea.

—Parece que nadie ha acudido a clase, ¿no? —Se nota que está enfadado y ahora no tengo ganas de escuchar sus reproches.

—Yo ya me iba. Hay una chica que espera mis explicaciones, una reconciliación y muchos besos.

—No sé...

—Haz el favor de cuidarla y no te comportes como siempre... como un capullo.

—Su madre...

—A mí no hace falta que me mientas. —No le deja terminar ni una frase y eso me provoca una gran carcajada que a Jake le molesta.

Se sienta a mi lado y el silencio es nuestro amigo durante un largo periodo de tiempo. ¿Qué le digo? Creo que en las últimas llamadas en las que hablamos durante horas le he contado todo sobre mi vida; además, no entiendo lo fácil que es hablar con él por el móvil y a la vez tan complicado cuando lo tengo tan cerca. Ya no me queda ningún secreto que guardar dentro de mí y también le he dicho cuán enamorada estoy de él.

—No sé qué hacer contigo. —Deja la mirada fija en el horizonte—. La frustración que siento al estar contigo me supera.

—Nunca me habían dicho nada igual.

—Será porque no han estado enamorados de ti como lo estoy yo.

—Qué mono eres. —Apoyo mi cabeza en su hombro y noto como se pone tenso—. Yo siento lo mismo.

—Peter me saca de quicio. —Cambia el tono de voz de forma radical—. Quiero que llegue ya el día que se vaya.

—Acaba de llegar, pero de todas formas no tienes de qué preocuparte. — Lo miro y con mi mano giro su cabeza para tenerlo de frente—. Hace tiempo que le dije lo que sentía por él y, lo quiera entender o no, ahora estoy más convencida de ello que nunca.

—¡Quiero que llegue ya el fin de semana! —Me sorprendo al oírle decir con tanto entusiasmo esas palabras—. Mi padre me ha dicho que se lleva a tu madre a no sé qué sitio. He dejado de escucharlo al saber que nos podíamos quedar solos en casa.

—Está Peter —digo con tristeza y un pequeño alivio a la vez—, y dudo mucho que nos quiera dejar solos.

—Algo nos inventaremos.

No puede aguantar más las ganas de besarme y se tira encima de mí para poder hacerlo. Yo me dejo llevar por esos labios que desde el primer momento me han embrujado. Nuestras manos empiezan a dejarse llevar por las ganas que tenemos de estar juntos; pero el ladrido de un perro que se acerca a nosotros hace que nos volvamos a colocar de forma decorosa.

—Salvados por un perro. —Reímos a carcajadas por el comentario de Jake.

Nos vamos hasta el coche agarrados de la mano y el corazón se me sale del pecho al sentir el roce de sus dedos jugando con mi piel. A pesar de todas las horas que hemos pasado hablando por teléfono, no soy capaz de articular ni una sola palabra en todo el trayecto. En la puerta de mi casa, no sé el tiempo que duraron los besos que nos dimos, pero una llamada de mi madre termina con ellos.

—Por favor, mantente alejada de Peter —me dice Jake con seriedad.

—Es solo un amigo, no tienes de qué preocuparte.

—Ahora solo deseo que llegue el fin de semana. Y, recuerda..., es todo tan nuevo para ti como para mí.

Jake deja un beso suave en mis labios y yo salgo del Mustang negro con las mejillas sonrojadas por lo que acaba de decir. Camino como si estuviera sobre unas nubes muy blandas y cojo el teléfono para decirle a mi madre que estoy en la puerta de casa. Me da mucha pereza tener que sentarme a la mesa con los dos, así que pongo una excusa que ninguno de los dos entiende y subo a mi dormitorio. Nunca pensé que el amor dejara esta sensación tan increíble. Ahora me recuerdo el primer día de clase y me da vergüenza darme cuenta de lo borde que fui, sobre todo con él.

Toda la semana pasa más rápido de lo que yo había pensado. El destino ha querido que Peter, al día siguiente, recibiera una llamada algo misteriosa de San Francisco y ha salido hoy viernes hacía allí. Le he preguntado en varias ocasiones a qué se debe tanta prisa, pero solo oigo excusas y más excusas. Ahora estoy en mi cuarto encerrada y las piernas me tiemblan a la vez que mis manos no dejan de sudar. Sé lo que va a pasar esta noche y por una parte estoy contenta, pero por otra, que es la que coge más fuerza, estoy muerta de miedo. Abro todos los armarios y miro dentro qué es lo que me puedo poner que no parezca desesperado o demasiado atractivo, pero tampoco quiero aparecer con un jersey de cuello vuelto que le cierre las puertas a lo que puede pasar hoy por la noche. Al final, opto por ponerme una ropa interior sexi y las prendas que uso para estar en casa. He considerado que estar de forma natural es lo mejor que puedo hacer.

Ya son las seis de la tarde y no he recibido ni una llamada ni un mensaje por su parte. En cambio, me ha llamado Abi para decirme que ha hablado con Alan y, a pesar de que sus argumentos son de lo más convincentes, han preferido darse un tiempo para poder retomar la relación lo mejor posible. Se

queda en el grupo y van a seguir igual. Pero, entre lágrimas, me dice que va a intentar no caer en sus brazos por echar de menos sus besos. «Esta chica es más rara que yo», pienso. Resulta que cree en sus palabras, pero prefiere no estar con él. Me da la sensación de que hay algo más por lo que no quiere estar atada a él y no me lo ha querido contar.

No puedo evitar reírme de forma silenciosa al otro lado del teléfono al notar en sus palabras que una nostalgia acaba de nacer solo porque ella ha querido. Yo no he podido hacer otra cosa que darle mi apoyo y aconsejarle que no se deje llevar por sus fantasías de una relación como las de los cuentos con príncipes azules que tanto le gustan. En varias ocasiones, ella misma me ha expresado que eso es lo que desea. Alan es un buen chico, lo conozco desde hace mucho tiempo y nunca lo he visto hacer daño a nadie. Él es amable y soñador, mientras que Abi es de esas chicas a las que te gustaría proteger por si se rompe mientras respira.

Me voy al jardín para respirar un poco de aire puro una vez que termino de hablar con Abi. Los nervios no me dejan en paz y me están entrando ganas de llamar a Jake cuando suena el timbre. El corazón me da un vuelco y me entran unas ganas terribles de vomitar. «Tengo que estar calmada», me repito como un mantra en la cabeza mientras camino hacia la puerta. Respiro profundamente y la abro con una gran sonrisa.

—¡Hola! —grita a la vez que se sonroja al saber que lo ha dicho tan alto, dejando sus nervios al descubierto.

—Pasa, creo que estamos igual. —Me da un dulce beso en los labios y entra en casa.

Ahora ya no hay vuelta atrás, este es nuestro fin de semana; lo que pase de hoy en adelante será otro recuerdo para guardar en mi memoria para siempre. Tengo que decir que hay varios de ellos que, aunque quisiera borrar, están tatuados en mi alma.

—¿Has hablado con Mika?

—No. ¿Otra vez Ron? —Camina directo al jardín y yo lo sigo sonriendo.

Le pasa lo mismo que a mí, necesita respirar por los nervios.

—Parece ser que por fin ha quedado con Mika. Nunca lo he visto así de inquieto por quedar con alguien.

—Me han dicho que es lo que sucede al quedar con la persona que te gusta.

—¿Seguro?

—Sí. —Se ha acercado a mí y me ha empezado a temblar la voz sin querer.

—Hace tiempo me gustaba mucho jugar a ese juego de vacilar con las relaciones de pareja, pero hoy no me apetece.

—Son los nervios —me excuso a la vez que agacho la cabeza.

En este momento solo sé que estoy en el jardín de mi casa como suspendida en una nube y deseo que sus labios rocen los míos. Doy un paso hacia delante, me agarra de la mano con suavidad, me rodea y camina hacia el interior de la casa. El corazón se me va a salir del pecho, sé a dónde nos dirigimos y, aunque intento mantener mi respiración controlada, al llegar a la puerta de mi dormitorio noto un pequeño mareo.

—Solo si tú quieres —susurra a la vez que se acerca a mí para abrazarme —. Yo tengo tanto miedo como tú.

—¿Estás seguro?

—Más de lo que crees. —Abre la puerta y la cierra para comenzar a besarme.

—Jake...

—Vamos a dejarnos llevar por lo que sentimos el uno por el otro y el resto ya lo pensaremos el domingo, cuando tengamos que volver a la realidad.

—Una realidad demasiado dolorosa.

—Si pudiera borrar todo lo malo que te ha pasado, no dudes que lo haría, pero no sé si con eso provocaría no conocerte, algo que me dolería más de lo que piensas.

Ya no puede mantener más rato una conversación y sus ojos me dicen que el deseo es tan o más grande que el mío, por lo que antes de que intente hacer algo me tiro a sus brazos. Huele tan bien a grosella y a manzana roja que no

me hace falta mucho más para empezar a excitarme. Jake me tumba en la cama con suavidad y besa mi boca con esa pasión que el momento precisa, mientras yo dejo atrás las dudas y los miedos por lo que mi madre pueda pensar.

Nunca me he sentido tan cómoda en mi cama. Sus manos me quitan la ropa con mucha delicadeza, a la vez que comienza a besar cada centímetro de mi piel. No puedo evitar sentir un pequeño pudor por lo que estoy viviendo. Jake se para en las dos estrellas y les da un pequeño mordisco antes de besarlas con malicia. Recuerdo como noté que le gustaban los dos tatuajes uno de los primeros días. Cada caricia y cada beso me hacen sentir algo diferente y yo solo espero que él sienta lo mismo cada vez que yo lo hago. No sé cuánto tiempo pasamos jugando el uno con el otro hasta que siento como entra dentro de mí poco a poco. Cuando hablaban de sexo, las chicas en San Francisco decían que la primera vez sientes dolor, pero para mí ha sido todo lo contrario. Con cada movimiento suyo tengo ganas de explotar de placer y saber que para él yo también soy la primera me hace sentir todavía más deseada. Jake acelera a cada segundo y yo no puedo aguantar más y exploto con un pequeño quejido de placer. Jake va parando poco a poco y se queda apoyado en mi pecho mientras intentamos recuperar el aliento.

Nunca pensé que sentiría algo tan fuerte por alguien del sexo contrario después de lo que viví con mi padre. Gracias a él mis sentimientos hacia los hombres habían quedado bloqueados por completo y no tenía intención alguna de enamorarme en la vida y mucho menos fijarme en un chico como él; pero el destino ha querido poner a Jake en mi vida y ahora no puedo ser más feliz.

—¿Estás bien? —me pregunta a la vez que pone su cabeza en la almohada y me abraza con especial cuidado.

—Me imagino que igual que tú.

—Entonces, nunca has estado mejor en toda tu vida. —Me besa la cabeza y acaricia mi brazo.

—Me gustaría que nos quedásemos en este instante para siempre y no tener que pensar en lo que será de nosotros.

—Somos marido y mujer. —Sonrío al escuchar tal fantasía—. Aunque tengan que pasar diez años para que lo nuestro no sea un peligro para la relación de nuestros padres, estoy convencido de que ellos lo terminarán entendiendo.

—¡Ojalá! —Meto la cabeza en su pecho más si cabe.

—Estoy seguro de ello.

La conversación se termina porque Jake decide comenzar a besarme de nuevo de forma intensa, yo me dejo llevar por sus caricias y volvemos a hacerlo con más intensidad aún que en la primera vez.



## Capítulo 13

### Jake

Este ha sido el mejor fin de semana de mi vida. Ninguna de las fiestas a las que he ido ni el mejor de los regalos ni el mejor coche que haya conducido se parece a lo que siento. Voy hacia mi casa con una sensación de plenitud que nunca había sentido. Ese vacío que había anidado en el interior de mi alma por culpa de algo que no lograba comprender ha dejado de existir. Hoy es el día en el que todo me da igual, no quiero saber qué pasará en cuanto todo el mundo se entere de lo nuestro y más viviendo en la misma casa. Estos dos días no hemos pensado en nada más que en nosotros. Puede que, al principio, ese pequeño remordimiento se cruzara por nuestras cabezas, pero todo ha quedado eliminado con cada beso y cada caricia.

Hemos hablado de todo lo que se nos ha pasado por la cabeza a la vez que comíamos pizza y nos bañábamos en la piscina. El personal de la casa aparecía de vez en cuando para saber si se podían llevar algún plato o, más bien, para saber lo que pasaba para luego contárselo a Susan. De todas formas, Ane se ha encargado de decirles que no pueden contar nada de lo que ha pasado en esa casa o se inventará algo para conseguir despedirlos. Ella me ha sacado más información de la que cabía esperar, pero Ane no se ha quedado atrás a la hora de contar todos sus secretos y eso hace que me sienta más cerca de ella.

Al salir de su casa después de estos días tan intensos, me he topado con Peter, que se ha quedado más que sorprendido al encontrarme allí. Su expresión se ha ensombrecido dejándome una mala sensación en el cuerpo. Yo no he podido hacer otra cosa que sonreír. Ella es mía y Peter no va a poder

separarnos. Conduzco hacia el garaje antes de ir a casa y que mi padre me pregunte cómo ha ido el fin de semana y tenga que inventarme algo que luego no vaya a recordar. Enciendo un cigarro a la vez que escucho los comentarios de Kurt y Paul sobre el Mustang del 67 que están preparando para la carrera en la que competiré contra Peter.

—¿Tú también has notado que Jake está cambiado? —Doy un paso y me paro antes de entrar. Me interesa saber qué piensan sobre mí—. Ya no le interesa tanto este proyecto.

—Se rumorea que lo han pillado.

—¡Jake! —grita Kurt sorprendido—. Él no es de esos, lleva mucho tiempo jugando con una y con otra.

—Bueno, lleva tiempo con Zoe, ¿no? —Noto un tono de desaprobación en la voz de Paul.

—Por lo que dice Ron, eso siempre ha sido una forma de que otras chicas no se acerquen a él, aunque nunca le ha funcionado. —Comienzan a carcajearse al unísono—. ¡Maldito cabrón!

—Os las cedo a todas. —Entro harto de tanto comentario—. Esas solo quieren alardear por estar conmigo.

—Será que no te lo has pasado bien con todas ellas. —Se miran los dos—. Eres afortunado, digas lo que digas.

—No puedo renegar de la genética, es una de las pocas cosas que me ha dejado mi madre.

Los dos asienten con la cabeza y yo me acerco al coche para mirar el motor. Parece que los chicos están haciendo un buen trabajo y a mi mente solo acude la satisfacción que voy a tener al ganar a ese que ahora está en la casa en la que he pasado todo el fin de semana. Tengo unas ganas increíbles de que pasen esos siete malditos días y comenzar a meter las maletas en su casa. ¿Cómo se lo tomará la gente? ¿Qué pensarán al saber que vivimos juntos? No puedo evitar reírme al saber que nuestros dormitorios van a estar separados

por una pared. Sin embargo, saber que va a estar tan cerca sin poder tocarla va a ser una gran agonía. Aunque sea de madrugada me voy a escapar a su cama.

—¿Se puede saber en qué coño piensas?! —Ron me da un pequeño golpe en la cabeza y vuelvo a la realidad—. Hace ya un rato que he entrado y no me contestas.

—¡Déjame!

—Ah, bueno... —susurra el muy capullo—. No hace falta que me digas más.

—Lo mismo digo, ¿no?

—¡Calla!

Mira a todos lados para ver si Kurt y Paul, que tienen las cabezas metidas en el motor, han escuchado algo. En vez de sentarse a mi lado, decide empezar a recoger algo que ni siquiera sabe lo que es, de lo nervioso que se ha puesto. Decido aportar también algo a todo este proceso de cambio en el coche, ya que con el tema de Ane lo he dejado todo de lado.

La noche se echa encima y por fin nos hemos quedado solos Ron y yo. Hemos puesto una excusa de lo más absurda para quedarnos a solas y saber qué tal le ha ido a cada uno.

—¿Qué tal con Mika?

—¿En serio vamos a tener una conversación... de chicas?

—Vale, mejor me voy a casa, mi padre...

—Es una chica increíble. —Abre la nevera y me ofrece una cerveza—. Nunca pensé cómo se podía sentir alguien con las tonterías que hemos hecho toda nuestra vida.

—Te refieres a las burlas que te has dedicado a hacer a todo el que pensabas que era un friqui o que solo te apetecía molestarlo por diversión.

—Soy una mierda. —Le da una gran calada al cigarro y se bebe la cerveza de un trago—. No te haces idea de lo sensible que es Mika, la forma en la que

me ha contado cómo ha superado todo lo que le han hecho estos años, y en sus palabras no encontrarás ni un ápice de rencor.

—Siempre te lo he dicho y tú no me hacías caso. Ahora mírate, embobado con la que menos te pensabas.

—¿Sabes una cosa? Por primera vez en toda mi vida no me he atrevido a darle un beso.

Intento aguantar la risa, pero no puedo. Una carcajada sale de mi boca con tanta fuerza que me lanza un puñetazo que esquivo por muy poco y se va a por otra cerveza a la nevera. Es tan extraño ver así a alguien que nunca ha dudado en hacer lo que sea con cualquier chica; me veo reflejado en él, con la vulnerabilidad que estar enamorado provoca.

—Y tu fin de semana, ¿cómo se resume?

—Perfecto.

—No sé por qué te lo pregunto, te odio tanto. —Reímos a carcajadas hasta que él deja de hacerlo pensativo—. Solo espero que hayas disfrutado mucho de ello, porque puede que ayer no la besara sabiendo que pronto lo haré, pero tú vas a sufrir mucho hasta que tengas unos días así de nuevo.

—¿Alguna vez te he dicho que eres el peor amigo del mundo?

—Lo que quieras, pero sabes que tengo razón.

Los dos nos quedamos pensativos y sin mediar palabra durante un buen rato, hasta que nos decidimos a salir del garaje hacia mi coche. Durante el trayecto hablamos sobre la carrera y la posibilidad de ganarla, porque el tema de las chicas no queremos volver a nombrarlo en un buen tiempo.

Llegar a casa y ver a tu padre en el sofá no es buena señal. Sé que me va a tocar escuchar todo lo que ha hecho con Susan y, cuando me pregunte por Ane, espero que no note nada. Sin embargo, solo me saluda de mal humor y yo decido irme al dormitorio. Cuando mi padre no tiene el día es mejor dejar que se le pase, de lo contrario estoy convencido de que la culpa de algo la tengo yo.

Me tumbo en la cama y no me quedo tranquilo; prefiero llamar a Ane, no

sea que ya se haya enterado de lo nuestro y entre en mi dormitorio como un elefante en una cacharrería.

—Mi madre está igual —dice nada más descolgar.

—¿Cómo sabías que te iba a decir eso?

—Los he escuchado discutir desde la piscina. Me apetecía darme un baño y recordar lo que ha pasado en ella.

—No dudes que volvería a meterme en ella ahora mismo. Pero ¿qué ha pasado? —Quiero saber a qué atenerme.

—Por lo poco que he podido escuchar, tu padre le echaba en cara que no pensaba que hubiera estado con tantos hombres, no te digo que hasta la ha insultado.

—Me lo creo, tiene un pronto muy malo, pero luego se le pasa y lo más seguro es que esta madrugada esté allí pidiendo perdón.

—¿Tú que tal estas? —Noto la felicidad en su voz.

—Me imagino que igual que tú, con la excepción de que me mata saber que Peter está tan cerca de ti.

—¡Uf! Calla. Ha entrado en casa de muy malas formas y no entiendo el motivo. Ha cogido una botella de *whisky* y lleva toda la tarde encerrado en su dormitorio.

—Ten mucho cuidado, no te puedes fiar de los borrachos. —Me empiezo a poner nervioso.

—Si te soy sincera, hoy me he dado cuenta de que tengo ganas de que se marche a su casa. Sé que puede sonar egoísta, pero hay algo en lo que ha contado que no me termina de encajar.

—¿Qué piensas? —Abro la ventana y enciendo un cigarro. Solo tengo ganas de sacarla de allí, tengo un mal presentimiento.

—Lo conozco bien, son tonterías, mejor mañana nos vemos.

—¿Te paso a buscar?

—Prefiero ir en moto, no tengo ganas de darle explicaciones a nadie.

Yo, en cambio, quiero gritarle a todo el mundo que la quiero, sobre todo a

ella; pero no lo he hecho en todo el fin de semana y no considero que lo deba hacer por teléfono la primera vez. A ver, se deduce que, si estoy enamorado de ella, la quiero, pero no es lo mismo que expresarlo.

Me despierto con la sensación de no haber descansado. Me he pasado la noche inquieto, algo dentro de mí me dice que hoy no va a ser un buen día. Estoy convencido de que es por el mal humor de mi padre y lo que me va a tocar aguantar, aunque tiene que ser otra cosa la que me tiene así. Dudo mucho que sea que hoy me voy a encontrar con Ane en el instituto y no voy a poder acercarme a ella como quiero. Tengo ganas de llamarla, decirle que la paso a buscar con el coche y que me da igual lo que diga la gente. Cojo el móvil y veo un mensaje suyo que me dice que ya ha salido y un corazón palpitando, y no puedo evitar reírme como el adolescente enamorado que soy.

—¡Me voy! —grito casi en la puerta.

—¡Jake! —Mierda, ese grito no me ha gustado nada—. ¿Dónde has estado este fin de semana?

—Por ahí con Ron —miento.

—Susan me ha dicho esta noche que has estado con tu hermana.

—Solo un rato. —Se me corta la voz.

—A partir de ahora tienes que cuidar de ella y no ser un capullo como lo he sido yo estos días.

—¿A qué te refieres?

—Si ella quiere estar con Peter y ves que llora...

—Lo mato —le interrumpo.

—Perfecto, veo que has cogido bien el rol de hermano.

—Tengo clase, otro día hablamos de ello.

Salgo por la puerta con la rabia metida en las venas. ¿De dónde ha sacado mi padre que Ane quiere estar con Peter? Estoy convencido de que Susan ha hablado sobre ello este fin de semana. Me ha faltado muy poco para decirle a mi padre que se olvide del tal Peter y que su hermano es en realidad su novio.

Ya en el coche, enciendo un cigarro y bajo la ventanilla para que el aire me refresque y baje la intensidad del mal humor que mi padre me ha provocado.

Ya en el instituto me quedo en la puerta con Ron, como siempre. Me estoy dando cuenta de que me cansa y mucho que las chicas miren cada movimiento que hago, por lo que he decidido no saludarlas de forma tan amable como siempre hacía. Puede que hoy se me haya cruzado un cable, pero prefiero quedarme mirando a Ron dar las últimas caladas al cigarro antes de entrar.

—¿Esa no es tu...?

—¡Calla!

Giro la cabeza para mirar si es verdad lo que dice, veo su moto con un cuerpo perfecto encima y no puedo evitar fruncir el ceño al ver que no lleva el casco puesto. Pinto en mis labios una sonrisa de idiota hasta que me quedo en *shock* al ver como su cuerpo sale volando al ser arrollada por un Chevrolet que sin pensarlo dos veces se da a la fuga. ¡No! ¡Ella, no! Salgo corriendo y no tardo ni veinte segundos en llegar a su lado. Todo el mundo está a su alrededor, pero me abro camino entre todos ellos. Tengo ganas de cogerla entre mis brazos y llevarla a algún sitio donde me la devuelvan igual que este fin de semana. Grito su nombre una y otra vez, pido una ambulancia, no se me ocurre nada más que pueda hacer por su bienestar que quedarme a su lado hasta que venga alguien que la pueda ayudar. Verla allí tirada me parte el alma y, sin quererlo, noto como las lágrimas caen por mis mejillas. «¡No puedo perderte ahora que acabo de encontrarte!», grito en mi cabeza una y otra vez.

Los minutos pasan como si fueran horas y no puedo dejar de mirar su cuerpo allí tirado. Su cara ensangrentada me parte el alma en dos y el corazón se me acelera al escuchar el sonido de la ambulancia. Todo el mundo deja paso a dos chicos que me parecen muy jóvenes como para ser tan profesionales para tratarla, pero no tengo opción. Mientras la ponen encima de una camilla para subirla a la ambulancia me retiro por un segundo y veo como Abi y Mika están llorando desconsoladamente. El rostro de cada uno de mis

compañeros de instituto está desencajado y a mi mente solo viene el recuerdo de ella tirada en el suelo.

—¿Alguien la va a acompañar?

—¡Yo! —gritamos Abi, Mika y yo al unísono.

—Solo puede venir uno, ¡rápido!

—Voy yo, soy su hermano.

—¿¿Qué?! —escucho decir a Zoe.

En ese momento, no me importa en absoluto lo que la gente piense ni que el rumor corra por el instituto por lo que acabo de decir. Su rostro no me muestra la sonrisa de la que me he enamorado. «¡Sonríe! ¡Mírame!», grito una y otra vez dentro de mi cabeza con la esperanza de que esa conexión que mi madre quiso para nosotros funcione. Sin embargo, todo es en vano. La temperatura de mi cuerpo ha bajado tan rápido que siento frío, aunque ya estemos en otoño; en cambio, ella tiene la mano caliente, que no suelto en todo el trayecto. El camino hasta el hospital se me hace eterno y, en un instante de lucidez, llamo a mi padre para contarle lo que ha sucedido. No soy capaz de dejar de llorar ni siquiera un segundo por la impotencia de no poder hacer nada para que esos ojos vuelvan a mirarme como hace solo unas horas.



## Capítulo 14

### Ane

Intento mover el brazo y no puedo. Me siento cansada y dolorida a la vez que algún tipo de angustia presiona mi pecho. Oigo a mi izquierda el pitido de una máquina y no recuerdo haber puesto nada parecido en mi dormitorio. Abro los ojos, que siento pesados, y la mirada de mi madre es lo primero que me encuentro. Se nota que está cansada y, de repente, noto que empieza a sonreír y a llorar desconsolada.

—¡Hija! ¡Ane! ¡Cariño! —Me asusta la forma con la que lo dice.

—¿Qué pasa, mamá? —Miro a mi alrededor—. ¿Dónde estoy?

—En el hospital. —Frunzo el ceño—. ¿No te acuerdas de lo que ha pasado?

—No... ¿Tuve un accidente?

—Llevas dos meses en coma. —Comienzo a asustarme al escuchar eso—. No te haces ni idea de lo que he sufrido por ti.

Llaman a la puerta y entra un hombre con un chico muy joven y no puedo evitar ruborizarme al verlo. ¿Puede existir un enfermero tan guapo? Sí, y lo mejor de todo es que me ha tocado a mí. Me quedo en silencio esperando a que digan algo porque me he despertado, según mi madre, de un coma de más de dos meses, pero se quedan los dos mirando y sonriendo. Mi cara tiene que ser un poema; no entiendo la situación a la vez que oigo a mi madre llorar. Después de unos segundos, mi madre abraza al hombre mayor, que le responde con un beso en la cabeza. Al mismo tiempo, el que yo pensaba que era un enfermero se tira a mis brazos y yo no reacciono, no sé quiénes son esas dos personas.

—Mamá —musito y al ver que no contesta insisto—: ¡Mamá!

—Dime, cariño. Ya hemos llamado al médico para que venga.

—¿Qué tal estás? —Oigo el tono de voz dulce de aquel chico tan guapo y yo solo puedo agobiarme, más si cabe, a cada segundo que pasa por su cercanía—. ¿Te duele algo?

—No, solo quiero un poco de agua, mamá.

—Yo te lo traigo, Ane.

Antes de que pueda responder se marcha corriendo de la habitación a por un botellín de agua. Sé que mi madre me conoce lo suficiente para saber que no estoy del todo bien. Se sienta a mi lado en la cama y asiente con la cabeza, pero yo le contesto de forma negativa.

—Michael, por favor. ¿Puedes volver a llamar al médico?

—Pero...

—Necesito que vayas a llamarlo y cierres la puerta cuando te vayas.

Gira la cabeza y sé que le ha puesto esa mirada de asesina que nadie quiere ver en una madre. Él asiente con la cabeza y abre la puerta; el chico guapo está a punto de entrar, pero no le deja. Solo le oigo protestar detrás de ella y noto como una lágrima cae por mi mejilla.

—¿Qué te pasa, hija?

—¿Quiénes...?

—Todos fuera de la habitación, tenemos que examinar a la paciente. — Ahora sí que entran dos chicos con una bata blanca—. ¿Cómo te encuentras?

—Yo me quedo —escucho decir a mi madre a la vez que la apartan de mi lado—. No quiero dejar a mi hija sola ahora que se acaba de despertar.

Miro al médico, que me sonrío con dulzura, y me siento algo más tranquila. Después de una breve discusión con su acompañante, deciden que puede quedarse junto a la puerta.

—Me duele todo el cuerpo.

—Es normal, has tenido un accidente con la moto y el golpe ha sido muy grande, no llevabas casco.

—¡De eso tenemos que hablar tú y yo, señorita!

—Señora Sikaron...

—Susan —le interrumpe—, solo Susan.

—¡Déjeme trabajar! —espeta y prosigue examinando mi cuerpo—. ¿Te duele algo?

—Casi todo el cuerpo, me siento muy débil y tengo mucha sed.

—De eso nos ocupamos ahora.

Pasa unos minutos mirando minuciosamente mis extremidades, moviéndolas de un lado a otro, y yo me dejo llevar, sin dejar de pensar en el accidente que no recuerdo haber sufrido, hasta que termina; y, después de responder cada pregunta, recoge sus informes.

—Mamá, ¿nos puedes dejar solos?

—¿Qué te pasa? —Mi madre se altera al mandarle salir—. No me pienso apartar de tu lado.

—Necesito hablar con el médico a solas, por favor.

Creo que mi expresión le deja muy claro que necesito que salga del dormitorio. No es fácil despertar y tener esta sensación. Él es el único que me puede explicar el motivo por el cual no recuerdo a los que al parecer son mi padre y mi hermano.

—¿Te sucede algo?

—Hay dos personas fuera del dormitorio.

—Han estado durante todos estos meses aquí contigo. Sobre todo, Jake no se ha movido de tu lado.

—Jake. —Me quedo pensativa—. ¿Y ese es...?

—Tu hermano, si no he entendido mal. —De nuevo se acerca a mí con una pequeña linterna y me abre los ojos para mirarme—. ¿No lo recuerdas?

—No, ni a mi padre tampoco.

—Michael no es tu padre, ¿tampoco te acuerdas de él?

—Me estoy agobiando un poco. —La respiración se me acelera y solo tengo ganas de llorar—. ¿Qué me pasa?

—No te preocupes, vamos a hacerte unas pruebas.

Acaricia mi rostro y de nuevo empiezo a llorar. Los oigo hablar antes de salir y yo me quedo con una sensación muy extraña en el pecho. Entran en la habitación Jake y Michael y veo como me miran, pero me siento fatal al no recordarlos. Así que prefiero cerrar los ojos y solo espero dormirme pronto y, al despertar, que todo sea como se supone que tiene que ser.

Un olor a grosella y manzana roja me hace sonreír. Es un olor que se me hace muy familiar y siento una enorme felicidad al olerlo. Abro los ojos y Jake está sentado a mi lado en la cama y tiene mi mano agarrada con suavidad. Es tan absurdo que sienta como se estremecen todas las partes de mi cuerpo al mirarlo a los ojos. No me puedo creer que alguien tan guapo sea mi hermano y menos que me provoque una sensación tan extraña que no sé descifrar.

—Ane, ¿estás bien? ¿Quieres que llame al médico?

—No, solo me apetece estar en silencio.

—No sabes cuánto te he echado de menos y, ahora, volver a escuchar tu voz...

—¿Eres mayor que yo? —Prefiero ser directa.

—Nacimos el mismo día y vamos a la misma clase, no sé por qué me preguntas esas cosas.

—Yo...

—¡Ane! ¡Ane! —Mis amigas entran como locas en la habitación—. Por fin estás despierta.

—Chicas, tranquilas. Acaba de despertar.

Me abrazo a ellas con la fuerza que el momento me permite. Jake conoce a mis amigas y además nacimos el mismo día. ¿Somos mellizos? Creo que es mejor no pensar en ello. En cuanto tenga fuerzas hablaré con todos sobre lo que me sucede, pero dicen que los hermanos que han compartido la tripa de su madre sienten una conexión especial, por lo que me imagino que será eso.

—¿Nos puedes dejar solas, por favor?

—Sí. —Se levanta nervioso y noto que está desconcertado—. Estaré fuera por si me necesitas.

—Mi madre me dijo que volvería por la noche, si quieres te puedes marchar. —No me siento cómoda sabiendo que está fuera—. Mañana nos vemos.

—Pero...

—Jake, es lo mejor.

Mika lo interrumpe y yo solo puedo sentirme aliviada al ver que sale sin poner objeción, pero con expresión triste. Una punzada en el pecho me dice que no me siento bien al haberlo echado de esta forma. Sin embargo, en este instante mis amigas son más importantes para mí que mi hermano.

—Es tan mono... —Abi lo mira con dulzura—. No se ha movido de aquí en todo este tiempo.

—¿Te gusta? —Le pregunto sin pensar.

—¡Ane! Estoy con Alan, ¿o es que no lo recuerdas?

—Alan, sí, claro —miento.

—No nos engañemos —dice Mika a la vez que se sienta a un lado de la cama—, Jake es el chico más guapo del instituto... que yo conozca.

—Pero... —Sé que no se va a quedar solo ahí.

—Muchas preferimos admirarlo de lejos y que nos gusten otros como Ron.

—¿Estás con él?

—¿Se puede saber qué te pasa? —Abi ya no puede aguantar más y me pregunta sin tapujos. Mi expresión debe de hablar por sí sola y delatar mi amnesia.

—Me acabo de despertar, chicas. Estoy un poco aturdida y, si no recuerdo mal, antes de lo que me ha pasado no estaban las cosas del todo bien.

Las dos se miran y asienten con la cabeza. Yo, en cambio, me siento fatal al mentir de esa forma a la gente que quiero, pero como no sé lo que me pasa prefiero mantenerme callada.

El médico entra e interrumpe las historias que las dos cuentan sin parar. En parte, lo agradezco. Entre las dos me están provocando un gran dolor de cabeza, no por nada sino porque estoy pensando en lo que me sucede. Una vez a solas con el médico, me dice que todas las pruebas que me iban a realizar han salido bien. Le insisto en que, desde que me he despertado, me he olvidado de todos los chicos que conocía. ¿Eso puede ser? ¡Igual tengo novio! No, mis amigas me lo hubieran dicho. Alan, Ron, Jake... Eso es lo que me pone muy nerviosa. No sé quiénes son ninguno de ellos, pero lo que más me preocupa es lo que me hace sentir Jake cuando está a mi lado.

Paso dos semanas en el hospital entre prueba y prueba. La habitación que nada más despertar parecía tan grande, se ha vuelto pequeña durante este tiempo. Por las ventanas entra mucha luz que se refleja en el blanco de las paredes y toda esa luminosidad ayuda para que la buena energía de todo el que pasa por aquí se me contagie. Aparentemente, todos los resultados son correctos y el día que me den el alta está al llegar. Los nervios se apoderan de mí y noto como está a punto de darme un pequeño ataque de ansiedad. ¿Cómo voy a salir de aquí? Por un lado, tengo ganas de llegar a mi casa, pero encontrarme con gente que sabe mucho de mí y yo no sé ni cómo se llaman me agobia bastante.

—¿Cómo te encuentras? —me dice el médico con voz dulce—. Mañana te marchas a tu casa.

—¡Ya! —Me sale demasiado alto y sonrío—. Tengo miedo.

—Es normal, pero no te preocupes, que hoy por la tarde vas a ir a hablar con la psicóloga.

—¿Estoy loca? —Tengo muchas ganas de llorar y no sé si puedo reprimirme—. No entiendo por qué no puedo acordarme de los chicos.

—A raíz del golpe —se sienta a mi lado y me agarra la mano con dulzura—, mucho más grave por no llevar casco, has sufrido un *shock* que ha provocado una amnesia temporal. La doctora Chai te lo explicará mejor.

—Dijo mi madre que vendría, ¿verdad?

—Sí, pero Jake ya está fuera, como todos los días. —Pongo los ojos en blanco—. Tienes un hermano que vale su peso en oro. Casi podría decir que, desde que te trajeron aquí, ha pasado más tiempo que yo en el hospital.

—No es mi...

—Es tu hermanastro, pero se comporta como el mejor de los hermanos...

—Agarra la manilla de la puerta a la vez que ríe antes de decir lo que piensa

—: O está enamorado de ti.

Abre la puerta después de soltar esa frase que a él le hace tanta gracia y a mí me provoca una pequeña parada cardíaca. ¿Enamorado de su hermana? Me tumbo en la cama y me doy cuenta de que es un título muy bueno para una novela, pero no para la situación en la que yo me encuentro. Con la mente ocupada en lo que me ha dicho el médico, me quedo dormida y me despierto al notar como acarician mi cara.

—¡Perdón! —Jake se levanta de la cama y da un paso atrás—. Te veías muy guapa.

—Gracias, tú también eres muy guapo. —Me sorprendo al escuchar tales palabras saliendo de mi boca—. Lo siento, no quería ser indiscreta.

—¿Qué tal te encuentras? —Cambia de tema y lo agradezco—. Me ha dicho el médico que mañana te vienes a casa.

—Sí, tengo ganas de volver a mi dormitorio.

—¿Te acuerdas de él?

—Me acuerdo de todo, menos de...

—De nosotros —me interrumpe y agacha la cabeza para mirar al suelo—. No pasa nada, estoy seguro de que te acordarás.

—Luego voy a hablar con la psicóloga, me imagino que algo me aclarará.

—Estoy convencido de que no tendrás problemas, nosotros estaremos aquí para lo que necesites.

Me sonrojo al verlo tan efusivo. Me gusta tenerlo a mi lado, me siento protegida y a la vez insegura por tantas cosas que no sé ni cómo expresarlo.

Sus ojos me transmiten ternura y un cosquilleo en el estómago que mi hermano no me debería de provocar.

—Tengo ganas de descansar antes de ir al psicólogo —miento.

—No tienes nada más que decir. —Se levanta y me da un beso en la comisura de los labios—. Mañana nos vemos.

—Va-vale.

Me guiña un ojo y sale de la habitación con una gran sonrisa en sus labios. Yo, en cambio, me quedo paralizada por el olor tan agradable de su colonia y ese beso que me ha hecho sentir algo muy especial. ¡Todo esto es demasiado raro! Me muevo despacio para taparme la cabeza con la almohada. Su presencia me descoloca y necesito saber el motivo. Tengo claro que, si es mi hermano, aunque sea de mentira, hemos tenido una relación muy estrecha y es por eso por lo que me siento tan bien a su lado. A pesar de que mi cabeza tenga alguna idea rara que voy a borrar desde ahora mismo.

Estoy esperando a que llegue la hora de hablar con la psicóloga. Tengo ganas de saber lo que opina de esta amnesia que me tiene tan angustiada. Mientras tanto, hago los ejercicios con las piernas que me ha mandado el fisioterapeuta para volver a tonificarlas. Por suerte tengo piscina en casa y puedo trabajar mucho mejor todo lo que me ha enseñado. Una vez aburrida de ello, cojo el móvil y leo un mensaje de Jake que me manda una foto de mi dormitorio con un ramo de rosas blancas y un texto: «Te estamos esperando». De forma sistemática, el corazón se me paraliza y mis mejillas se sonrojan. ¿Qué quiere decir con esto? ¡Basta! Tengo que dejar de pensar en Jake como algo más que mi hermano.

Por suerte, para terminar con este instante de pánico, entra la psicóloga por la puerta y cierro el móvil de tal forma, que parece como si me hubiera pillado mi madre haciendo algo que no debo.

—¿Todo bien, Ane? —Se sienta en la butaca que está junto a mi cama y algo me dice que sabe algo.



—Sí, con ganas de irme a casa. —Su rostro pálido, con unas gafas grandes de pasta color negro, me tranquiliza.

—Sé que te preocupa no acordarte de todo el género masculino que está a tu alrededor.

—Veo que ya te han comentado algo, doctora Chai.

—Por lo que sé, a causa del golpe tienes una amnesia temporal y selectiva y estoy segura de que por algo en concreto tu mente ha decidido olvidar esa parte que conoces.

—¡Yo no quiero esto! —Entro en pánico, ya que yo no lo he pedido—. ¿Cómo puedo volver atrás?

—Con el tiempo todo volverá a su lugar, en ningún caso creo que te vayas a quedar así.

—¿Estás segura?

—Sí.

Saber que la doctora Chai habla con tanta seguridad me calma. Ella me hace muchas preguntas y yo, sin dudarlo, las contesto todas, aunque tengo claro que de una persona no estoy dispuesta a hablar. No es que tenga miedo de las respuestas que le puedo dar, más bien me aterra conocer algo nuevo al contestarle que pueda escapar de mi control y no estoy dispuesta a ello.

Una vez ha terminado mi sesión con ella me he quedado algo más tranquila, pero saber que me voy a casa me pone nerviosa a la vez que contenta. Encontrarme en el lugar donde he vivido durante tanto tiempo y saber que hay una parte de mí que he olvidado no me gusta nada y me hace sentir insegura. Por otro lado, estoy ansiosa por meterme en mi cama, bañarme en la piscina, aunque solo sea para hacer la rehabilitación, y, sobre todas las cosas, comer en casa. Ya he perdido la cuenta de los días que llevo aquí metida desde que me desperté, pero me he cansado de la comida de hospital. Nunca sabré el motivo por el cual tiene que ser tan mala. No tiene que ser muy difícil hacer una comida algo más sabrosa para alguien que acaba de despertar de un coma,

como es mi caso, o para un paciente que lleva aquí tres días por una infección atípica.

Mis amigas me habían dicho que hoy vendrían a verme. Miro la hora y me da la sensación de que se les ha olvidado. ¿Qué estarán haciendo? Seguro que han quedado con ese tal Alan y el tal Ron, que por lo que parece son los chicos maravilla por excelencia. Estoy convencida de que solo me han contado las cosas buenas. Cuando llegue a casa y estemos en la piscina, las interrogaré con ganas, y no les quedará más opción que soltar todos los trapos sucios que sus novios se traen entre manos.

## Capítulo 15

### Jake

Hoy es el día. «¡Sí! ¡Por fin!», me grito una y otra vez en la cabeza. Estoy más que harto de ese maldito hospital, no sé las horas que he podido pasar allí, en ese asiento de mala muerte, con el único propósito de que al despertar me viera a mí primero. Pero no, claro. Tenía que tener examen de Matemáticas al día siguiente y me la estaba jugando demasiado. No me lo podía creer cuando me llamó mi padre para decirme que Ane se había despertado. La emoción se juntó con la rabia y la alegría. Un cóctel bastante explosivo para un adolescente que ha descubierto el amor en la persona que menos esperaba y, además, cuyo noviazgo ha durado apenas unos días.

Camino de un lado a otro de mi dormitorio. Ahora está pegado al de ella y la emoción me embarga y la tristeza me puede. Que no se acuerde del perro de su padre lo puedo entender, pero de mí... Eso sí que se lo voy a recordar hasta la saciedad. No tengo ni idea de cómo recobraré esa parte de la memoria o si la habrá perdido para siempre, algo que, según los médicos, es muy raro que suceda. Yo lo que tengo claro es que voy a hacer todo lo posible por ayudarla a recordar y si tengo que volver a escribir cada beso que nos dimos lo haré encantado. ¿Qué pasaría si vuelve a recordar y decide que ya no me quiere? ¡No! ¡No! ¡No, y mil veces no! No entiendo la manía que tengo de hacerme esas preguntas que tanto daño me hacen.

Soy el chico más popular de todo el instituto y, desde el accidente de Ane, hay más chicas que antes mirándome de forma especial. A la única conclusión que he llegado es que, al comportarme de una forma tan protectora con Ane, hayan descubierto en mí una faceta que no conocían. Lo peor de todo es que no

saben lo que siento por ella, sí, por eso la llaman «mi hermana» con tanto énfasis. Zoe, en cambio, no me ha preguntado ni una sola vez por ella, y además ha decidido aislarse por completo de todo el mundo. Está todo el día pegada al teléfono y fumando un cigarro detrás de otro, algo que me reprochaba a mí en cada beso que me daba. Yo he intentado acercarme a ella alguna vez, pero al dar un paso decidido hacia ella niega con la cabeza y solo puedo darme la vuelta. Creo que está con algún chico que no es para nada una buena compañía, pero no soy su padre y menos aún tengo tiempo para preocuparme por ella estando Ane en la situación en la que se encontraba.

Escucho las llaves de casa y el corazón comienza a latirme de forma descontrolada. Sin darme cuenta, sumido en mis pensamientos he caminado hasta aparecer en el salón y sigo yendo de un lado a otro del mismo. Parece que mi mente ha decidido salir de las cuatro paredes que forman mi dormitorio —un lugar que es bastante grande, por lo menos dos metros cuadrados más que el de mi casa, y eso ya es decir mucho, con el baño dentro, una pared entera de armario empotrado y grandes ventanales—. Es todo tan absurdo, no darme cuenta de que he salido de allí y que estoy en el salón. No sé qué hacer. ¿Me siento en el sofá? ¿Me quedo aquí parado? ¿Me acerco hasta la puerta? Sin mucho más tiempo para decidir, con la respiración agitada opto por la última opción. Camino hacia el vestíbulo de entrada y las piernas me tiemblan. ¿Recordará al entrar en casa? ¡Tranquilo! Sonrío y la miro fijamente a los ojos. Noto alegría en ellos al mirarme y eso me da un poco de alivio. Consigo calmar mi respiración y, sobre todo, articular alguna palabra:

—Hola, Ane. Bienvenida a casa. —Me acerco despacio hacia ella para darle un beso en la mejilla, pero mi padre se interpone.

—Toma, sube esta bolsa al dormitorio de tu hermana. —Primera puñalada directa al corazón con ese comentario—. No hace falta que la deshagas, ahora se lo digo al servicio.

—¡Papá! —espeto—. Yo respeto la privacidad de las personas.

—Gracias —me dice Ane con un hilo de voz—, por todo.

—Para eso estoy, somos...

—Venga —mi padre me interrumpe de nuevo—. Sube eso de una vez y déjanos pasar, que Ane tiene que descansar.

Asiento con la cabeza y solo puedo pensar lo que me caería de cárcel si mato a mi padre por hacerme pasar esta vergüenza delante de ella. Vale que no sabe nada de lo que tenemos, pero, joder, no me cortes a media frase.

Abro la puerta de su dormitorio y dejo la bolsa encima de la cama. Una cama que no puedo dejar de mirar ni de recordar lo que allí vivimos. Su madre no ha dejado entrar a nadie durante todo el tiempo que Ane ha estado en coma. Solo pasaba ella de vez en cuando a quitar un poco el polvo. Bueno, a la noche, cuando nadie me veía, entraba yo y me tumbaba en su cama. Puede sonar a enfermo, pero he llegado a oler su ropa para recordarla tal como era en vez de ese aroma a hospital del que ya me había hartado.

Bajo de nuevo al salón, quiero verla de nuevo en casa. Tantos días hablando de cómo sería entrar en casa con las maletas y, cuando llegó el momento, se me hizo muy raro hacer la mudanza a esta casa sin que ella estuviera aquí. Sin que cruzáramos miradas furtivas por lo que teníamos en secreto y, sobre todo, sin poder escaparme a su dormitorio para robarle un beso de buenas noches.

—¿Quieres bajar a estar con tu hermana?! —Odio que mi padre me dé órdenes y, a partir de ahora, también odio más que la llame «mi hermana»—. Parece que no te alegras de que haya llegado.

—¡Papá! —grito una vez abajo—. No sé por qué dices esas tonterías, sabes que no me he movido de al lado de la cama de mi hermanastra todo este tiempo.

—Gracias —dice Ane a la vez que gira la cabeza, una vez sentada en el sofá, para mirarme—, ya me han contado que te has comportado con un verdadero hermano, algo que te agradezco mucho.

—Para eso está la familia, ¿no? —Pongo el tono de voz más amable que tengo y ella sonrío con dulzura.

Doy un paso con el firme propósito de sentarme a su lado y poder hablar de lo que le apetezca, pero me suena el móvil.

—Perdón, luego seguimos. —Salgo corriendo hacia mi dormitorio—. ¡Sabías que hoy volvía a casa! ¿Para qué me llamas?

—Madre mía, no pensé que te pondrías tan nervioso al tenerla tan cerca.

—¡Vete a la mierda! —le grito a Ron con todas mis fuerzas—. No hace falta que me digas lo que ya sé.

—¿Ya le has contado lo de Peter?

—Acaba de llegar a casa, ¿qué parte de esa frase no has entendido? Ahora no se lo puedo soltar todo. Además, no sabe ni quién es.

—Es verdad. No sabe que tú eres su novio. —Noto una punzada en el corazón—. No tardará en acordarse.

—Eso espero —musito.

—Kurt y Paul van a estar el fin de semana en el garaje, espero que te pases por allí.

—¿Siguen enfadados?

—Cómo no lo van a estar. —Frunzo el ceño—. Perdiste la maldita carrera por no estar concentrado durante media hora.

—Era muy reciente y...

—A mí no hace falta que me des explicaciones, el problema es que no se las has dado a ellos y, en parte, piensan que lo has hecho a propósito.

—¿Cómo pueden pensar eso? ¡Yo nunca haría algo así!

—¡Eh, tío! No lo pagues conmigo.

—Mejor me voy con Ane... y toda la familia, hasta mañana.

—Nos vemos en clase.

Cuelgo sin decir ni una sola palabra. Quiero a mi mejor amigo más de lo que él se piensa, pero ese mismo cariño se transforma en ganas de estrangularlo en este momento por decirme las cosas tan directas. Puedo entender que mis amigos estén enfadados por no haber ganado la carrera, pero ya les dije que no estaba al cien por cien días antes. Lo bueno es que Peter, que era el que la

organizaba, tampoco la ganó y, por lo que se rumorea, no tenía el dinero para pagar. Parece ser que debía mucho dinero de una carrera anterior, y utilizó el de esta para pagarla. Total, que está de deudas hasta arriba y me puedo hacer una pequeña idea de quién puede ser su víctima.

Dejo de dar vueltas de un lado a otro del dormitorio. No me entretengo más y voy de nuevo hacia el salón, pero ella ya no está. ¿Tanto tiempo he estado hablando por teléfono?

—Quería descansar un rato —me dice Susan desde el sofá—. Siéntate a mi lado, Jake.

—¿Pasa algo? —Intento ser ese chico valiente que aparento, pero cuando la madre de la chica de la que estás enamorado te invita a sentarte a su lado, para nada bueno puede ser—. ¿Ane está bien?

—Solo quiero agradecerte que estuvieras ahí cuando yo no podía. Te has comportado como un verdadero hermano. —Ya estamos con la misma palabra otra vez—. A pesar de conoceros desde hace tan poco.

—Nos llevábamos muy bien antes del accidente y, si vamos a vivir en la misma casa, qué menos que hacer todo lo posible por alguien como ella.

—Claro, porque tú ahora tienes novia, ¿verdad?

—Sí, desde hace un tiempo.

—Claro... Espero que algún día la traigas a casa.

—Es muy tímida, ya lo iremos viendo... —Me levanto nervioso y Susan se da cuenta—. Tengo que estudiar.

—Claro.

¿En serio?! Respiro profundamente después de cerrar la puerta y me apoyo en ella como si de esta forma no pudiera entrar nadie en el dormitorio. ¿A qué ha venido todo eso? Sospecha algo, no me cabe la menor duda, pero ¿hasta dónde sabe? ¡No! Es imposible que se haya dado cuenta de algo. He disimulado durante todo este tiempo muy bien y es lógico que la familia se ayude de esta forma. ¡Vale! Me tumbo en la cama resignado. La madre de Ane lo sabe, sí, sabe que algo me pasa con su hija y, claro, mi hermana... Maldita

palabra. Mi nerviosismo no ha ayudado mucho ahí abajo. Lo mejor es seguir como hasta ahora y estoy seguro de que todo seguirá su curso.

Me despierto con el cuerpo destrozado cuando suena el despertador para ir al instituto. Llevo casi toda la noche mirando la pared que me separa del dormitorio de Ane y pensando en salir de allí y meterme en su cama sin decir nada. Otra de las opciones era tirar esa pared, pero la descarté al momento y supe que era un delirio por el sueño. Eso sí, la primera de las ideas ha estado en mi mente, incluso en sueños.

Estoy desayunando y creo recordar que, al pasar por delante del dormitorio de Ane, me he acercado a su puerta y me ha parecido escuchar que hablaba con alguien. ¿Se habrá acordado de mí? La esperanza es lo último que se pierde y más si llevo no sé cuánto tiempo esperando un beso, un guiño o una caricia suya.

—Buenos días. —Me pongo rígido por inercia al escuchar su voz—. Espero que haya algo de café.

—Ho-hola. —Parezco tonto al no poder hablar con normalidad—. En la cafetera.

—Gracias. ¿Tú no vas tarde al instituto?

—Se me han pegado las sábanas. Perdona, te acuerdas de algo nuevo.

—No, pero he dormido muy bien y he llegado a la conclusión de que todo llegará a su debido tiempo.

—No tienes curiosidad por saber si tenías algo con...

—¡Hija! ¿Qué tal estás?

Me levanto deprisa del asiento y salgo de casa mientras Susan abraza a su hija tan fuerte que oigo los quejidos de Ane desde la puerta de entrada. Antes de salir miro de nuevo para verla y de esa forma confirmar que está por fin en casa. No es que lo dude, pero he soñado tantas veces con ese momento que necesitaba cerciorarme de que era real.



Conducir por las calles de Santa Mónica con esa sensación de vacío dentro del estómago no me gusta nada. Lo peor de todo es que no volveré a casa hasta la noche, porque me voy a pasar por el garaje. No considero que tenga que quedarme sin amigos por un malentendido. Ellos no saben lo que pasa por mi cabeza y, aunque no pueda contárselo, tengo que hacerles entender que no era mi intención perder. Sobre todo, porque ver a Peter me hizo saber que quería ganar sobre todas las cosas.

—¿Qué tal está?

—Más guapa que nunca —musito a Ron—, pero se la ve cansada.

—¿Cómo tiene que ser eso de no acordarse del sexo contrario?

—Para ella no lo tengo claro, pero desde luego que para el resto es muy difícil.

—¿Has probado a contárselo todo?

—No, pero por una simple razón: no me consideraría una buena persona si, por mi egoísmo de que se acuerde de mí, le recuerdo todo lo vivido con su padre.

—¿Era tan malo el señor Sikaron? Mi madre solo cuenta cosas muy buenas de él. Hombre serio, trabajador, comentó que bebía un poco, pero nunca que perdiese el control.

—Nunca vas a ver el cuerpo de Ane, más que nada porque te puedo llegar a matar si me entero... Pero te puedo asegurar que habla por sí solo de ese cabrón. —Saco un cigarro y antes de que pueda encenderlo Zoe se acerca, me lo quita e intenta besarme—. ¡Quita!

—Un beso por un cigarro, antes de que llegara esa zorra te gustaba.

—¡No hables así de ella! Además, te conozco bien para saber que algo estás tramando. —Me levanto y me pongo a mirar de un lado a otro—. Dile que nunca me va a ganar.

—No estás a su altura —dice a la vez que me tira el humo a la cara—, él sabe lo que hace.

—Me alegro, el problema es que nunca sabrás cómo lo hago yo, algo que

sabes que deseas desde que me viste.

—¡Te odio!

—¡Hasta nunca!

Le lanzo un beso al aire, vuelvo a sentarme, saco un cigarro y esta vez es Ron quien me lo enciende. ¿Qué buscaba Peter? No entiendo cómo sabe lo que pasa con Ane, pero, de todas formas, he llegado a la conclusión de que me da igual que todo el mundo lo sepa.

Sentado ante mi mesa en el aula, mientras el profesor de Matemáticas hablaba sobre hipérbolos y exponenciales de algo, solo miro hacia su sitio. Tengo ganas de salir corriendo y volver a casa para verla pasear de un lado a otro. Contarle muchas de las cosas que sé de ella y que de esta forma muestre más interés en mí. Hasta que ha sonado el timbre, no he despertado de todas las fantasías que tengo en la cabeza y me ha costado un poco volver a centrarme. Miro hacia la puerta y me encuentro a Chelsea pegada a mí. Una chica muy guapa, pero bastante menuda y callada, con un regalo en sus manos.

—Sé que mañana es tu cumple y, como no voy a venir, quiero que...

—No puedo aceptarlo, muchas gracias. —Siempre tan educado con chicas como ella y a la vez estoy cansado de lo mismo, pero tampoco quiero ser descortés.

—Lo siento, no es para ti, es para Ane. Dile de mi parte que se mejore, por favor. Que...

Sus mejillas se sonrojan y, sin poder acabar la frase, sale corriendo entre lágrimas. La cuestión es que no sé cuál de los dos tenemos las mejillas más rojas, si ella o yo por estar avergonzado al sentirme tan arrogante delante de una chica como ella. Me quedo pensativo mirando el regalo y sin dejar de buscar la causa por la cual se ha ido llorando. Nunca la he visto acercarse a Ane como para que le afecte tanto lo que le ha ocurrido.

De camino al garaje pienso en como he podido tener la cabeza tan ocupada como para no darme cuenta de que es nuestro cumpleaños. ¡Si es que somos el

uno para el otro! Sonríó a la vez que apago el cigarro en el cenicero del coche y comienzo a darle vueltas a lo que le puedo regalar. En nuestras conversaciones me ha contado todo lo que adora y lo que odia, pero ahora me toca a mí intentar hacerle un regalo tan especial que, aunque no note lo que siento por ella, le pueda traer alguna imagen que le haga recordar.

Apago el motor del coche y muevo la cabeza desconcertado al darme cuenta de que he llegado al garaje. Tengo calor a pesar de ser pleno invierno y me siento nervioso solo de pensar que voy a entrar aquí. Son mis amigos de toda la vida y nunca les he tenido que dar explicaciones de lo que hago o dejo de hacer. Más bien, hace años que vivo mi vida como me da la gana, siempre y cuando cumpla con mis obligaciones. Total, hoy es una de las primeras veces que voy a ser sincero con ellos y contarles lo que siento por una chica. A pesar de ser mis amigos, nunca les he contado intimidades, solo a Ron. Siempre han sabido que tengo a varias chicas detrás y que con Zoe tenía algo; sin embargo, no les he hablado de ninguna de ellas en concreto.

—¿Te estás pensando el entrar? —Como siempre, Ron con sus bromas en el peor momento.

—No, son Paul y Kurt, no tengo nada que pensar.

—Yo, en cambio, me iría a casa corriendo, esto del amor es una mierda.

—¿La primera pelea de enamorados? —Ahora me toca a mí bromear—. No son todo corazones después de un tiempo, ¿verdad?

—Más bien desde que Ane está despierta.

—¿Qué tiene que ver ella? —Su tono no me gusta y me pongo a la defensiva.

—Tenía entradas para el cine y Mika me llama para decirme que no puede, que tiene que estar junto a su amiga en estos momentos.

—¿Le pasa algo?

—Sí, que no tiene memoria y quiere saber cosas de su vida —dice de forma irónica.

—Eso es normal, no seas tan posesivo. —Sonríó.

—¡Perdona! Era una peli de esas de amor que solo ella quería ver.

—Claro.

Lo empujo con el hombro y abro la puerta del garaje donde están Paul y Kurt metidos con la cabeza bajo el capó del coche. Al escucharnos se sorprenden y nos miran, uno con una sonrisa tímida y Paul con las mejillas sonrojadas. Estos cada vez son más raros y tontos.

—¿Qué pasa, chicos? —Ron entra directo a la nevera—. ¿Habéis pensado en salir de aquí un poco y hacer vida social?

—Tenemos vida más allá del garaje y no entiendo el motivo por el cual os lo tendríamos que contar o incluiros en nuestros planes —espeta Kurt—. Vosotros no contáis con nosotros para nada.

—Sentaos aquí y no os pongáis tan a la defensiva, que a final me voy a poner a pensar. —Miro a Ron por lo que acaba de decir y me da la cerveza a la vez que me guiña un ojo—. Creo que alguien tiene algo que contar.

Me siento en el sofá junto a mi mejor amigo y los dos se apoyan en el coche enfrente de mí, cada uno con una cerveza en la mano. Parece que Ron nos quiere emborrachar para que de esta forma hablemos de una forma más distendida de lo que acostumbramos a hacer. Ya sin ningún disimulo me da un codazo en el brazo para que comience a hablar a la vez que saca el móvil. Él se puede hacer el machito, pero juraría que el tema de Mika y el sexo no lo llevan nada bien. Ron es de los que van a por todas en la primera cita, pero me parece que su novia no tiene ninguna intención de hacer lo que él desea y eso lo tiene nervioso o más bien tiene miedo de ser muy brusco con ella.

—Me parece absurdo que estemos enfadados por algo que no os he podido explicar.

—Yo no estoy enfadado, pero sí necesito que me des alguna explicación, como por qué no estabas concentrado el día de la carrera.

—Eso, Paul tiene razón —musita Kurt—, nos imaginamos que no es solo por el tema de tu hermanastra.

—Y dale con la maldita palabrita —espeto a la vez que los dos se

asombran y Ron comienza a carcajearse—. No es mi hermana, es mi novia.

—¿Qué?!

—Esto no lo sabe nadie más que Ron, ella...

—Ane no tiene ni idea de nada —se carcajea Ron de nuevo—, no mientas.

—¡Mejor cállate y déjame seguir con la explicación! Desde que la conocí sabéis que dije que era mi juguete y quería usarla. —Me siento mal al decir algo así—. Pues poco a poco me enamoré de ella.

—¿Desde cuándo estáis juntos? —pregunta Kurt—. No he notado nada.

—Poco antes de la carrera, un mes más o menos, pero luego pasó lo de su accidente nada más... —Mejor omito ese dato, pienso—. Y he esperado todo este tiempo para que se despierte y poder decírselo a todo el mundo y resulta que...

—Se ha olvidado de todo el sexo masculino que conoce —Ron termina la frase por mí mientras me enciendo un cigarro para poder seguir hablando.

—No entiendo el motivo por el cual lo habéis ocultado.

—Paul, tío. Nuestros padres son novios, no nos parecía lo mejor que ellos se enteraran de lo nuestro.

—Menuda chorrada más grande —dice Paul—. Jake, eres el chico más envidiado del instituto..., aún digo más, de cualquier sitio por el que pasas. ¿Y tienes miedo del qué dirán?

—¡Era por nuestros padres! —Me enciendo otro cigarro. Paul ha logrado ponerme nervioso.

—Total, que perdió la carrera por estar enamorado de su hermanastra.

—Tío, no era tan difícil explicarnos las cosas, somos amigos, ¿no te parece que lo entenderíamos?

—Yo qué sé, es la primera vez que me pasa algo así, y más por una chica como ella, yo qué sé. ¡Ya os he dicho lo que me pasa! Ahora pensemos en la próxima carrera, a no ser que alguien más quiera sincerarse.

El silencio posterior se alargó más de lo que pensaba. De Ron me lo puedo esperar, pero Kurt y Paul miran al suelo hasta que los dos se terminan la

cerveza de un trago y vuelven a meter sus cabezas debajo del capó. Me siento mucho más relajado al saber que ya no tengo que fingir con mis amigos. Eso sí, antes de irme del garaje les recuerdo que nada puede salir de su boca o entonces han perdido a su piloto y amigo para siempre.

## Capítulo 16

### Ane

Estar con mis amigas en casa me hace sentir mejor. Escuchar lo que sucede en el instituto, aunque no recuerde a la mayoría de mis compañeros, es un poco raro, pero me divierto imaginándome cómo son. La tarde se ha quedado de lo más soleada y en casa no hay nadie más que nosotras.

—¿Qué te pasa, Mika? —No deja el móvil ni un segundo—. Ron no es el caballero de brillante armadura que pensabas, ¿verdad?

—No sé, me tiene desconcertada. —Suspira—. Me gusta que sea muy masculino y a la vez un trozo de pan, pero que sea condescendiente conmigo y luego me envíe mensajes con reproches cuando no estamos juntos, me está empezando a cansar.

—¿Habéis tenido sexo?

—¡Abi! —grito a la vez que le doy un codazo—. Esas cosas no se preguntan.

—Yo os confirmo que no hace mucho que he dejado de ser virgen. —Aplaude en silencio con las manos—. Ahora entiendo la famosa frase de que lo mejor de discutir es la reconciliación.

—¡Bien! Me alegro de que por fin Alan se haya decidido a dar el paso, Abi.

Me quedo en silencio mientras mis dos amigas se abrazan la una a la otra felicitándose. Muchas preguntas comienzan a venir a mi mente y no puedo retenerlas dentro.

—¿Tengo novio? —Las dos se quedan en silencio al momento—. ¿Me podéis contar algo sobre mí y los chicos, por favor?

—Lo único que sabemos es que conoces a Peter, que ahora está con Zoe, pero estoy segura de que no te gustaba.

—Abi, dile la verdad. —Me pongo nerviosa al escuchar tal reproche.

—¡Esta bien! —espeta—. Sabemos que te gustaba alguien por el que suspirabas muy a menudo, pero no quisiste contárselo a nadie.

—¿En serio? Alguien tiene que saber algo sobre mi vida y los chicos.

—¿Tú sientes algo cuando ves a alguno en concreto o estás como si nada?

Me quedo en silencio, porque no sé cómo contestar a esa pregunta.

—Hablabas mucho con Alan, puede que él sepa algo —dice Abi.

—No he visto a nadie más que a Jake, pero es mi hermano.

—Sí, claro, y me dirás que nada más verlo, sin saber que era algo, no se te cayeron las bragas.

—¿Estás segura de que te gusta Ron? Hablas de Jake como si estuvieras enamorada de él.

—¡Claro! Una no puede tener ojos en la cara y no ser sincera con respecto a lo que tiene delante.

—No es eso —replico—, es cómo lo dices.

—Creo que mi voz desvela lo salida que estoy desde que tengo un novio que después de varios meses juntos me besa como si me fuera a romper.

—¡Nooo! —gritamos Abi y yo al unísono.

—Sí. —Se encoge de hombros con cara triste—. No sé qué le pasa conmigo. Es de lo más amable, amoroso y educado, pero a la hora de la verdad, me besa de forma intensa en momentos puntuales y nos despedimos.

—¿Has pensado en hablarlo con él?

—¿Cómo se habla de esas cosas con un chico que tiene el triple de experiencia que tú? Yo más bien pienso que no le atraigo de esa forma.

—Estás hablando de Ron, ¿verdad? —Abi no sale de su asombro—. Ese chico es de los que te mete primero en la cama y luego pregunta cómo te llamas.

—¡Abi! —le reprocho al ver una lágrima en la mejilla de Mika—. No le



digas esas cosas de su novio. La verdad, me gustaría ayudarte, pero no tengo idea de cómo.

—¡Jake! —grita emocionada como si hubiera esperado decir esa palabra toda la tarde.

—¿Quieres dejar a ese chico en paz de una vez? —Comienza a sentarme mal su gran interés por él y me desconcierto al no saber el motivo.

—Jake es el mejor amigo de Ron, Ane. —Agacho la cabeza avergonzada al escuchar las palabras de Mika—. Intenta sacarle información, por favor. Estoy empezando a dudar de tantas cosas que, a pesar de tener la autoestima muy alta, me estoy viniendo abajo en cada encuentro.

—No te prometo nada. No sé cómo va a reaccionar conmigo, pero lo voy a intentar.

Mika se pone a gritar como una loca hasta que llega Jake y el salón se queda en silencio. Las tres lo miramos de arriba abajo, pero él solo saluda con la mano y corre por las escaleras hacia su dormitorio. ¿Qué le pasa? No me ha parecido que traiga buena cara y es muy descortés por su parte no acercarse a saludar de una forma más amable. Igual ha pensado que molesta y por eso lo ha hecho, pero de todas formas su expresión no era como la de estos días. ¿Habrá discutido con la novia? Las chicas no me han dicho nada de que estuviera con alguien y yo tampoco lo he preguntado, pero estoy segura de que es por eso.

—Nos vamos —dice Mika a la vez que le da un último sorbo al batido de fresa que nos ha preparado el servicio—, estoy segura de que tienes cosas que hacer.

—Mika, no seas tan descarada —se carcajea Abi al darse cuenta de sus intenciones—. Hemos llegado hace poco y a Jake le puede hacer la pregunta en cualquier otro momento.

—Es para que descanse —dice avergonzada.

—Sí, sí. No te das cuenta de que lleva más de dos meses descansando en una maldita cama. Ahora necesita que la pongamos al día de nuestras cosas.

—Entonces empieza a hablar, que todavía no me has dicho nada de ese tal Alan que tan loca te tiene.

Abi agacha la cabeza y no le veo buena cara. Me da la sensación de que algo pasa en esa relación que no quiere que sepamos y me toca sonsacarle esa información. Coge aire con fuerza sin ningún tipo de disimulo y comienza a hablar muy emocionada del grupo de música, de las actuaciones que tienen y lo bien que se lo pasan. A cada frase le da un sorbo al batido de chocolate y su pierna izquierda empieza a moverse con gran rapidez.

—¿Quieres decirnos de una vez qué es lo que sucede? —pregunto con el ceño fruncido.

—Nada.

—Resulta que tú te crees con el derecho de darle consejos y sonsacarle información a Mika, pero no eres capaz de decirnos lo que te pasa. —Me conoce y sabe que me gusta ser sincera y que a veces se me va la mano con la dureza de mi entonación.

—¡Nada! —Empieza a llorar desconsolada—. ¡Soy la peor persona de este mundo!

Mika y yo nos miramos asombradas por esta confesión tan repentina, ya que hace apenas media hora nos hablaba del sexo tan magnífico que había mantenido con su genial novio Alan. Yo me levanto deprisa a por agua y noto un pequeño mareo, pero ahora mi amiga me necesita y pienso que descansaré después.

—Gracias —me dice al darle el vaso—, esto lo tengo que hablar con vosotras o me voy a morir de la pena.

—No será para tanto, amiga. —Mika le da un abrazo—. Pero suéltalo ya, por favor.

—En el último concierto me he besado con Brian. —Vuelve a ponerse a llorar de forma desconsolada.

—¿¿Cómo?! ¿Ha sido cosa tuya? ¿De los dos? ¿En qué momento? ¿Se ha abalanzado y te has dejado llevar?

—Para, Mika. No la agobies más, que nos explique cómo ha sucedido —le reprocho.

—Mientras Alan iba a cobrar y yo recogía el equipo con el resto, me arrinconó contra la furgoneta y me besó.

—¿Cómo reaccionaste? —Mika estaba intrigada con la historia.

—Lo empujé con fuerza y me fui hacia el escenario como si nada hubiera pasado.

—No entiendo por qué te tienes que sentir mal por algo que no es tu culpa.

—Por dos motivos muy claros. —Vuelve a beber agua y prosigue—. Por un lado, si se lo digo a Alan se acabó su amistad con Brian y con ello el grupo. Y, por otro, como no lo ha vuelto a intentar, prefiero dejarlo correr. Lo peor de todo es que... ¡me gustó!

—¿¿Qué?! —decimos las dos al unísono.

—Por ese motivo me siento mal. Quiero mucho a Alan, pero nunca nadie me ha besado como Brian. Lo peor de todo es que no me olvido de ese beso y no sé qué hacer.

—Mi consejo es que lo hables con Alan y que sea lo que tenga que ser, pero ante todo sinceridad.

—¡Me dejará! —Comienza a negar con la cabeza—. Si lo hace creo que me moriré.

—Entonces, ahí tienes la respuesta, no hay más que hablar.

—Mirad —susurra Mika y hace un gesto hacia las escaleras.

Las dos miramos hacia donde nos ha dicho y el estómago me da un vuelco al ver a Jake bajar por ellas con unos pantalones cortos y un torso perfecto desnudo, secándose el pelo con una toalla. ¡Perdona! Mi cerebro entra en *shock* al ver tal perfección viviendo en mi casa. Me sonrojo solo de mirarlo y eso me hace sentir extraña.

—Será mejor que nos vayamos, Mika.

—¿Ahora? —dice a la vez que está boquiabierta mirando a Jake—. Yo creo que nos podemos quedar un ratito más.

—¡Vamos!

Abi tira de ella con fuerza para sacarla de ese estado de ensimismamiento en el que se encuentra. Me da la sensación de que ha pensado que Jake ha escuchado lo que acaba de contar y por miedo quiere salir de esta casa.

Me despido de ellas en la puerta y me veo en una situación en la que no recuerdo si me he encontrado alguna vez con Jake. Camino hacia la cocina y observo como está bebiendo de una botella de leche y la luz de la nevera hace resaltar más su cuerpo perfecto. ¿De dónde narices ha salido este chico? Y lo peor de todo es que me da mucha rabia no acordarme de él, más que nada porque no sé cómo comportarme. A cada paso que doy hacia Jake siento que me falta el aire por los nervios y tengo que sujetarme en la puerta de la cocina para lograr recomponerme.

—¿Te encuentras bien? —Roza mi cara con sus dedos y el corazón me palpita con más fuerza si cabe—. Espera.

—E-estoy bien —logro decir con esfuerzo.

—Siéntate aquí y toma un poco de agua.

Intento controlar la respiración y bajar la intensidad de los latidos de mi corazón sin mucho éxito.

—Mejor te llevo al cuarto.

—Puedo yo sola, no necesito ayuda. —Me levanto más rápido de lo que mis fuerzas me permiten y vuelvo a marearme.

—Lo sé, pero prefiero ayudarte.

Me coge en brazos y, en vez de resistirme, apoyo mi cabeza en su hombro. El olor a grosellas y manzana me envuelve y consigo relajarme. Podría decir que mi cama huele a ese perfume tan dulce, pero puede que sea una ilusión más que una realidad. Me tumba en la cama y no puedo dejar de mirar su rostro. ¡Es tan guapo! Bajo la cabeza porque no tengo del todo claro si mis mejillas están sonrojadas o no. Él se levanta sin decir palabra y yo lo agarro de forma instintiva del brazo para que no se vaya.

—¿Necesitas algo? Pídeme lo que quieras y lo conseguiré.

Y encima es tan dulce que me rompe todos los esquemas a cada segundo.

—Gracias, pero solo necesito que me cuentes cosas que consideres que necesito saber para recordar lo antes posible.

—Recuerdos, vale. —Se pone pensativo y yo solo quiero que se ponga una camiseta para poder centrarme en sus palabras—. Quieres que me convierta en el guardián de tus recuerdos, ¿no?

—Algo así. Si vivimos juntos y visto lo visto no nos llevamos nada mal, entiendo que no hay mejor persona que tú para hablarme de todos esos recuerdos que tengo olvidados, y, de esa forma, poder volver a ser yo misma.

—Eres orgullosa y te encanta cantar, pero eso estoy seguro de que ya lo sabes.

—No era eso exactamente lo que te pedía, pero está bien saber qué es lo que piensas de mí.

—Lo que pasa por mi cabeza, creo que es mejor que te lo diga más adelante. —Me quita un mechón de pelo del rostro y yo me estremezco sin poder evitar que se dé cuenta—. Dime qué quieres que diga y soy un libro abierto.

—Ron es tú mejor amigo, ¿verdad? Y el novio de Mika, por lo que me ha dicho.

—Sí, ¿te acuerdas de él?

—No, pero me gustaría saber, si no es indiscreción, por qué no le ha tocado un maldito pelo a mi amiga.

—¿¿Qué?! —Se sorprende por mis palabras, pero me da igual—. Puede que sea tímido.

—Creo que, si quiero que seas mi guardián, no deberías mentirme, ¿no?

—Le da miedo ser demasiado brusco y que ella se espante.

—¿En serio es eso? Mika está empezando a pensar que no le gusta. Creo que deberías aconsejarle que comience a ser más lanzado o puede que la pierda.

—Gracias por el consejo, ahora se lo digo, en cuanto coja el móvil. Y tú,

¿no tienes curiosidad por saber si tenías novio o si te gustaba alguien?

—Ahora solo quiero recuperarme y luego ya pensaré en ello.

Zanjo el tema lo más rápido que puedo. No considero que tenga que hablar de ello con Jake, más que nada porque mi corazón me dice que algo pasa con él. Por el contrario, en vez de que se vaya, le pido que me cuente cosas del instituto y sobre todo del género masculino de la clase. Creo que es la única forma de que consiga comenzar a recordar. Mientras hablamos, él se acomoda a mi lado y a mí no se me hace extraño; de hecho, tengo la sensación de haber vivido esto en alguna otra ocasión.

—¿Sabes qué es lo más extraño que me sucede desde que me he despertado?

—A tu guardián le puedes contar lo que sea. —Se agacha y me da un beso en la cabeza.

—Mi... Mi padre. —Sentir sus labios en mi pelo me ha paralizado el corazón. ¿Se puede oler tan bien?—. Sé que ha muerto, pero no siento como si lo hubiera tenido nunca.

—¿Al hablarte de los chicos sientes cosas?

—¡No! —me apresuro a decir—. Es solo con mi padre. Me dijeron que no tenía y no sentí un dolor intenso al no recordarlo y más al saber que ya no estaba a mi lado.

—Cuando recuerdes todo será más fácil, no te preocupes por ello. Tienes que descansar, mañana es un día importante.

—¡Es verdad! —Me levanto de forma brusca y noto un leve mareo.

—Ven, apóyate sobre mí. —Me dejo llevar por su dulzura—. Todavía es pronto para tanto entusiasmo, mejor descansa y mañana pasaremos el día juntos.

—¿Seguro?

—No lo dudes, nuestro cumple lo celebramos juntos y el fin de semana preparamos una fiesta para que venga todo el mundo y así conozcas al resto de los chicos que tienes a tu alrededor.

Me quedé dormida apoyada en su torso, oliendo ese perfume que tanto me gusta. Por algún motivo que desconozco, no sentí pudor al apoyarme sobre él. Encontré una paz interior al saber que Jake estaba allí y una felicidad interna al decirme que mañana él había decidido pasar el día conmigo.

## Capítulo 17

### Jake

No se puede ser más dulce que ella. Me llama su guardián, cuando en realidad soy su novio. Me tumbo en mi cama y miro hacia el techo pensativo. He puesto AC/DC bajo en el móvil y me dejo llevar por su música y el recuerdo de tenerla dormida en mi pecho. Hoy más que nunca he sentido la necesidad de darle un beso y quedarme a dormir en su cama, pero sé que tengo que tener paciencia y pensar cómo hacerle recordar. Mañana la voy a llevar a sus lugares favoritos, y a aquellos en los que hemos estado los dos solos. Siendo sincero, cuando pensaba en nuestro cumpleaños, antes de que pasara el accidente, tenía otra cosa en mente mucho más romántica y divertida, pero no dudo que lo pasaremos genial.

Me despierto con una gran sonrisa en la boca antes de que suene el despertador y me encuentro el rostro más bonito que conozco. No muevo ni un músculo de mi cuerpo y me quedo mirándola fijamente hasta que se acerca poco a poco hacia mí y me deja un beso perfecto en la mejilla.

—¡Felicidades, hermanito! —¿Qué?! ¡¿Qué mierda es esa?! Le pongo mi mejor sonrisa falsa y me levanto deprisa.

—Felicidades a ti también, Ane.

Me niego a llamarla hermana. ¡No! ¡No lo es! Me encierro en el baño e intento mantener la respiración calmada. Con lo bien que había empezado el día viendo sus preciosos ojos, no se podía quedar callada, no.

—Bajo a desayunar, te espero en la cocina. —Ella, tan dulce, sin darse cuenta de que me acaba de destrozar el alma.



—Ahora bajo.

Salgo del baño y me pongo una camiseta cualquiera. Con esos comentarios me apuñala poco a poco y hace que tenga más ganas de decirle quién soy en realidad.

—¿Qué?! —Cojo el teléfono, que no deja de sonar en el peor momento.

—¡Felicidades, amigo! —Ron siempre tan inoportuno—. ¿Hoy la vas a raptar y te la vas a llevar a algún lugar romántico o vas a venir a clase como siempre?

—¿Tú que crees? —espeto.

—Me puedo quedar con todos los regalos que dejen en tu mesa, ¿verdad?

—Haz lo que quieras, pero no me dejes en ridículo delante de nadie, compórtate.

—No te preocupes, hay algunos que se los voy a dar a mi gorda. —Ríe a carcajadas sin saber lo que se le viene encima.

—Hablando de tu gorda...

—¡Mika! Tú llámala Mika.

—Perfecto, yo la llamo por su nombre, pero como no comiences a ser algo más lanzado... —Me río y escucho como carraspea—. Algo me dice que tú también vas a empezar a llamarla por su nombre.

—¿Le ha dicho eso a Ane? Yo pensé...

—No vayas ahora a darlo todo con ella, pero sí te aconsejo que empieces a ir un poco más lejos hasta que te la...

—¡Entendido! No hace falta que seas tan específico de repente.

—Pues eso, mejor te dejo, que Ane me espera para desayunar y hoy quiero que el día sea perfecto con ella.

—Solo tienes que besarla y te aseguro que se recupera sin problemas.

—Mejor tú preocúpate de lo tuyo y déjame a mí con esto.

Cuelgo el teléfono de forma brusca. No tengo ganas de que nadie me diga lo que tengo que hacer con Ane. Tengo unas ganas terribles de darle un beso y que ella me corresponda como la última vez que probé sus labios, pero no

creo que sea la mejor opción. Además, si Ane supiera la cantidad de besos que le he robado mientras dormía en la cama de aquella habitación horrible del hospital, estoy seguro de que no le molestaría en absoluto. Ayer noté algo en su mirada que me dejó con la gran esperanza de que volveremos a ser los de antes.

Bajo por las escaleras rápidamente poniéndome la sudadera azul que llevaba puesta cuando la besé en la playa y, al fijarme en la cocina, veo que está todo el mundo esperándome. Yo sonrío extrañado y comienzo a pensar que estaban hablando de mí, y eso no me gusta nada. A mi padre se le ve feliz, la verdad; desde que hemos llegado a esta casa es una persona diferente, y eso que Susan no es la persona con la que imaginé a mi padre, pero el amor es ciego y contra eso no se puede hacer mucho.

—¡Hola!

—¡Felicidades, hijo! —Mi padre me abraza con fuerza, yo miro a Ane sorprendido y esboza una sonrisa tan tierna que no puedo hacer otra cosa que aguantarme las ganas de besarla—. Cuando vuelvas del instituto tengo una sorpresa para ti.

—¿¿Qué?! —Me sorprendo, pero no por lo que me tiene preparado, más bien por lo anterior. ¿Al instituto? No, me niego—. Papá, había pensado llevar a Ane a algún lugar bonito por la mañana, para hacerla recordar y luego, si eso, celebramos lo que quieras.

—¿¿No vas a ir al instituto?! Eso no te lo crees ni tú.

—Michael —interviene Susan y mi padre la mira con el ceño fruncido—, déjales que pasen el día juntos, es su cumpleaños y Ane necesita salir de casa con «su hermano mellizo», podríamos decir.

Sonrío con ganas de responderle de la peor manera, pero me contengo solo por el hecho de que me ha ayudado con mi padre para faltar a clase. ¡Mellizos! Para matarla en ese mismo instante. Cada vez que nos llaman así, parece que pierdo un trozo de esta alma enamorada.

—Claro que sí, papá.

—Sabes que no me gusta que los niños falten a clase, pero esta vez es una ocasión especial, es la primera vez que los dos hermanos celebran juntos el cumpleaños.

—Eso es, papá. Los hermanos solos y juntos descubriendo Los Ángeles, ¿qué te parece? —solo digo esas palabras para que me deje ir.

—Me parece fatal, pero estoy en tus manos, Susan.

Ane salta del asiento con una tostada en la mano y se agarra de mi brazo para dar por terminada la conversación.

Conducir nervioso no es la mejor forma de hacerlo, pero ni en las carreras callejeras más complicadas me he sentido así. La miro de reojo para ver su expresión y me alegra saber que está contenta, incluso podría decir que feliz. El silencio es nuestro compañero de viaje y parece que no nos importa. Además, por mi cabeza pasan mil y una alternativas de viaje para llevármela a algún lugar donde nadie vuelva a hacerle daño, y donde no nos juzguen por nuestro amor. ¿Quién debería hacerlo por ello? Al fin y al cabo, no somos nada. Bueno, en la fantasía de mi madre, marido y mujer, pero eso me vale.

—¿Quieres hacerme caso de una vez? —me dice empujando mi brazo casi sin fuerza.

—¿Me has dicho algo? —Vuelvo en mí y sonrío.

—Alguna vez te han dicho que tienes una sonrisa increíble a la vez que cameladora, ¿verdad?

—¿A qué viene eso ahora?

—Te he estado mirando mientras conduces y nadie en su sano juicio puede decir que no eres guapo... —Se queda pensativa y yo no sé cómo reaccionar—. ¿Tienes novia?

—¿Qué?! —¿Cómo se responde a una pregunta así y en estas circunstancias?— ¿Cuál es el interés?

—Mejor me dices a dónde vamos y así hablamos de algo más interesante.

—Me gustaba la conversación, ya era interesante de por sí.

Durante unos segundos veo como se hace una bola en el asiento y prefiero no seguir con el mismo tema. No quiero hacerla sentir incómoda, a pesar de que sus preguntas me lo han provocado a mí.

—Por cierto, tú también eres preciosa.

Me mira con los ojos tan abiertos que parece que se salen de su rostro, yo pongo la mirada en la carretera y esbozo una gran sonrisa. Sé que algo le remuevo por dentro. No sé lo que es y solo espero que sea amor, pero de momento la llevo al museo de arte de la ciudad de Los Ángeles. Cualquiera que me vea puede pensar que estoy irreconocible y le daría la razón al momento: el día de nuestro cumpleaños en un museo, menuda idea. Sin embargo, el simple hecho de estar a solas con ella, bien sea en el museo, en el parque o en el baño, me hace el chico más feliz de este mundo. Desde el día en que Ane tuvo el accidente, han cambiado muchas cosas en mí. Nunca me ha importado lo que digan de mí, solo queríamos que no pensasen que era algo raro el que Ane y yo estuviéramos enamorados. En cambio, ahora me encantaría gritarlo en cada rincón de Santa Mónica y dormiría a pierna suelta sin pensar en los comentarios de la gente.

—Me encanta este lugar. —Ane está apoyada en la barandilla—. Me da mucha paz.

—¿Has venido muchas veces? —Tengo que intentar forzar su memoria de alguna forma—. Yo hace poco que estuve.

—Qué casualidad. Yo también, fue un camino en autobús de lo más agradable hasta el museo.

—En ir y volver en autobús se pierde un tiempo precioso.

Se queda pensativa y eso me da esperanza.

—No sé cómo volví a casa. Puede que me encontrara a alguien, tengo lagunas que me gustaría cerrar.

—Si prefieres podemos dar una vuelta y así puede que recuerdes algo.

Ella asiente con la cabeza y se nota en su mirada que quiere recordar a toda costa. Me encantaría saber qué es lo que le pasa por la mente y de lo que se

quiere acordar con tanta desesperación. Sé por ella que el tema de su padre no es algo que la inquiete demasiado. Saber que ha fallecido le ha hecho todo mucho más fácil, a pesar de que nadie le quiere decir cuál fue su relación con él.

Paseamos de un lado a otro del museo y las horas junto a ella parecen minutos. No puedo dejar de mirar su rostro en cada lugar en que se para y a cada segundo tengo ganas de besarla. Sin embargo, respiro profundamente y dejo que pase el tiempo a su lado disfrutando de su compañía.

—¿Vamos a comer? —Se agarra de mi brazo y yo me dejo llevar.

—¿Sabes a dónde quieres ir? —Le doy un beso en la cabeza... ¡Sí! No puedo aguantar más y se me escapa.

—La hamburguesería está bien, ¿te parece?

—Eso había pensado —miento—, lo que la cumpleañera decida.

—También es el tuyo, hermano. ¿Recuerdas? —Intento no fruncir el ceño.

—Bueno, hay cosas que surgen así, otras que puede que no las hayas buscado, y luego están las que deseas antes de que pasen.

—¿Perdona...? —Me mira extrañada.

—Nada, cosas mías.

Le abro la puerta del coche y nos vamos a la hamburguesería, como ella ha decidido. Yo más bien pensaba en algo más elegante y discreto, pero no seré yo quien le diga que no a nada en este momento. Durante el trayecto, no dice ni una sola palabra y otra vez vuelven a mi cabeza los pensamientos de si recordará algo sobre mí, por lo que no puedo evitar preguntar:

—¿Algún recuerdo a la vista?

—No, más bien tengo sensaciones sobre cosas, sentimientos..., sobre todo en general.

—Eso está bien, ir poco a poco dicen que es lo mejor. —Soy cordial, pero en realidad me da mucha rabia que no sea sincera conmigo. Ha dejado de hablar al pronunciar sentimientos.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Lo que quieras, estoy a tus órdenes. —Me arrepiento al momento de decir esas palabras sin antes saber cuál es la pregunta. Varias veces me ha pasado ya esto, debería dejar de hacerlo.

—¿Cuál fue el motivo real por el que te quedaste a mi lado todo el tiempo en el hospital? —Se me va el volante por un segundo y al recuperar el control me enciendo un cigarro antes de contestar—. Creo que me merezco la verdad.

—La respuesta es simple. —Respiro profundo y contesto—: Es tan sencillo como que te quiero.

—Mi madre también y no estuvo allí tanto como tú.

—Cada uno elige cómo actuar en cada situación y la forma de querer a la otra persona.

—Gracias.

Prefiero dejar el tema así y ella parece que se ha quedado satisfecha, aunque no del todo. Ya le he dicho que la quiero y ella lo habrá querido interpretar de la forma que le dé la gana, pero nunca podrá decirme que no le dije que la quería en este proceso.

Comemos en la hamburguesería y me limito a contestar todas las preguntas que se le van ocurriendo. Durante el tiempo que estamos juntos no miramos el móvil. Incluso diría que nos olvidamos de que lo llevamos encima y, a cada segundo, más nos parecemos a una pareja. Tengo ganas de cogerla de la mano y acariciar con dulzura cualquier parte de su cuerpo. Le miro el rostro: me da la sensación de que tiene las mejillas sonrojadas mientras le da un mordisco a la hamburguesa y mantiene la mirada fija en la mesa. ¿Qué estará pensando? A pesar de responder a todas sus dudas y pasar una velada tranquila, a cada minuto me encuentro más excitado. Empieza a sonar el móvil con mucha insistencia y noto como vibra en mi bolsillo. Miro quién es y el nombre de Ron aparece en la pantalla. Prefiero no coger la llamada e ir al baño a que me baje este calor que me ha entrado con solo tenerla en mi mente. Esbozo una sonrisa en forma de disculpa y salgo de allí casi corriendo.

Una vez en el baño, me mojo la cara con un poco de agua fría. Me cuesta mucho mantener las distancias con ella y en un par de ocasiones me ha parecido percibir algo diferente a dos hermanos paseando por el museo.

—Me imaginaba que tenías pretendientes, pero mil mensajes de WhatsApp es una barbaridad, y eso que solo son las dos de la tarde —dice cuando vuelvo a la mesa.

—¿Me has mirado el móvil? —Eso me gusta, significa algo.

—Te ha llamado Ron otra vez y he decidido cogerlo. —Sonríe pidiendo perdón con la mirada—. No te importa, ¿verdad?

—¿Y qué quería? ¿Te ha contado cómo lo lleva con Mika o quería saber cómo me va contigo?

—Me ha dicho que le ha llamado nuestra madre y que nos espera en casa.

—Eso suena muy raro, tu madre llamando a Ron para decirle que volvamos a casa en vez de llamarnos a nosotros.

Por si acaso, los dos miramos el móvil a la vez para comprobar que no nos ha llamado, pero vemos en cada una de las pantallas que la llamada existe. Sonreímos y decidimos con la mirada que es hora de acudir a nuestra fiesta sorpresa. Sí, no es tan difícil comprender que eso es lo que quiere Susan..., además de controlar lo que hago con su hija.

—¿Qué te pasa? —le pregunto al ver que mira de forma constante el móvil y sonrío de una forma que no me gusta nada—. ¿Alguna felicitación especial?

—Estoy leyendo los mensajes que me han mandado y en parte es muy raro, porque no conozco a los chicos que me felicitan y me hace gracia.

—¿Son muchos los que te escriben? —Creo que dejo entrever mis celos en el tono de voz.

—Nadie tan guapo como tú, de eso estoy segura.

La miro y sonrío a la vez que noto que mis mejillas se sonrojan. Ahora soy yo el que estoy dejando mis cartas al descubierto. De los nervios me enciendo un cigarro y ella no puede evitar reírse de mí.

Estamos empezando a tener un juego entre los dos con el que no tengo claro

a dónde quiere que lleguemos. Yo puedo alargarlo tanto como quiera, siendo consciente de lo que hago, pero con qué propósito lo hace ella, es lo que me tiene desconcertado.

—Además —interrumpe mis pensamientos—, me lo dices a mí, cuando eres tú quien tienes no sé ni cuántos mensajes de felicitación de vete a saber cuántas chicas.

—Ninguna tan guapa como tú.

—Eres un zalamero de lo peor, hermanito.

Baja del coche dando un portazo y ha sido en ese instante cuando me he dado cuenta de que hemos llegado a casa. ¿Estoy tan enamorado como para montar en el coche y llegar a casa por inercia? Intento recordar todo el camino y solo puedo verla a ella hablando y riendo a mi lado. Le sonrío mientras pasa por delante del coche y ella me guiña el ojo y lanza un beso al aire. ¡Me está provocando! Pongo la mano en la manilla de la portezuela para salir tras ella y besarla de forma descontrolada, pero respiro hondo y decido no dejarme llevar por mis instintos primarios. Si he podido vivir sin ella todo este tiempo, estoy seguro de que por unos días más no me pasará nada.



## Capítulo 18

### Ane

Ya no sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar con esta farsa. Me pierdo en su mirada, en sus palabras, y el sentimiento que nace dentro de mí parece que lleva ahí mucho más tiempo del que pienso. Entro en casa con la sensación de que ha faltado algo en este día de cumpleaños tan maravilloso. Cualquiera puede pensar que visitar un museo e ir a una hamburguesería a comer no es lo que tienen pensado como algo especial, pero lo que ha complementado esas cosas ha sido estar a solas con él. Hasta me he sentido celosa de la cantidad de mensajes que le envían para felicitarlo. ¿Cuántas admiradoras tiene? ¿Yo era una de ellas cuando tenía memoria? Me siento un poco frustrada al no recordar esas cosas para poder actuar en consecuencia; solo espero que él no se sienta violento al comportarme de esta forma.

—¡Felicidades, chicos! —grita todo el mundo al entrar en el salón.

—Gracias —decimos los dos al unísono.

—Te dije que tu madre nos esperaba con una fiesta sorpresa —me susurra Jake al oído—. Cosas de madres.

—Estoy muerta de miedo —musito—. No sé qué me pasa, pero no conozco a la mayoría.

—Tú déjate llevar por el momento y sé sincera con todo el mundo. —Me coge de la mano y comienzo a sentirme algo más segura—. Saben lo que te sucede y todos son personas de confianza, no dudes en hablar con ellos y decirles la verdad.

Lo miro y vuelve a dejarme un beso en la cabeza. Yo me estremezco y prefiero acercarme a mis amigas lo más rápido que puedo una vez que Jake ha

soltado mi mano.

La tarde resulta más amena de lo que había pensado en un principio. Todo parecía que iba a acabar en tragedia por mi parte y en cambio todos son muy amables. Incluso, al hablar con Alan, me ha venido algún *flash* a la cabeza. La pregunta que más se repite es la de la persona que me atropelló con el coche. Lo he hablado con mi madre y la denuncia está puesta, pero solo saben que llevaba un Chevrolet. Suena el timbre y soy yo la que me acerco a abrir, al estar justo al lado de la puerta, a pesar de que no esperamos a nadie y ya es tarde para que alguien venga a la fiesta.

—¡Peter! ¿Qué haces aquí? —Me tiro a sus brazos sin dudarlo—. No te haces idea de lo que acabas de hacer.

—Te has acordado de mí, Ane.

—Ha sido verte y venirme más de una imagen a la mente, pero el nombre me ha salido solo.

—Siempre unidos, no lo dudes nunca.

—¡Hola, Zoe! —digo cortésmente pero sin ganas—. Pasad.

¿Cómo ha podido traer a la pedorra de Zoe? ¡Ostras! ¿Están juntos? No me lo puedo creer. Mira que siempre he pensado que a Peter le gustaba mucho el dinero, pero tanto como para estar con alguien como ella, no me pega para nada. Al girarme para hacerlos pasar, veo a Jake corriendo escaleras arriba hacia su dormitorio..., pero ahora solo me importa que he empezado a recordar. Desde luego que no pensé que fuera tan rápido, pero me alegro al saber que era verdad lo que la doctora Chai me había dicho.

Zoe se mezcla entre la gente y se enciende un cigarro de forma arrogante. A mí, en cambio, me da todo igual; he reconocido a un chico y eso me hace muy feliz. Nos sentamos en el sofá y yo le hago todo tipo de preguntas durante un largo rato, hasta que mi madre acerca una gran tarta al centro de la sala y nos llama a Jake y a mí.

—¿Dónde está tu hermano? —espeta.

—Lo he visto subir al dormitorio, voy a buscarlo si quieres.

—No hace falta, ahí viene.

Baja con una camiseta roja que le queda a la perfección y unos vaqueros desgastados con sus Kawasaki en los pies, y tengo que resistirme para no abrir la boca y que se me caiga la baba. ¿De dónde ha salido ese dios? ¿Y cómo no logro recordarlo? Las palabras que me ha dicho al entrar en casa retumban en mi cabeza y a lo lejos escucho como mi madre dice algo a lo que no atiendo, y dejo de prestarle atención... Hasta que noto como me dan en el brazo con el codo para salir de mi mundo: es Jake.

—¿Quieres decir algo? —Tiene una expresión muy dura; algo ha cambiado—. ¿O soplas las velas sin más?

—Antes de soplar las velas pide un deseo —grita Abi a lo lejos—, di o haz lo que te apetezca, es tu momento.

—Tienes razón, gracias a todos por venir.

Me giro y sin dudarle ni un segundo le doy un beso en los labios a Jake. Cierro los ojos y me dejo llevar por el momento, sin problemas, sin accidentes ni olvidos de personas, solo sentimientos y ganas de probar los labios de este adonis que ha puesto el destino frente a mí.

—¡Ane! —la voz de mi madre me saca de ese momento tan especial—. ¡¿Qué haces?!

—Darle un beso a mi hermanito, es su cumpleaños.

—So-soplamos. —Jake no sabe qué decir y no quiere que discuta con mi madre.

—Sí, aunque ya he cumplido mi deseo —le susurro.

Soplamos los dos a la vez, hundo el dedo en la tarta y se lo meto en la boca de forma provocativa. Jake no sale de su asombro y mi madre todavía menos.

El resto de la tarde lo paso hablando con Peter y recordando todo lo vivido en San Francisco. Creo que, al verlo, volví a ser esa chica descontrolada que era antes y que, sin lugar a dudas, me encanta ser. Zoe se acerca más de una vez solicitando la atención de Peter, pero él ni siquiera la mira y eso me hace

sentir algo mal. Ella no es que sea amiga mía ni nada por el estilo, pero sé que Peter está con ella por el dinero y eso me parece de muy mal gusto.

—¿Sabes quién te atropelló o todavía siguen buscando? —me pregunta a la vez que me acaricia el rostro—. No te haces ni idea de lo que he sufrido por ti.

—Ya veo que no has perdido el tiempo y ese sufrimiento has sabido tapanlo en muy buenos brazos.

—Celosa...

—Sí, eso te gustaría a ti, pero ya te lo dije en su momento.

—Y ese beso con tu hermano, ¿a qué ha venido? —Frunce el ceño y yo solo puedo sonreír al recordarlo.

—Me apetecía...

—Darle un disgusto a tu madre, porque eso es lo que has provocado.

—No te agobies, tampoco es para tanto.

Mika me llama desde lejos para despedirse. Está agarrada de la mano de Ron y a juzgar por su gran sonrisa y sus mejillas sofocadas, esta noche va a ser la más especial de su vida. Y ahora que me pongo a pensar: ¿yo he tenido alguna noche de esas? Otra vez ese sentimiento de desconcierto por no saber tantas cosas de mí.

Poco a poco todo el mundo se va marchando. Con cada persona que estoy hablo del accidente y creo que ya me da igual quién haya sido el que me ha hecho esto, solo quiero recobrar la memoria y nada más. Por último, se va Peter con Zoe en brazos, que lleva una borrachera que utiliza para insultarme de forma reiterada. Miro a mi madre, que observa la escena ojiplática sin entender de dónde ha sacado el alcohol, y mucho menos la forma en que se comporta conociendo a su familia. Yo me encojo de hombros y le hago una señal con la cabeza para que volvamos dentro a relajarnos después de la fiesta.

Estoy agotada. Recordar a Peter y a la vez hablar con tanta gente a la que no conozco me ha cansado psicológicamente. Solo quiero irme a la cama y

descansar, pero veo a Abi recogiendo los vasos y me acuerdo de que me había dicho que se quedaría a dormir, si no me importaba. Claro, cómo le voy a decir que no, a la chica le hace ilusión, de hecho, me lo ha dicho cuando estábamos las tres juntas, pero Mika se ha sonrojado y nos ha dicho que Ron le había reservado algo especial para esa noche.

—¿Crees que hoy será su noche? —Abi está en sujetador y bragas sentada encima de la cama con un cojín entre sus brazos.

—Eso espero. Solo deseo que la cuide, si no tendremos que hablar con Ron.

—¿Y tú?

—Yo —digo extrañada—, no sé si he tenido alguna noche de esas.

—No te hagas la tonta. —Comienza a reírse—. ¿A qué ha venido ese beso a Jake?

—Perdona. ¿Quién me ha gritado que hiciera lo que me apeteciera en ese instante?

—Yo.

—Te he hecho caso. —Me encojo de hombros para no darle más importancia—. ¿Te digo una cosa? Besa como los dioses.

—No por nada es el chico más popular del instituto. Tiene al noventa por ciento de las féminas enamoradas. El que hoy no haya ido a clase ha sido un alivio.

—¿A qué te refieres? —Me tumbo en la cama e intento no darle mucha importancia a lo que dice, aunque me interese demasiado.

—Todos los años tenemos una fila de chicas queriendo darle su regalo a Jake.

—¿En serio?

—Jake es como un caballero inglés de las novelas. Siempre muy educado con todas. Yo te diría que estuvo con Zoe por tener una excusa para dar calabazas al resto, porque en realidad era un beso al día.

—Mucho te has fijado en ello, ¿no?

—Esta conversación la he tenido hoy con Alan y ha sido él quien me ha dado esos datos. Luego solo he tenido que recordar un poco y darme cuenta de que es verdad.

—Si esa es su estrategia, no me parece tan mal —hablo con egoísmo y con las ganas de ir a su dormitorio ahora mismo.

—Está tras esa pared, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y las dos nos quedamos en silencio mirándola. No sé si esperamos que la atravesase como un superhéroe y aparezca medio desnudo junto a nosotras, o solo es que no tenemos palabras para describir al tal adonis. Pasamos gran parte de la noche hablando, hasta que me quedo dormida recordando el beso que le di esa misma tarde.

Abrir los ojos y darme cuenta de que me vine demasiado arriba dándole un beso a mi hermanastro delante de mi madre provoca en mí las ganas de meterme debajo de las sábanas y no volver a salir en un año. Además, el problema no es mirarlo a la cara sin saber qué es lo que piensa, sino más bien enfrentarme a mi madre. Me giro y veo a Abi con los ojos abiertos mirándome y sonriendo.

—No quieres salir del dormitorio, ¿verdad?

—Es por tu culpa. —Me tapo la cabeza con la sábana—. ¿Cómo se te ocurre provocarme?

—Yo imaginé que nos mandarías a todos a la mierda de forma graciosa, o que solo dirías gracias por venir.

—Algo en mi interior me lo pedía, miraba sus labios y me derretía; pero la cuestión es que esa sensación sigue ahí, y ahora la valentía se ha quedado en el baño.

—Tú no eres de esas, desde el principio diste la cara en clase y te reíste de las que se creían las reinas, tú eres así.

—Gracias, amiga. La cuestión es que algo me dice que tengo que esperar para afrontar esto.

Después de una buena ducha, salimos del dormitorio con cautela. Abi tiene que ir al instituto y a mí me toca la charla con mi madre. Bajamos a la cocina y allí están Michael y mi madre susurrando entre ellos. Su rostro no es que muestre la mayor sonrisa, pero intenta aparentar normalidad. Miro a todos lados y no veo a Jake, algo raro por la hora que es. Sin embargo, después de desayunar con Abi, que no ha dejado de mirarme con una sonrisa en los labios sabiendo lo que se me viene encima, he preferido asumir lo que va a suceder de aquí a unos minutos. «¡Perra!», pienso frunciendo el ceño y sacándole la lengua a Abi.

Michael se ha ido a trabajar y yo acompaño a la puerta a Abi; al cerrarla respiro hondo para afrontar la conversación que me espera con mi madre.

—Cariño. —No ha hecho falta ni acercarme a ella para que me llame—. ¿Hablamos un ratito?

—Solo era para divertirme, mamá.

—Claro.

En ese instante veo a Jake bajar las escaleras con demasiada prisa. Lleva la cabeza agachada, los auriculares puestos con música, y se acerca a la puerta sin decir palabra alguna ni mirarme siquiera.

—Le has avergonzado, Ane.

—Yo solo quería... —Agacho la cabeza y me callo antes de meter la pata—. Me pasé, lo siento.

—¿Te ha ayudado en algo?

—No, pero gracias a Peter me acuerdo de casi todo lo que pasó en San Francisco.

—¿Todo? —pregunta con miedo.

—Sé que papá me pegaba y por eso nos fuimos. No tengo el recuerdo de su cara y menos aún me duele el pensar en él, pero no te preocupes por ello.

—Me alegro por lo menos de haber acabado con ese tema. —Más bien no ha empezado y no ha salido el tema por su parte, pero bueno—. Ahora solo quiero que cojas fuerzas y recuperes la memoria.

—Gracias, mamá. La fiesta de ayer me ayudó mucho.

Hablar con los compañeros de clase ha hecho que me levante hoy con algún que otro recuerdo: verlos en clase sentados a mi lado, e incluso intercambiar con Alan algunas letras de canciones. La pena es que no tengo nada claro lo que siento hacia ciertas personas y eso me hace sentir agobiada.

—Te gusta, ¿verdad?

—¿Eso sería algún problema? —Prefiero ir al grano. Jake me gusta y no sé qué pasará cuando recobre la memoria, pero por lo menos tengo la duda resuelta.

—Hija, no sois hermanos, pero te mentiría si te digo que me resultaría un poco extraño veros juntos.

—De momento es el guardián de mis recuerdos. Le di un beso porque me apetecía y por mi parte no tengo un sentimiento de hermana hacia él. Para mí es como si fuera un chico que acabo de conocer y te mentiría si te digo que no está como un tren.

—Si me llega a pillar a mí con tu edad...

—Mamá, dejémoslo aquí. —Me sale de forma natural darle un abrazo y noto en su cuerpo que se asombra—. Gracias de todas formas.

Le doy un beso en la mejilla y subo a mi dormitorio para preparar mi hora de piscina de rehabilitación. Noto como si una tonelada de peso se hubiera desplomado de mi espalda. Algo me dice que esta conversación la tenía pendiente y no puedo estar más feliz.



## Capítulo 19

### Jake

Ahora sí que estoy confundido. A quién se le ocurre darme un maldito beso delante de todo el instituto invitado a nuestra celebración y quedarse como si nada hubiera pasado. Miré a Ron, porque no sabía ni qué hacer, y se estaba partiendo en dos de la risa, el muy capullo. El resto del tiempo intenté acercarme a ella, pero no se separaba de sus amigas o del asqueroso de Peter. ¿Cómo se atrevió a traer a Zoe? Parece que no le interesa mucho el bienestar de Ane, a pesar de ser el único chico al que ha reconocido. ¿Será porque siente algo por él? «¡Basta!», me grito a la vez que muevo la cabeza. Los pitidos del claxon del coche que tengo detrás me sacan de mis pensamientos. Me doy cuenta de que llevo parado en el mismo sitio dándole vueltas a la cabeza un rato.

Cuando he bajado las escaleras hacia el salón, no he querido mirar hacia ellas, pero sé que su madre le estaba hablando del tema. Desde luego que no hay que ser muy listo para saber que yo siento algo especial por ella. Si no, no hubiera estado todos los días a todas horas en el hospital. Ni siquiera estábamos viviendo en la misma casa, como para tener un sentimiento tan fuerte de hermanos. Estoy casi convencido de que a mi padre no le ha sentado nada bien el beso que me dio y lo mejor de esto es que yo me he alegrado por ello. Sí que es cierto que me pilló de improviso, pero aun así lo disfruté como si fuera el último. Ahora me toca esperar a que sea ella quien dé el primer paso y saber qué es lo que piensa. ¿Creerá que estoy enfadado? De la misma forma que ha sido ella quien ha querido besarme, ahora también tiene que ser ella la que dé el paso de hablar conmigo.

—¿Quieres salir de tu burbuja?! —me grita Ron desde la otra punta del pasillo.

—Déjame —espeto—, no es momento de hablar de ello.

—¿Tan mal besa? —Sigue con sus bromas y bastante tengo yo como para que me esté buscando.

—Mira, mejor me callo.

—¡Jake! —Chelsea, la chica del regalo, me grita y nos hace darnos la vuelta a los dos—. ¿Le diste mi regalo a Ane?!

—Déjame. —No tengo ganas de hablar con ella—. Creo que sí.

—¿Estás seguro?! —me grita.

—Perdona..., ¿tú quién eres para hablarme así?

—Solo quiero confirmar que le diste mi regalo. —hace énfasis en «mi regalo», pero habla con la mirada puesta en el suelo.

—¡Sí! Y a mí no me vuelvas a hablar así. Además, ¿qué te pasa a ti con Ane? No es tu amiga.

—A ti no te importa, imbécil y engreído.

Sale corriendo y Ron y yo nos miramos desconcertados por lo que acaba de pasar. No sé qué le ha dado a esta chica con Ane, pero me preocupa un poco esa obsesión. Que yo sepa, ninguno de los dos es amigo de Chelsea, pero, en cambio, ayer la pude ver en casa escondiéndose entre la gente, pero acercándose poco a poco a Ane. Intento recordar si después del beso la volví a ver, sin embargo, no lo podría afirmar, ya que ese beso me dejó noqueado por completo para el resto de la celebración.

Entro en clase y mi pupitre está lleno de regalos. Sonrío de un lado a otro con mucha amabilidad porque sé que, por algún sitio, están observando el interés que muestro. No es arrogancia, más bien es lo de todos los años. Mientras los meto todos en la mochila solo pienso que no quiero estar aquí, pero tampoco quiero ir a casa sin saber lo que han hablado Ane y su madre, y cómo está la situación. Hago el amago de sacar el móvil para encenderlo y mandar un mensaje, pero Ron, con un codazo, me persuade para que no lo

haga al encontrarnos en medio de una clase. Lo miro y lo noto algo diferente. ¡Es verdad! Sonrío de forma maliciosa, escribo en el cuaderno la gran pregunta: «¿Qué tal?», y se lo paso. Se encoge de hombros y pone cara extraña, como si no supiera de qué estoy hablando. Prefiero esperar al descanso para interrogarlo al igual que hace él conmigo.

Durante toda la clase no me quito de la cabeza ese beso que me dio ayer Ane. Nunca me ha importado nada ni nadie. Siempre he tenido el dinero que me ha dado la gana, me he quedado con los amigos que he creído los mejores, las chicas me han alabado por allí por donde he pasado, he besado a las que me ha apetecido, pero, al final, me he enamorado de la que no debía. Si su padre no se hubiera muerto ella nunca hubiera vuelto y de esa forma la vida que llevaba seguiría igual. Sin embargo, no ha sido así. Tiene que llegar ella y ser tan diferente al resto que me deja sin aliento nada más verla. Su arrogancia el primer día me excitó y esas dos estrellas en las caderas me volvieron loco al segundo.

Llega el descanso, salimos a fumar un cigarrillo y es el momento en que aprovecho para preguntarle a Ron por su cita con Mika, cuando veo salir a la policía, que se lleva esposada a Chelsea. Todos nos miramos entre nosotros sin saber qué es lo que pasa. Ella agacha la cabeza mientras llora desconsolada, pero no grita diciendo que se han equivocado o que ella es inocente. ¿Qué pasa? Una chica que no me había dado cuenta de que existía, resulta que entra en mi vida por unos regalos y al cabo de pocos días se la llevan detenida.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Ron echándome todo el humo en la cara—. Si esa es una mosquita muerta.

—¡Yo qué sé! Es todo muy raro. Si ahora me dices que la tía esa es narcotraficante, hasta me lo creo —digo entre risas a la vez que fumo—. Mira de qué forma me ha hablado antes.

—Ya nos enteraremos de lo que ha pasado, alguna de tus fans te lo dirá.

—Cambiando de tema... —Me pongo en posición delante de Ron y le

vuelvo a dar otra calada al cigarro para parecer más interesante—. ¿Me vas a contar cómo te ha ido con Mika?

—¡Calla! —musita—. Hola, pequeña.

Justo por nuestro lado pasa Mika con una gran sonrisa en sus labios. Sin ningún pudor se acerca a Ron y le da un beso en los labios, lo que provoca que más de una se ofenda por lo que acaba de ver. Ron ha estado con varias chicas del instituto, hay que decir que todas más guapas que Mika, pero más tontas también. Sin embargo, ahora ha pasado por delante de ellas como si nada ocurriera, de ahí viene que se ofendan todas.

—Ya veo que después del sexo has decidido seguir con ella. —Me acerco a su oído y susurro—: ¿Sois novios oficialmente?

—¡Cállate! —espeta—. Sí, me gusta Mika y somos novios, por lo menos yo he tenido la valentía de afrontar mis sentimientos, algo que tú todavía estás reprimiendo.

—Es más complicado que todo eso.

—Sí, seguro.

Suena el timbre que nos dice que hay que entrar en clase y Ron se gira malhumorado para dirigirse hacia allí. Una vez sentados no quiero dejar el tema zanjado de esta forma, por lo que intento bromear.

—Hoy lo resuelvo con Ane.

—Claro —me dice seco.

—Además, hoy quiero pasar por el garaje. Ya me he cansado de esos dos y les voy a decir todo.

—¿En serio? —A Ron se le ilumina la cara y eso me hace sonreír con malicia.

—¿Te apuntas? No pienses que te voy a grabar sus caras.

—No, no —se apresura a decir—. Yo no me pierdo lo que van a hacer Kurt y Paul cuando se lo digas.

—No pienses que tienen muchas opciones, pero veremos lo que nos dicen.

El día pasó más lento de lo que esperaba. Todos los pasillos y grupos de chicos hablaban de lo mismo, la detención de Chelsea, aunque yo solo puedo pensar en Ane. A pesar de estar deseando pasar por casa, los nervios me dicen que tengo que llegar más tarde que nunca. Creo que todo está a punto de resolverse con ella; me da la sensación de que lo de nuestros padres no es más que una simple excusa que me pongo para no empezar algo más serio con ella. Me enciendo un cigarro y asiento antes de encender el coche para confirmarme que ya es hora de plantarle cara a lo que me sucede pase lo que pase.

De camino al garaje, tanto Ron como yo no hacemos otra cosa que fumar en silencio. Yo conduzco y él habla con su novia por WhatsApp. Nunca pensé que lo vería escribiéndose durante más de un minuto con nadie, pero las cosas cambian cuando menos te lo esperas. Un cigarro detrás de otro y el humo sale por la ventana como si se escapara de una burbuja, y aun así, no paramos aunque no se calmen nuestros nervios. Por un lado, queremos zanjar el tema con nuestros dos amigos y que sepan que no somos tontos; pero, por otra parte, no queremos que se enfaden. Ellos son el alma de los coches y nosotros unos simples cazurros que los conducimos.

—Hola, chicos. —Tienen la puerta abierta y entramos sin llamar—. ¿Cómo lo lleváis?

—Bien. —Paul se levanta del sofá—. Estábamos descansando un rato.

—Hablando de chicas, seguro —dice Ron a la vez que saca dos cervezas de la nevera.

—Sí —afirma Kurt—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Nos gustaría hablar con vosotros, más que nada para que alguno de los presentes deje de hacer el tonto.

—¿A qué te refieres, Jake? —Me siento en el sofá a la vez que Kurt me pregunta desconcertado.

—Sabemos que estáis juntos —lo suelto sin más rodeos.

—¿Qué?! —grita Paul separándose de Kurt.

—¿Perdona?! —exclama Kurt haciendo lo mismo.

—Lo sabemos desde hace tiempo y, como podéis comprobar, no nos importa —digo relajado.

—Pero...

—Déjalo, Kurt —lo corta Ron—. Nos parece genial que os entendáis tan bien, lo que nos molesta es que no hayáis confiado en nosotros para decirnos tal tontería.

—Es que...

—Paul, cállate. Mientras sigáis dejando los coches igual de bien y nos respetemos unos a otros... A mí, por ejemplo, me gustan las gordas como mi novia.

—Al fin, otro que se ha dejado llevar por sus sentimientos.

—Sí, Paul. Ahora solo falta Jake. Mira que tienes chicas y te tiene que gustar la hija de tu madrastra, por no decir tu hermana.

—Todo lleva su tiempo, ayer me besó, hoy hablo con ella.

Los tres asienten con la cabeza y cambiamos de tema. El ambiente se nota mucho más distendido al saber todos los secretos del resto. Paul y Kurt se hacen alguna muestra de cariño y Ron y yo nos reímos al decirles que eso ya lo hacían antes, lo que provoca que sus mejillas se sonrojen.

Pasan las horas, el sol ya no luce y es el momento de volver a casa de las Sikaron, que ahora es también mi casa y en la que vivo con la chica de la que estoy enamorado hasta el tuétano. Meto las llaves y me tiemblan las piernas. Me siento extraño; nunca había sentido algo así. ¿Cómo gestiono unos sentimientos que no controlo? Pues de esta forma, temblando como un niño al que se le acerca el matón de la clase y no sabe qué sucederá. Cierro la puerta y escucho llantos intensos. Me apresuro para llegar hasta el salón. No quiero que Ane sufra, estoy dispuesto a decirle todo lo que siento si con eso logro que deje de llorar, pero me encuentro a Abi con lágrimas en los ojos y a Mika y Ane a su lado consolándola. Aunque suene cruel, respiro tranquilo por no tener que hablarle de mis sentimientos.

—¿Todo bien por aquí? —Intento ser cortés.

—¿A ti te parece? —espeta Mika—. ¡Hombres!

Ane camina hacia mí con algo diferente en la mirada y yo intento mantener la compostura.

—Alan ha decidido dejarla porque se ha enterado de que Brian la besó y que a ella le gustó.

—¿Le gusta Brian? Eso sí que no me lo esperaba.

—Baja la voz —musita—, es todo un poco más complicado o por lo menos para ella lo es.

—Ahora me vendrás con el cuento de que le gustan los dos, porque eso no existe.

—Tú no sabes lo que es estar en esa situación. Me han dicho que eres un mujeriego, así que...

—¡Ane! —Mika nos interrumpe y yo me quedo anonadado por lo que acabo de escuchar—. ¡No le cuentes a tu hermano nuestras cosas, él es uno de los peores!

—Luego seguimos, hermanito.

Sale corriendo y se abraza a Abi mientras yo recibo una mirada asesina de Mika. ¿Qué le he hecho yo a esa chica? Todo lo contrario, debería agradecerme la noche de sexo y pasión que ha tenido con Ron, en vez de matarme con la mirada.

Subo al dormitorio a dejar mis cosas y me tumbo en la cama con mucha rabia dentro. Me machaca el alma que ella me llame hermanito cuando ayer me besó sin acordarse de ello. Me revienta que sus amigas se tomen la ligereza de hablarme de esa forma, cuando hace dos días ni se atrevían a mirarme a la cara por vergüenza. Y me matan por dentro las ganas que tengo de meterla en la cama y hacerle recordar la noche que pasamos juntos.

—¿Puedo pasar? —dice mi padre a la vez que llama a la puerta—. Tenemos que hablar.

—Pasa. —Me siento y sé que es hora de afrontar esta conversación.

—¿Qué tal en el instituto?

—Papá, en serio. Sé que vienes a hablarme de Ane.

—Está bien. —Suspira resignado—. Te gusta, ¿verdad?

—No, estoy enamorado de ella.

—Vale, vale. No hace falta que seas tan directo. Déjame digerir esto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he hablado hoy con Susan, y después de todo lo evidente me he dado cuenta de ello.

—Me daba miedo tu reacción al saberlo... Enamorado de tu hijastra.

—Hijo, después de tu madre, Susan ha sido la segunda mujer de la que me he enamorado. Nadie puede mandar en los sentimientos.

—Entonces...

—No es lo que me hubiera gustado, pero ha pasado y no puedo hacer nada, solo te pido que respetes a Susan y su casa.

Asiento con la cabeza, me despeina el pelo con la mano, sale del dormitorio y yo solo puedo sentirme aliviado. Me tumbo en la cama y sonrío al darme cuenta de que la conversación con mi padre ha sido más fácil de lo que pensaba. Se lo veía tenso, pero aun así ha aceptado que algo puede pasar. ¿Cómo se respeta la casa de alguien cuando también es la tuya? Sin más, primero tiene que recordar Ane y luego veremos cómo funciona todo. Ahora solo quiero darme una ducha y bajar a cenar. No sé si sus amigas se marcharán y podré hablar con ella o pasaré la noche dándole vueltas al asunto hasta que llegue la hora de estar a solas.

Me quedo en el dormitorio tirado encima de la cama jugando con la Play 4 al *Need For Speed* hasta que vuelven a llamar a la puerta y la voz de Ane me dice que ya está la cena. Doy un salto y salgo corriendo para pillarla antes de que baje, pero al abrir la puerta no encuentro a nadie. Seguro que se ha metido en su dormitorio con sus amigas. Bajo con desgana y, al verla sentada a la mesa con mi padre y Susan, acelero el paso para ponerme a su lado.

—Te has enterado de que han cogido a la persona que atropelló a Ane, ¿verdad? —Me asombro al escuchar a mi padre.



—Nadie me ha dicho nada, ¿quién es?

—¿En qué estás pensando, Jake? Hoy han detenido a alguien en el instituto —dice Susan sorprendida.

—¿Esa chica?! —Ahora empiezo a entender su actitud conmigo y el maldito regalo—. Nunca se me hubiera ocurrido pensar en alguien como ella. ¿Por qué lo ha hecho?

—Según nos ha comentado la policía, ha confesado que desde el primer día que llegó al instituto se enamoró de ella, pero descubrió que se veía con alguien y eso desencadenó su ira.

—¿Te veías con alguien? —pregunta mi padre—. ¿Se puede saber quién era esa persona?

Ane se queda con la mirada fija en el plato lleno de ensalada que tiene delante y todos nos quedamos en silencio esperando su respuesta, yo más que nadie.

—Michael, no lo recuerdo.

—Tranquila, hija. Estoy segura de que estarías con Peter dando una vuelta o vete saber lo que hiciste el fin de semana que estuvimos fuera de aquí.

—Creo que estuve en casa, pero no recuerdo haber estado con Peter.

—No te agobies, te dijo la doctora Chai que no tardarías mucho en recobrar la memoria, todo llegará.

—Sí, todo llegará en su momento —le digo con una sonrisa.

Ella me responde de la misma forma y yo solo puedo bajar la mirada y seguir comiendo resignado, esperando a que llegue ese maldito día. El resto de la cena lo pasamos hablando de temas sin ninguna importancia y, cuando todo el mundo se va a acostar, yo me quedo en el salón viendo la tele. No creo que pueda dormir pensando en cómo no me pude dar cuenta de que Chelsea quería acabar con ella por celos. Nos vería juntos, o será verdad lo que dice Susan y vería a Peter con Ane. ¡No! Yo sé lo que he vivido con ella y su falta de memoria no es la mía.

—Jake, Jake. —Oigo en sueños la voz de Ane diciendo mi nombre y me

acomodo—. Despierta, Jake. Te has quedado dormido en el sofá.

—Ane, mi pequeña Ane.

—¡Despierta! —Me da un empujón y me tira del sofá.

—¿Qué haces?! —espeto.

—Perdón —susurra.

—No te preocupes —digo una vez que me he serenado y me levanto—, me has pillado...

—Dormido.

Asiento con la cabeza y la miro. Intento no mostrar mi deseo por ella al verla con un camisón que enseña más de lo que ella se piensa. Tengo que salir de aquí o me voy a tirar encima suyo sin pensar en el respeto a ninguna persona ni a ninguna casa.

—¿Qué haces despierta?

—Una pesadilla y no me puedo dormir. Desde que he despertado del coma tengo muchas y me cuesta volver a la cama.

—¿Quieres que me quede contigo? —Por estar en el sofá juntos, nadie nos puede decir nada.

—¿Harías eso por mí? —dice emocionada con un tono infantil—. Gracias.

—Para eso estamos.

—Vamos, ya tengo frío. —Me agarra del brazo y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿A dónde?

—¿No me acabas de decir que te quedas conmigo? Pues vamos a la cama, aquí no me voy a poder dormir.

Mi cuerpo se tensa y sé que ella se ha dado cuenta de ello, pero sube las escaleras como si nada. Esto tiene que ser una maldita venganza del karma. Yo en la cama con ella y ese camisón. ¿Cómo voy a controlar mis instintos más primitivos? Respiro hondo y decido dejarme llevar por la situación; es lo mejor que puedo hacer.

—Creo que saber que me atropellaron por un tema de amor me pone los

pelos de punta. —Se mete en la cama y me hace un gesto para que vaya—. No te quedas ahí, el otro día también dormimos juntos.

—Sí, no pasa nada.

Me meto en la cama y ella se apoya en mi pecho a la vez que se abraza a mí.

—Me encanta como hueles a grosella y manzana, me relaja mucho tenerte a mi lado.

—Entonces... —cambio de tema para poder relajarme—, ¿Abi sigue enamorada de Alan o prefiere estar con Brian? No me ha quedado claro el tema.

—El caso es que le gustó el beso que se ha dado con Brian, pero ella jura que está enamorada de Alan. Cuando se besaron el sexo era escaso y se dejó llevar por el deseo.

—Eso es una excusa. En todo caso le gustarán los dos.

—Ni idea, la cuestión es que se lo ha dicho a Alan y, aun quedándose sin grupo de música, los ha echado a los dos.

—Ese Brian no me cayó nada bien desde el principio —le digo al recordar cómo miraba a Ane el día de la fiesta de Zoe—, pero yo hubiera hecho lo mismo que Alan.

—Ahora no hace otra cosa que llorar, pero esta noche había quedado con Brian.

—¿En serio...?

—Sí, por lo que ella verá lo que hace.

—Y a Mika, ¿la ves diferente o sigue igual?

—Parece que Ron te ha hecho caso y ha debido de ser la noche de su vida. El sexo nos confirma que es espectacular, pero ella misma dice que no tiene con qué comparar. Tengo sueño, mejor seguimos mañana.

No me da opción a seguir hablando del tema y se pega mucho más a mí. Su cabeza se queda a la altura de mi pecho, pero, ahora mismo, yo no puedo ni pensar en dormir. Por la cabeza se me pasa la posibilidad de irme a mi

dormitorio cuando se duerma, aunque mis deseos sean otros. Me paso por lo menos media hora oliendo su pelo y noto que ya está dormida de forma profunda. Intento moverme y ella se agarra más fuerte a mí para que no me vaya, pero a la vez deja su mano encima de mis partes íntimas. ¡Esto tiene que ser una maldita broma! Notar su mano encima me provoca un deseo intenso y tengo que controlar mi erección. Solo puedo relajarme e intentar dormir, por mucho que me cueste.

El sonido de la voz de Ane cantando en el baño me despierta. ¡Mierda! Tengo que ir a clase. Miro el reloj y veo que todavía es temprano. Me duele cada uno de los músculos de mi cuerpo. He tenido que dormir en tensión toda la noche por su presencia. Me levanto de la cama y en ese instante Ane sale del baño con una toalla, demasiado corta diría yo, tapando su cuerpo. ¿Me está provocando? Ayer no me parecía el momento para sacar el tema del beso, pero ahora creo que ha llegado la hora.

—Buenos días, hermanito —me dice a la vez que abre el armario de su ropa.

—¿Qué tal te encuentras? —le pregunto con la voz temblorosa al ver que saca unas braguitas de lo más sexis y un sujetador a juego. Esto ya es demasiado para mí—. Tengo que ir a vestirme.

—Bien, aunque primero ayúdame a atarme el sujetador, este brazo todavía me cuesta moverlo.

Respiro lo más hondo que puedo sin que ella se dé cuenta y me acerco despacio con ganas de tirarla encima de la cama y comérmela a besos sin que pueda decir una sola palabra. ¡No! Me tengo que controlar hasta que recupere la memoria, no la puedo confundir en algo tan importante. Se descubre de cintura para arriba y se coloca el sujetador para que se lo pueda atar; pero una vez que está atado, antes de que pueda girarme, se le cae la toalla dejando su perfecto trasero al aire y ella, sin mucha prisa, se pone esas bragas negras de encaje tan sexis.

—Mejor me voy y te dejo vestirme.

—¿Estás seguro de que quieres marcharte? —Comienza a caminar hacia mí lentamente y yo retrocedo sin saber muy bien cómo actuar.

—Sí... Bueno, no.

—¿No deseas tanto como yo hacer...?

—Ane, por favor. Creo que no es el momento. —Estoy pegado a su puerta y a ella le quedan cuatro pasos para estar encima de mí.

—Pero si tú lo deseas y yo también, ¿qué tiene de malo?

—Que no has recuperado la memoria y tú y yo...

Pega su cuerpo al mío y me besa de nuevo. Yo tengo las manos pegadas a la puerta y solo me dejo llevar por su lengua. Esta vez no puedo controlar mi erección y más con la ropa que lleva puesta. Ella da por terminado el beso, se acerca a mi cuello por la parte derecha y deja un beso que me provoca un escalofrío. Mis manos han empezado a despegarse y están a punto de agarrarla y eso no sé qué puede conllevar. Respiro y me sigo controlando hasta que me muerde el lóbulo de la oreja. Eso me provoca un escalofrío que saca toda la testosterona reprimida que lleva tanto tiempo pidiendo salir, la agarro y la tiro encima de la cama. Ella se gira para ponerse encima y me sujeta los brazos para ponerlos por encima de mi cabeza. Sus pechos perfectos se quedan delante de mi cara y es en ese instante cuando empieza a sonreír con malicia. ¿Qué le pasa?

—¿Y ahora? —pregunta pegando sus labios a los míos—. ¿Quién es el juguete de quién?

—Eres...

Ahora sí, ya nada me va a parar. Me recuerda, sabe quién soy y, mejor aún, qué soy en su vida. Con esas palabras me ha dejado claro qué es lo que quiere y que desde ayer no hace otra cosa que provocarme. Nos dejamos llevar por todo el tiempo que hemos pasado sin amarnos y puedo asegurar que ha sido el mejor sexo que he tenido en mi vida; no sé ni las veces que he podido besar esas dos estrellas en las caderas que tanto me excitan.

—¿Cuándo has recuperado la memoria? —le pregunto a la vez que intento controlar la respiración por el éxtasis del orgasmo.

—Esta noche, cuando las pesadillas me han despertado.

—¿Te das cuenta de que llevamos toda la noche perdida?

—Sí, pero te merecías esta tortura por tu forma de ser cuando nos conocimos.

—Eres de lo peor.

—Puede, pero ahora tenemos el consentimiento de nuestros padres y podemos hacer lo que queramos, no hay mal que por bien no venga.

Me abrazo a ella y la besó con toda la intensidad que puedo. La pongo encima de mí a horcajadas y nos dejamos llevar por el momento sin pensar que en el dormitorio de al lado están nuestros padres.

Me enganché a ella desde el día en que la vi y desde luego que hoy es el instante en que puedo decir que no tengo opción a recuperarme ni olvidarme de ella.

Fin

## Agradecimientos

Durante este camino entre letras me he encontrado a todo tipo de personas, con las cuales he compartido muchas cosas buenas y otras muy malas. Agradezco a todas ellas haberlas conocido para saber qué rumbo coger en este mundo dedicado a la escritura.

Las personas que están a mi lado son las que he decidido quedarme para aprender o solo para disfrutar de su compañía, así como Idoia Amo, Eva M. Soler e Iria Blake, entre otras. No puedo olvidarme de la persona que me ha ayudado desde el comienzo en esta aventura, Izaskun Avellanal. Tú me has enseñado tantas cosas que, si no fuera por ti, ni la primera novela *Luna de vainilla* hubiera visto la luz y nunca más hubiera seguido escribiendo, gracias por todo.

Para finalizar, tengo que agradecer la paciencia de mi familia por apoyarme y no enfadarse por todo este tiempo que les quito a ellos para poder hacer algo que me encanta, como es escribir.

«Vivir cada paso, que estamos de paso».

Eterno Baguetina

## Biografía



Margot Recast nació en Barakaldo en 1981 y es diplomada en Educación Social, profesión a la que se dedica actualmente. Lectora desde pequeña y con una gran imaginación, empezó a escribir género juvenil hace cuatro años con la bilogía *Luna de vainilla* y *Te amaré siempre*. También es autora de *Nadie*.

Hace unos años obtuvo el Premio Hemendik que otorga el periódico *Deia* por su labor en la difusión de la literatura romántica.

Podéis seguirla en todas las redes como [@margotrecast](#)



*Imperfect love*  
Margot Recast

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Solominvictor / Shutterstock

© Margot Recast, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-20998-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

### **Otros títulos de Click Ediciones:**

[Solo en la eternidad](#)

Encarni Arcoya

[Acróbata](#)

Romina Miranda

[Mi sol, mi luna](#)

Calista Sweet

[Dime otra vez te quiero](#)

Moruená Estríngana

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

